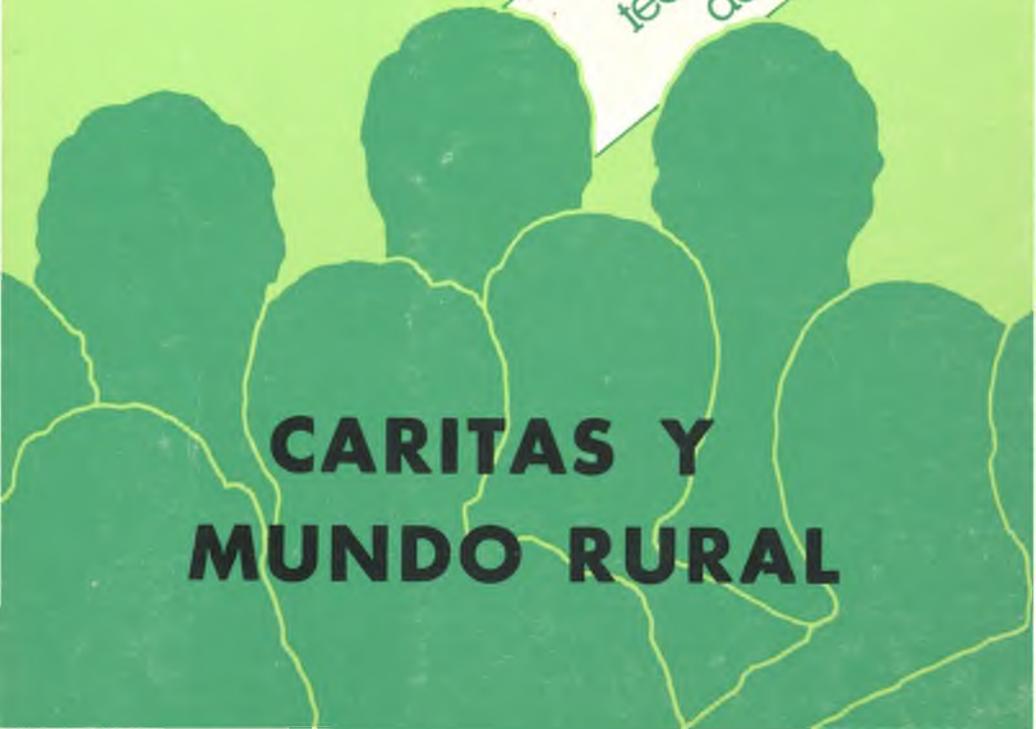


1980

CORINTIOS XIII

16

revista de
teología y pastoral
de la caridad

The lower half of the cover features a dark green background with several light green silhouettes of people's heads and shoulders, arranged in a group. The silhouettes are simple and stylized, representing a diverse group of individuals.

**CARITAS Y
MUNDO RURAL**

CARITAS Y MUNDO RURAL

CORINTIOS XIII

**REVISTA DE TEOLOGIA Y
PASTORAL DE LA CARIDAD**

Núm. 16 Oct./Diciembre 1980

Todos los artículos publicados en la Revista "Corintios XIII" han sido escritos expresamente para la misma, y no pueden ser reproducidos total ni parcialmente sin citar su procedencia.

La Revista "Corintios XIII" no se identifica necesariamente con los juicios de los autores que colaboran en ella.

CORINTIOS XIII

REVISTA DE TEOLOGIA
Y PASTORAL DE LA CA-
RIDAD

Núm. 16 Oct./Diciembre 1980

DIRECCION Y ADMINIS-
TRACION: CARITAS ESPA-
ÑOLA. San Bernardo, 99 bis
Madrid-8. Apto. 10095
Tfno. 445 53 00

EDITOR: CARITAS ESPA-
ÑOLA

COMITE DE DIRECCION:

Joaquín Losada
(Director)

R. Alberdi
S. Ambrosio
M. Fraijó
R. Franco
F. Ibáñez
J.M. Osés
R. Rincón
A. Torres Queiruga

Felipe Duque
(Consejero Delegado)

IMPRIME: Servicios de Repro-
grafía de Caritas Española

DEPOSITO LEGAL
M-7206-1977

ISSN 0210-1858

SUSCRIPCION PARA 1981:
España: 800 Ptas.
Ejemplar suelto:
275 Ptas.

SUMARIO

Presentación	V
JESUS SORRIBES	
“Historia y evolución del mundo rural”. (Situación actual, problemas y perspec- tivas de futuro)	1
JAIME LORING	
“Objetivos y resultados de una política agraria”	21
JOSE CARRION y ANTONIO MATE	
“Derechos humanos y mundo rural”. (Mundo rural, mundo alienado)	51
LAZARO SANZ VELAZQUEZ	
“La presencia de la Iglesia en el mundo rural”	101
Experiencias	133
Bibliografía	171
Escriben en este número	199



PRESENTACION

Hay muchas razones para abordar el tema del campo. Tema permanente y siempre pendiente de nuestra historia. Protagonista de nuestros enfrentamientos fratricidas de los últimos ciento cincuenta años, los políticos de hoy han decidido "aparcarlo" en aras de problemas más acuciantes o espectaculares, con su dosis de miedo a despertar uno de nuestros demonios patrios: las agitaciones campesinas. Pero como los problemas estructurales, ancestrales, de nuestro campo siguen ahí, no podrán ser soslayados indefinidamente por los administradores de la democracia. La cuestión agraria no surgirá con el alboroto o la crispación de antaño, porque el campo y los campesinos significan cada día comparativamente menos respecto al resto de la sociedad española.

Mas si queremos que el campo no sea un nuevo volcán, chico o grande, hemos de enfrentar todos su realidad como un potencial aporte a la solución de otros grandes problemas nacionales, como el paro o la nueva configuración político-administrativa de España.

Nunca los campesinos fueron invitados a colaborar en la solución de los problemas nacionales. En la misma "cuestión agraria" los campesinos no fueron los protagonistas, sino el campo de batalla que, como en toda guerra, es siempre seguro perdedor. En la restauración democrática que vivimos, los



VI

campesinos están ausentes como fuerza social o tienen que ganarse su escasa presencia a pulso.

Parece evidente, sin embargo, que los campesinos organizados deberían ser un factor decisivo en la concretización de algunos procesos autonómicos, como Galicia, Extremadura, Castilla-León, Castilla-La Mancha, Aragón, Andalucía... ¿Alguien cree que Andalucía reconquistará su dignidad como pueblo si los jornaleros y las fuerzas políticas no resuelven el secular problema del latifundismo y sus consecuencias estructurales? El triste y previsto resultado del referéndum gallego ¿no indica que, mientras los campesinos gallegos no hablen eficazmente, hasta que no sean de verdad animados a tomarse la palabra, la autonomía gallega continuará siendo una mala tragicomedia con los mismos autores-caciques de siempre?

En el tema del paro, los campesinos son, sobre todo, víctimas inermes de su régimen "especial" de Seguridad Social. Durante décadas fueron nuestro ejército industrial de reserva, la cantera de mano de obra dócil y barata para Europa y la España industrializada. ¿Es justo dejarles ahora en los pueblos sin expectativas y sin seguro de desempleo? ¿No podrán los campesinos, que tanto saben de crisis permanente y de economía de subsistencia, enseñarnos a los demás, por encima y por debajo de las ortodoxias económicas, a vivir en tiempos de crisis y a organizar formas alternativas de economía? Pero para eso el campo no pide limosnas, ni siquiera está bien visto el seguro de desempleo. El campo necesita ayuda económica, pero sobre todo imaginación, creatividad y unas cuantas medidas legales y administrativas fundamentales.

CORINTIOS XIII no pretende descubrir nada nuevo en este sentido. No es de su incumbencia. Con este número queremos brindar un estímulo a la reflexión de los militantes cris-

tianos del mundo rural. También queremos servir de acicate a quienes, viviendo en el medio rural, no son más que funcionarios de la Iglesia o del Estado, pero que no han descubierto su vocación de sal de la tierra, de educadores y compañeros del duro bregar campesino.

Hay tres reflexiones de fondo sobre el campo que, inevitablemente, han analizado el presente como fruto necesario del pasado. Son variaciones sobre el mismo tema, que obviamente implican repeticiones por un lado y matices interpretativos diversos por otro. La tercera de ellas, sobre “los derechos humanos y el mundo rural”, es ya fruto del trabajo pastoral y educativo de sus autores y nos sirve de puente para el cuarto trabajo sobre “la presencia de la Iglesia en el mundo rural”, que nos sitúan en el espíritu de las cuatro experiencias que reseñamos, que tienen todas como denominador común el ser una manera nueva de hacer comunidad, de hacer Iglesia en el mundo rural. Hacia la multiplicación de experiencias nuevas de promoción del mundo rural apunta el quehacer de Cáritas. No son experiencias de Cáritas, porque, haciendo honor a su nombre, Cáritas no quiere poseer nada. Las apoyamos y las difundimos porque, con sus carencias y sus logros, anuncian el reino de justicia, de paz y amor insertándose sin miedo en los establos, los silos, las judías, los sindicatos y las cooperativas, en la línea de los textos del magisterio eclesialístico reseñados.

Nos hubiera gustado incluir otras muchas, como “Prescolar na casa”, que sí es un programa de Cáritas de Galicia, pero lo importante es que éstas y otras germinen en un renacer del mundo campesino y de la Iglesia en el medio rural.

Una de estas experiencias fue analizada recientemente en un seminario de la OCDE y el INCIE (Instituto Nacional de

VIII

Ciencias de la Educación). En el informe técnico del experto norteamericano se relata el caso de un campesino que, tentado de abandonar el campo, ha decidido quedarse y ser un activo miembro de la Escuela Campesina. Le pregunta el experto: “¿Será el futuro diferente?”. Responde el campesino: “Sí, será diferente. En cualquier caso, si nosotros no nos formamos, sería mucho peor”.

José Antonio Fernández



HISTORIA Y EVOLUCION DEL MUNDO RURAL

(Situación actual, problemas y perspectivas de futuro)

Por Jesús Sorribes

En ocasiones, la noción vulgar de las cosas se acerca más a la realidad que cualquier caracterización academicista. Algo de esto ocurre cuando intentamos aproximarnos al estudio del mundo rural. Las dificultades comienzan en el momento mismo de la definición: el Instituto Nacional de Estadística, por ejemplo, denomina municipios rurales los que tienen hasta 2.000 habitantes, intermedios los que cuentan entre 2.000 y 10.000 habitantes, y urbanos los que superan los 10.000; pero sabemos que el concepto de mundo rural nos remite a una realidad tan multiforme que se resiste a ser encorsetada en límites tan estrechos como los arriba propuestos.

Por nuestra parte, y a los efectos de las páginas que van a seguir, retendremos la noción elemental de *mundo rural* como concepto que expresa una relación de oposición con *mundo urbano*, de igual modo que agricultura se opone a industria. Los dos primeros incluyen y trascienden a los segundos, pero están



determinados por ellos. Por eso en el lenguaje corriente asociamos mundo urbano a industria y mundo rural a agricultura. Así, el medio rural estará definido por el espacio ecológico humano en el que la actividad agraria es predominante. La cultura rural, por su parte, vendrá caracterizada por una serie de particularidades que le son propias y que la diferencian de la cultura urbana. Entre ellas cabría destacar: una adaptación específica al medio, una tecnología (o “cultura material”) determinada, un cierto tipo de vivienda, unas concretas pautas de comportamiento social, de representación de la realidad, etc. También, y sobre todo, la conciencia de que se posee esa cultura, ese modo de vida propio, que es, al mismo tiempo, distinto de los demás.

Esta conciencia ha existido en otros tiempos. La duda nos asalta cuando nos interrogamos si existe, todavía, hoy. Se puede afirmar que hasta mediados del presente siglo España fue, mayoritariamente, una nación de campesinos; hasta entonces ni el mundo ni la cultura rurales corrieron peligro, antes al contrario, algunos de los aspectos menos progresivos del modo de pensar de los campesinos encontraron reflejo en la ideología y en las instancias oficiales. Pero cuando, por imperativos económicos, se decidió sacrificar la agricultura a la industria y el campo a la ciudad (a través del proceso que con cierto detalle analizamos más adelante), el mundo y la cultura rurales empezaron a tambalearse. De ser protagonistas pasaron a representar papeles secundarios.

La urbanización y la aculturación de la sociedad rural por la urbana ¹ son los dos aspectos que han dado impulso a tan radical cambio. La urbanización, movimiento complejo en lo económico y en lo social, es la serie de modificaciones hechas, desde fuera y para fines que le son ajenos, en el medio rural; es también el inmenso esfuerzo impuesto al campo para trans-

formar su configuración física imitando a las ciudades. La aculturación de la comunidad rural por la urbana es la presión que —afectando a las técnicas y modos de vida o incidiendo en los niveles profundos de mentalidad, actitudes y valores— la segunda ejerce sobre la primera y cuyos resultados no son otros que la transformación de ésta.

Al enfrentar dos grupos —rural y urbano— tan desiguales en volumen y, sobre todo, en posición social, la relación que entre ellos se establece es una relación de dominación. Dominación que se traduce en la alienación de la personalidad específica de lo rural a través de la inculcación del mito de la ignorancia (los campesinos son ignorantes) y del complejo de inferioridad (atraso es sinónimo de campo, progreso de ciudad). Con ellos se tiene garantizada su sumisión y la justificación de cuantas imposiciones ha padecido, padece y, con seguridad, padecerá el mundo rural. Estas imposiciones pueden ir desde los modelos urbanos de vivienda a las diversiones, pasando por el vestido y el adorno personal. Todos estos modelos urbanos, y muchos más, han aumentado extraordinariamente su presencia en el medio rural y son cada vez más los que están en él “vigentes”², es decir, los que suscitan adhesión y reconocimiento. Las formas genuinas y tradicionales, por el contrario, son consideradas, cada vez más, como mero residuo, como atraso intolerable; consciente o inconscientemente se las relega al olvido. ¿Cómo se ha llegado a esta situación en la que el mundo rural reniega de sus modos de vida y de pensar para adoptar otros que le son extraños? Al igual que para tantas cosas, en el pasado se encuentra parte de la respuesta.

* * *

La Historia contemporánea del mundo rural español comienza cuando se dan, en el siglo XVIII, dos importantes tendencias en la descomposición de la estructura feudal que hasta entonces había predominado ampliamente en España. La primera es la progresiva liberación del pequeño productor agrícola del dominio feudal cuando empieza a generalizarse el arrendamiento en sustitución de los antiguos derechos feudales, lo que implica una mayor libertad para los campesinos y una creciente diferenciación social (grandes y pequeños propietarios, arrendatarios, aparceros, jornaleros...). La segunda tendencia se deriva precisamente de este último aspecto: la aparición en proporciones importantes del trabajo asalariado en el campo; a finales de siglo los obreros son vez y media más numerosos que los arrendatarios y el doble que los labradores propietarios, si bien su distribución por las diversas regiones peninsulares es muy desigual.

No hay que olvidar el otro fenómeno crucial del siglo XVIII: el importante aumento de población (superior al 50 por ciento) y las consecuencias que de él se derivan: mayor demanda de productos del campo y, por consiguiente, precios más altos, lo que hace rentable e impulsa el aumento de la producción agraria. Este incremento se consigue difundiendo las innovaciones que ya se estaban aplicando ampliamente en los países más avanzados, tanto en lo que se refería a las nuevas técnicas como a los nuevos cultivos (entre los que destacan los forrajeros).

Sin embargo, los aumentos de producción que se conseguían mediante esas innovaciones de tipo técnico, pronto alcanzaron un techo que sólo podría superarse si se producía un cambio profundo en la estructura de la propiedad de la tierra. Esto fue lo que se hizo en el siglo XIX: desamortizar las tierras que hasta entonces habían pertenecido a ‘manos muer-

tas". La desamortización es la primera gran transformación (la que hemos presenciado en las dos últimas décadas sería la segunda) del campo español: transforma la estructura de la propiedad, prefigura movimientos parecidos a los que conocemos en la actualidad —emigración— y crea las bases para un ulterior desarrollo capitalista.

La desamortización en sus dos fases: eclesiástica (1836) y civil (1855), con los antecedentes de supresión de los señoríos jurisdiccionales (1811) y desvinculación de mayorazgos (1820), va a provocar la radical transformación de la propiedad que acabamos de enunciar. Con estas medidas se pondrá en circulación la mayor parte del suelo que durante siglos había permanecido inamovible en manos de la Iglesia, de la nobleza y de los municipios (las "manos muertas"). Sin embargo, y a pesar de que la mayoría de las tierras desamortizadas fueron adquiridas por la gran aristocracia, los campesinos ricos y la burguesía de las ciudades, al ampliarse el mercado de tierras y la baja consiguiente del precio de las mismas, se favoreció el acceso a la propiedad de algunos sectores de los pequeños campesinos, con lo que se fue configurando la polarización de la propiedad agraria en latifundios y minifundios, que aún hoy persiste con todas sus fuerzas. Quienes vieron empeorar gravemente su situación fueron los campesinos pobres: no tenían dinero para comprar ninguna de las parcelas puestas en venta, les echaban de las tierras que venían trabajando tradicionalmente y les arrebataban los montes comunales que aseguraban su mísera existencia. De colonos cultivadores de los campos de la Iglesia, que exigía rentas moderadas y realizaba un control muy paternalista sobre su actividad, pasaron a ser jornaleros de señores seculares preocupados únicamente por obtener los máximos rendimientos. Con la desaparición de los comunales, perdieron el complemento de su sustento, el pasto de sus escasos animales, la provisión de leña para el invierno... Con la disolución de las órdenes

religiosas, se terminó la “sopa boba” y otros tipos de asistencia que corrían a cargo del clero regular y eran la garantía de su supervivencia física en los momentos difíciles. En pocas palabras, de siervos con tierras pasaron a la condición de hombres libres privados de ellas. Así se constituyó un inmenso proletariado rural —más importante en unas regiones que en otras— cuya única fuente de ingresos era el trabajo ocasional y de temporada en las grandes fincas que se habían formado. Su única salida, cuando aquél faltaba y el hambre se hacía inaguantable, era la emigración en busca de otros horizontes que ofreciesen mejores formas de existencia, lo que se generalizó con la extensión del ferrocarril y de la navegación a vapor.

Estos nuevos horizontes eran los que prometía la industrialización. La industria, que comenzó a sentar las bases de su desarrollo en la segunda mitad del siglo XIX, necesitaba de una mano de obra abundante y barata. Le fue ofrecida por las desamortizaciones al proletarizar la masa del campesinado pobre que, al quedar sin tierras, sólo esperaba unas circunstancias propicias para dejar el campo por el trabajo en la naciente industria.

La industria produce mercancías en gran escala, parte de las cuales son consumibles por la agricultura (maquinaria, fertilizantes inorgánicos, productos fitosanitarios, etc.) y aumentan su rendimiento. Pero destruye la pequeña manufactura doméstica, especialmente la textil (la más difundida), al producir a costes incomparablemente más bajos gracias a la concentración de los operarios, que posibilita la división del trabajo, la utilización de la maquinaria a vapor y, por tanto, la obtención de una mayor cantidad de producto en un tiempo menor. Este es el proceso general que, aunque con retraso respecto de Europa, se da en España en el último tercio del pasado siglo. Las industrias tienden a localizarse cerca de los centros de consumo impor-

tantes y de los puertos de mar, que serán los polos de atracción de la emigración. El resultado es que las ciudades que se industrializan (Bilbao, Barcelona...) conocen un importante crecimiento demográfico, a expensas, es natural, del mundo rural.

Durante los últimos decenios del diecinueve y coincidiendo con años de hambre en diversas regiones, se dan importantes movimientos migratorios no sólo hacia las ciudades industriales, sino también hacia ultramar (conocida de todos es la tradicional tendencia de los campesinos gallegos a emigrar a América del Sur) o migraciones de temporada para trabajos estacionales (siega) en regiones de latifundio y cerealistas.

En el primer tercio de este siglo la situación de las masas campesinas mejora un poco. Sin embargo, no son infrecuentes los años que sequías y malas cosechas provocan el hambre, como antaño habían conocido tantas veces. La agitación rural que se deriva de esta situación se unifica y generaliza con la aparición de importantes organizaciones de trabajadores. A los motines de jornaleros suelen responder los gobiernos con fuertes medidas de represión. Hay una acentuación de la emigración de algunas regiones (Galicia); América sigue siendo importante como destino hasta 1914 en que es sustituida por las ciudades fabriles de la península, que viven un fuerte crecimiento durante los años de la primera Guerra Mundial, gracias al importante auge de la industria española en esos años.

Con la Ley de Reforma Agraria de la República y otras menores (Ley de laboreo forzoso, etc.) se intenta solucionar el más grave de los problemas del campo: el endémico paro estacional de los jornaleros en las zonas de latifundio y las secuelas de él derivadas. La solución que se propone es el reparto de esas grandes fincas entre los braceros ("las tierras para los que las trabajan"). La incapacidad de unos para llevarlo a cabo y la oposi-

ción de los que defienden la tradicional estructura de la propiedad, pues de ella obtienen los privilegios, conducen, entre otras causas, a la guerra civil. El resultado es de todos conocido: la sumisión del campesinado todo entero, por miedo a la represión, unos; a través de una adhesión sincera y voluntaria, en el caso de la mayoría.

La contienda finaliza con el descalabro del conjunto de la economía. La recuperación será larga y penosa porque los problemas con los que el país tiene que enfrentarse son muy graves: escasez de alimentos (son los años, no tan lejanos, del hambre y de las cartillas de racionamiento), industria semi-destruida, aislamiento exterior...). El campo se convierte, en consecuencia, en el protagonista privilegiado de la vida nacional no sólo en la década de los cuarenta, sino también en la década de los cincuenta. Hay un retorno masivo al campo (en 1950 la población activa está en torno al cincuenta por ciento del total), pero que no se acompaña de un aumento parecido de la producción, debido a que se mantiene la utilización de técnicas atrasadas ante la penuria de maquinaria y fertilizantes (en su mayoría productos de importación), al empleo generalizado de la mano de obra ante el bajo nivel de los salarios (que cayó, en términos reales, por debajo del de la guerra) y la inversión en sectores no agrarios. Desde el punto de vista ideológico en estos años se desarrolla, por parte de ciertos sectores del régimen, un culto desmedido a las tradicionales formas de vida de la sociedad rural. Incluso algunos sueñan con convertir a España en un país de campesinos.

La política autárquica termina en un rotundo fracaso y en 1959, con el Plan de Estabilización, se comienza a desandar el camino que se había hecho en las dos décadas precedentes. Es el punto de partida de la transformación radical del mundo rural que nos ha tocado presenciar. Con el mencionado Plan

se abrieron las compuertas que retenían a la población sobrante del campo. Este se vació —y no es ninguna metáfora—. El masivo éxodo rural tomó dos direcciones: Europa y las regiones industriales españolas.

Hasta bien entrada la década de los cincuenta se había impedido que los campesinos emigrasen ³. A finales de la misma y a lo largo de los sesenta se les llamó a gritos, porque la industria necesitaba de una mano de obra abundante —y a ser posible barata— para desarrollarse. Desde 1960 a 1969 más de un millón de personas ocupadas en el sector agrario lo abandonaron ⁴ (lo que supondría alrededor de dos millones y medio de personas), y este proceso continuó, aunque a un ritmo algo menor, en los primeros años de la década de los setenta. Los primeros en abandonar el campo fueron, en su abrumadora mayoría pero nunca exclusivamente, obreros agrícolas. Les siguieron los pequeños propietarios (a mediados de los sesenta superaban en proporción a los primeros). Esta desaparición de la población agraria fue dejando sin clientes a la población de servicios y pequeñas industrias de las zonas rurales y deterioró su situación hasta incluirse en el proceso migratorio.

Parece innecesario afirmar el carácter forzado de esta emigración. Pero sí podemos interrogarnos sobre cuáles son los mecanismos que hacen que un número tan importante de personas deserten del mundo en el que viven y abandonen sus tradicionales modos de vida. La miseria y el abandono en que estaba sumido el mundo rural iban a ser las dos causas determinantes del éxodo hacia la ciudad. Los jornaleros sólo tenían las labores de temporada para subsistir y ninguna posibilidad de hacerse con la propiedad de una pequeña parcela como era su aspiración. Fueron, como ya hemos visto, los primeros en abandonar el campo. Al reducirse de manera importante el número de braceros eventuales, los salarios agrícolas subieron. Los campesinos

propietarios que debían recurrir a mano de obra ajena para tareas como la siembra o la recolección decidieron mecanizarse como alternativa al aumento de los costes de producción que suponía el incremento de los salarios. Pero no todos pudieron adaptarse a la mecanización. Fueron éstos los siguientes en abandonar los pueblos.

En la ciudad esperaban encontrar, en la construcción o en la industria, un trabajo más regular y con menos incertidumbre que en la agricultura; aspiraban a unas mejores condiciones de vida. A través de los medios de comunicación de masas —la radio, primero, y la televisión, después— conocieron las posibilidades que les ofrecía la ciudad y de que ellos carecían en los pueblos. Estaba, además, y no en menor grado en cuanto a importancia, la escuela; la enseñanza en los pueblos, que era —es— impartida por maestros de origen urbano (o al menos ese es el carácter de su formación), textos que reflejaban la vida de la ciudad y la ponían como modelo, preparaban a los hijos de los campesinos para emigrar, pues la escuela siempre ha estado al servicio de un tipo de desarrollo que ha supeditado sistemáticamente el campo a la ciudad y que ha visto en la acomodación cultural del campesinado a los patrones urbanos uno de sus objetivos fundamentales ⁵. Las distancias se van reduciendo y las comunicaciones se tornan más fáciles; los que se han ido vuelven a sus pueblos de visita o de vacaciones contando las excelencias de su trabajo en la fábrica y las ventajas de la ciudad. Esas mismas distancias, que son cada vez más pequeñas, generalizan modelos de comportamiento y consumo —urbanos una vez más— que, sin apenas transición, son adoptados por la población rural en sustitución de aquellos que les eran tradicionales y de los cuales, numerosas veces, reniegan avergonzados.

Todo este gigantesco trasvase de familias, hecho de la forma más anárquica imaginable (para nada se ha tenido en

cuenta el inmenso sacrificio humano que para tantos hombres y mujeres suponía el dejar su pueblo por un piso —y no pocas veces una chabola— de la ciudad, su familia y sus amigos por el anonimato), se llevó a cabo para ofrecer a la industria dos elementos imprescindibles en su desarrollo: abundancia de mano de obra y un vasto mercado de consumidores, lo que no era posible con la persistencia de una agricultura poco comercial.

En este último punto encontramos el núcleo explicativo de la radical transformación que ha experimentado el mundo rural. De ser considerado poco menos que el centro de la vida nacional, cuando la agricultura era el sector productivo más importante, ha pasado, en apenas dos décadas, a una situación de casi total dependencia respecto de lo urbano, en el momento en el que el sector de punta es la industria. Algunos autores no dudan de calificarlo de espacio residual respecto al conjunto urbano-industrial ⁶. Tal vez esté aquí lo radicalmente importante —y trágico— de la situación actual del mundo rural.

* * *

Del campo no sólo emigran hombres a la ciudad, sino también capitales y —por paradójico que parezca— tierras. Por su importancia histórica, nos hemos detenido ampliamente en el análisis de la emigración humana. El trasvase de capitales del campo a la ciudad es también de todos conocido: sólo una pequeña parte del ahorro directamente o indirectamente rural (pensemos en las remesas de dinero que los emigrantes del campo han mandado desde el extranjero y que durante toda una serie de años han constituido la principal fuente de divisas) se ha invertido en los pueblos. Todavía hay zonas donde no tienen algo que nosotros consideraríamos imprescindible para

desarrollar una vida normal: luz eléctrica. Son legión los pueblos y aldeas que carecen de agua corriente, asistencia sanitaria, maestros, etc., o que viven poco menos que aislados de la “civilización” porque no disponen de carretera. Así el país se divide en ciudadanos de primera y de segunda categoría. Todos somos iguales en cuanto a deberes, pero, al parecer, no en cuanto a derechos se refiere.

La tercera “emigración”, la más novedosa y alarmante por las dimensiones que adopta en la actualidad, se refiere a la tierra. No quiere decir esto que cambie de lugar, sino que cambia su “vocación”. El suelo es el soporte físico de las especies vegetales y animales; como las segundas se alimentan de las primeras, la vocación del suelo es agrícola, desde que en el mesolítico temprano el hombre cultivara las primeras variedades de cereales. La agricultura es la actividad productiva humana que más se acomoda al equilibrio establecido por la naturaleza. Sin embargo, hoy asistimos a un proceso de disminución del suelo agrícola en favor de otras dedicaciones no productoras de alimentos: vemos crecer los suburbios de las ciudades; aumentar las zonas dedicadas a residencias secundarias, a finalidades turísticas o al ocio manipulado; extenderse las autopistas, los aeropuertos, etc. Eso sin mencionar la expansión del suelo dedicado a usos industriales.

Pero el problema más grave tal vez sea el hecho de que no es un suelo cualquiera el que se destruye, sino casi siempre el más fértil. Casi todas las ciudades han crecido a expensas de las huertas que las rodeaban, huertas que durante centurias fueron cuidadosamente cultivadas (pensemos en Valencia) para dar alimento a los moradores, entonces más escasos, que las habitaban. Las imponentes centrales nucleares, las extensas fábricas de automóviles, las inmensas refinerías, los grandes complejos petroquímicos, se han construido sobre las mejores tierras, casi

siempre —extraña coincidencia— de regadío. No se acierta a comprender cuáles son los criterios que guían la elección de los lugares donde deben ubicarse las nuevas industrias.

Cierto que en España también hay una política de creación de regadíos, pero apenas llega a restituir los que se destruyen: en los últimos treinta años el crecimiento urbano industrial ha absorbido del orden de 350.000 hectáreas de regadío, tantas como las que se han creado ⁷. Entonces, ¿para qué —se puede preguntar uno— tanto esfuerzo y dinero? y ¿por qué esta política y no otra? La clave de la respuesta tal vez la encontremos en esa consideración, antes mencionada, del mundo rural como un espacio residual, como una reserva de la que se puede ir extrayendo hombres, capitales o tierras a medida que se necesitan.

El mundo urbano industrial, si bien hoy no supone en España más del 6-8 o/o de la superficie del territorio nacional, alberga, sin embargo, a la mayoría de la población, de la energía, de la formación, de las instancias de decisión política, etc. Por eso no nos debe extrañar la situación de marginalidad política y de subordinación cultural a las que ha sido relegado nuestro mundo rural.

España, país intermedio entre los altamente desarrollados y los que todavía no han salido del subdesarrollo, que tiene una balanza comercial agrícola deficitaria, puede hacer frente a un incremento de las importaciones agrícolas desarrollando las exportaciones de algunas de las ramas de la industria en las que goce de importantes ventajas comparativas sobre otros países competidores (como proponían los desarrollistas de los años 60). Pero, ¿cuál es la situación de esos países en desarrollo que carecen, en su mayoría, de industria?

Los países subdesarrollados se distinguen por la preponderancia que el cultivo de la tierra conserva en ellos, por la orientación esencial hacia una economía de subsistencia, por una producción crónicamente deficitaria que tiene como resultado la subalimentación de la gran mayoría de sus habitantes (los dos tercios de la población mundial). La agricultura de estos países se encuentra indefensa contra las irregularidades de la temperatura y de las lluvias; un mal año puede hacer disminuir su cosecha en un 20 o/o o un 30 o/o. Un porcentaje inferior puede implicar consecuencias desastrosas dado que el mínimo vital apenas está asegurado en el caso de una cosecha media ⁸. El Tercer Mundo subsiste gracias a la “caridad” internacional. No puede hacerlo por sí mismo porque carece de medios de pago para financiar su propio desarrollo. Los países desarrollados se lo impiden al imponerle un *intercambio desigual* entre el valor de las materias primas que vende, productos tropicales o minerales, y el de los productos manufacturados que compra a esos países ricos. El Tercer Mundo asiste impotente a la degradación de los términos de intercambio que provoca la crisis económica mundial de estos años y al expolio de que es objeto por parte de las multinacionales de la alimentación.

Por si esto fuera poco, el modelo de desarrollo que los países del mundo occidental “recomiendan” para que el Tercer Mundo haga frente a la explosión demográfica que conoce en la actualidad, no es más que una aplicación literal del que ellos emplean: la utilización de tecnologías intensivas (semillas híbridas, fertilizantes químicos, pesticidas, riego y mecanización) para aumentar la producción. Pero esto lleva consigo el fin de la agricultura de subsistencia, la disminución de la población agrícola y el aumento de las masas urbanas sin empleo. El espectacular fracaso de la “revolución verde” habla por sí solo de la imposibilidad de aplicar al Tercer Mundo modelos de desarrollo que están pensados para países industrialmente avanzados ⁹. Lo que

en la década de los cincuenta permitió un incremento importante de los rendimientos agrícolas en los Estados Unidos, se revela inoperante en países como la India, donde un estancamiento de la producción sucede a los primeros logros espectaculares. Hoy las perspectivas de futuro para los países subdesarrollados no son nada fáciles de definir, pero posiblemente pasan por una autonomía alimentaria y una tecnología socioeconómicamente válida a su propia realidad.

* * *

Las perspectivas de futuro del mundo rural español vendrán dadas por el modelo de agricultura que se configure en las próximas décadas. Las alternativas no son muchas; podrían reducirse fundamentalmente a dos. La primera sería la pervivencia de la pequeña propiedad que conocemos en nuestros días y que, en contra de la opinión de ciertos teóricos que predicaban su pronta desaparición ¹⁰, ha logrado sobrevivir a lo largo de los últimos cien años. Obligado es preguntarse cuáles son los mecanismos que hacen posible que una producción de carácter artesanal, como es la agricultura de tipo familiar, coexista en el seno de una economía capitalista, que ha destruido todas las demás formas de producción artesana. Y esto, que a primera vista puede parecer paradójico, sólo lo es desde el punto de vista formal; para algunos autores la agricultura familiar y la pequeña propiedad agraria son las formas a través de las cuales se manifiesta, en el espacio agrícola, el movimiento contemporáneo del capital. Si el campesino ha logrado perpetuarse como tal y salvar su pequeña parcela, ha sido a través de la autoexplotación de sí mismo y de su propia familia ¹¹. Para el campesino no es indispensable que el precio de mercado de sus productos se establezca a un nivel equivalente a lo que

sería el precio de producción de un bien industrial; para él —en contra de lo que ocurriría con el propietario de la fábrica— ni el beneficio, ni la renta, ni tan siquiera el salario son condiciones indispensables para su sobrevivencia. De todos es sabido que, para la generalidad de los productos agrícolas, el precio que percibe el agricultor es inferior al costo medio de producción, es decir, que no asegura ni la reproducción del capital invertido (es decir, la amortización) ni el salario (en otras palabras: la remuneración del trabajo del campesino suele ser inferior a la de los obreros industriales). El balance hecho por la OCDE, en 1974, sobre la agricultura española ejemplifica con elocuencia y sin necesidad de ningún comentario adicional este último punto: “A pesar de la disminución de la población agrícola y del aumento de la productividad, los ingresos de los agricultores no han progresado al mismo ritmo que los de la población activa de los otros sectores. (...) Si se tiene en cuenta el hecho de que los asalariados agrícolas han visto mejorar considerablemente su situación material en el curso de los últimos años, la degradación de la situación de los jefes de explotación se ha acentuado aún más que la del conjunto de los activos agrícolas”¹².

Si esta situación ha perdurado durante décadas, resulta pertinente pensar que puede prolongarse en el futuro. Y esto parece tanto más cierto cuanto que para el gran capital existen otras razones de importancia que le hacen preferible la pervivencia de la pequeña propiedad campesina a su desaparición. Una de ellas sería que a través del señuelo de la propiedad campesina busca seguir legitimando la actual tendencia del capital a concentrarse en un número cada vez menor de manos, es decir, a hacer desaparecer la pequeña y mediana propiedad en otros sectores (¿acaso no son la pequeña y mediana empresa las que están llevando la peor parte en la actual crisis económica?). De ahí derivan los halagos a los tradicionales valores

campesinos, aquí encuentran explicación las insinceras promesas, las esporádicas ayudas financieras que partidos de signo conservador ofrecen a los campesinos en vísperas de elecciones. Otra razón explicativa sería que, dada la actual estructura del proceso económico: producción, distribución y consumo, se traslada a la fase de distribución la extracción del excedente que en la industria se realiza en la fase de producción. De ahí las diferencias de precios que por el mismo producto paga el consumidor y percibe el agricultor.

La segunda de las alternativas sería la asalarización creciente del agricultor, sin dejar de ser tal, a través de la integración vertical. En la actualidad contamos con numerosos ejemplos que confirman esta tendencia: agricultores que a comienzos de temporada establecen contratos con empresas conserveras para la producción de tomates, campesinos que crían cerdos o pollos por cuenta de una fábrica de piensos, etc. Recientes investigaciones ponen de relieve cómo la agricultura, en su camino de adaptación al proceso de urbanización e industrialización, está cada vez más lejos del consumidor final, cómo las exigencias de éste son cada vez menos satisfechas por el sector primario, y entre uno y otro se desarrollan un conjunto de actividades —las englobadas por lo que se conoce como “agroindustria”— que progresivamente van adquiriendo el papel de motor del sistema alimentario. Hay claros indicios de que esta tendencia se va a acentuar en el próximo futuro (una prueba la tenemos en que los “para-agrícolas” —los trabajadores del sector de la agroindustria que no son directamente campesinos— no dejan de aumentar respecto de los agrícolas). En este contexto el agricultor va a perder lo que es consustancial a la propiedad: la capacidad de decidir qué producir y cómo hacerlo, va a convertirse en un “cuasi-asalariado que percibe un cuasi-salario”¹³, pero sin las ventajas que tiene un trabajador de la industria (vacaciones pagadas, etc.).

Cabría hablar incluso de un tercer tipo de alternativa, la que vendría dada por la extensión de las cooperativas, de la agricultura a tiempo parcial, etc. Pero, aun teniendo importancia en ciertas zonas, no parece que vayan a generalizarse ni adquirir un peso decisivo en la producción agraria.

Posiblemente estas hipótesis alternativas que sobre el papel aparecen relativamente simples sean, en la práctica, complejas como compleja es la realidad misma. No creemos que la agricultura española siga en su próximo futuro un único camino de entre los que acabamos de reseñar. Previsiblemente, la opción va a ser ecléctica: grandes empresas ajenas al sector primario seguirán haciéndose con el control de ciertos subsectores altamente lucrativos (vino), la integración vertical seguirá desarrollándose en producciones de fácil y rentable comercialización (producción intensiva de carne), la pequeña propiedad seguirá manteniéndose, máxime cuando la crisis económica que padecemos está expulsando a buena parte de aquellos trabajadores que la industria llamó hace unos años (un retorno todavía apenas perceptible hacia los pueblos y la agricultura se está dando en la actualidad, y algunos países, como Inglaterra, con reducidísima población agrícola, están elaborando planes para aumentar el número de sus agricultores). En cambio, las cooperativas, la agricultura a tiempo parcial y otras formas secundarias de organización de la producción, difícilmente superarán su situación de marginalidad y su importancia meramente local.

Pero lo que va a configurar el mundo rural del próximo futuro no va a estar determinado únicamente por el camino que siga la agricultura. Hay otros factores de importancia indudable, que no conviene olvidar. El desarrollo de la pluriactividad en el seno de la familia rural es un factor esencial de transformaciones; la familia entera dependerá cada vez menos de la sola agricultura; si se sigue la actual tendencia a que algunos de sus

miembros busquen empleo en la esfera no agrícola, su seguridad aumentará y sus incertidumbres disminuirán, su racionalidad será cada vez más urbana. La presencia de los jóvenes escolarizados, que equivale a decir —como hemos visto— urbanizados, va a ser un elemento que desde el seno de la familia misma contribuya a modificar sus comportamientos, haciéndolos cada vez menos rurales. La unificación cultural que seguirán desarrollando los cada vez más poderosos medios de comunicación de masas laborará como hasta ahora en contra de la especificidad rural.

El mayor interrogante y la más incierta respuesta son, sin embargo, demográficos. ¿Quién sustituirá a los campesinos de hoy? Sabido es que la edad media de la población activa agraria está alrededor de los 55 años y que más de la mitad no tienen quien los sustituya a la cabeza de la explotación. Con ello se pone en cuestión la reproducción de los campesinos como grupo. Incluso, de mantenerse la actual disparidad entre el número de abandonos y de nuevos campesinos que se instalan, dejarán de ser una fuerza interesante desde el punto de vista electoral y se verán todavía más olvidados ¹⁴.

La conclusión no es muy optimista. El mundo y la cultura rurales parecen condenados a perecer ante el progreso de lo urbano. A menos que cambios radicales en el sistema político-social introduzcan una total revisión del desarrollo económico y social del país. A menos que la crisis mundial siga agravándose hasta extremos tales que fuerce a una masa creciente de la población a volver a una agricultura cercana a la subsistencia.

Con todo, el proceso de desaparición del mundo y de la cultura rurales va a durar, sin duda, decenios. El que creamos conocer cuáles pueden ser los desenlaces, no nos da derecho a cruzarnos de brazos y esperar el final. Son muchas las tareas y numerosos los hombres que esperan nuestro esfuerzo solidario.

NOTAS

1. Rambaud, P., *Société rurale et urbanisation*, Seuil, Paris, 1969, pp. 10-13.
2. Pérez Díaz, V., *Pueblos y clases sociales en el campo español, Siglo XXI*, Madrid, 1974, p. 49.
3. Bayo, E., "La muerte de la enseñanza rural", *Cuadernos de Pedagogía*, Suplemento núm. 2, mayo 1976, p. 13.
4. Naredo, J.M., *La evolución de la agricultura en España*, Estela, Barcelona, 1971, p. 31.
5. Contreras Hernández, J., "Cultura rural, educación escolar y dependencia campesina", *Cuadernos de Pedagogía*, núm. citado, p. 8.
6. Gaviria, M., "La competencia Rural-Urbana por el uso de la tierra", *Agricultura y Sociedad*, núm. 7, abril-junio 1978, p. 245ss.
7. Gaviria, M., *Ibid.*, p. 253. (Según datos oficiales, el Ministerio de Agricultura ha puesto en riego unas 700.000 has. entre 1951 y 1977, que sumadas a las 227.000 del sector privado nos acercan al millón. La reflexión de Gaviria no pierde, sin embargo, su validez).
8. Barral, P., *Les sociétés rurales du XXè siècle*, Armand Colin, Paris, 1978, p. 298.
9. Kaplen Hirsz, D., "La 'revolución verde': el mito del crecimiento espectacular", *Agricultura y Sociedad*, núm. 12, julio-septiembre 1979, p. 291.
10. Kautsky, K., *La cuestión agraria*, Laia, Barcelona, 1974. La primera edición es de 1899.
11. Amin, S. y Vergopouolos, K., *La question paysanne et le capitalisme*, Anthropos-idep, Paris, 1977, p. 72.
12. O.C.D.E., *La politique agricole en Espagne*, Paris, 1974, p. 29.
13. Faure, C., "La production paysanne et l'explotation capitaliste", *L Homme et la Société*, juillet-décembre 1977, núm. 45-46, p. 59.
14. Kaiser, B., "Quels paysans?", *Le Monde Diplomatique*, avril 1980, p. 28.

OBJETIVOS Y RESULTADOS DE UNA POLITICA AGRARIA

Por Jaime Loring

El individuo frente a las decisiones políticas

De la misma forma que los individuos toman decisiones acerca de su existencia y de su vida, lo hacen también las comunidades. A medida que el individuo pasa de la niñez a la juventud y de ésta a la mayoría de edad, su situación, su personalidad, su perfil humano y sociológico son la consecuencia de aquellas decisiones y acciones que él mismo ha ido tomando a lo largo de su vida.

Paralelamente ocurre lo mismo con las comunidades. La estructura social que en un momento dado alcanza una comunidad es la consecuencia de aquellas decisiones que a lo largo de su historia ha ido tomando acerca de la forma de gobierno, de las relaciones de producción, del sistema educativo, del reconocimiento de los derechos humanos, etc. Lo que hoy es una sociedad, las relaciones estructurales que vinculan unos individuos a otros dentro de ella misma, es el producto de una historia,



que fue así y pudo haber sido de otra manera. Por ello mismo, no somos indiferentes a las decisiones políticas de nuestra generación, pues con ellas se está predeterminando la sociedad que vivirán nuestros hijos.

La diferencia importante entre el individuo y la sociedad en este paralelismo que hemos establecido, es que el individuo toma decisiones por sí y para sí, siendo él el beneficiario de sus aciertos y de sus errores, de sus esfuerzos y de sus desidias. En la sociedad son unos individuos los que toman las decisiones, los que ejecutan las acciones de transcendencia colectiva, y otros los que experimentan los resultados del acierto y del error de aquellos. Esta separación entre los que toman las decisiones y los que las padecen es tanto mayor cuanto menos democrática es una sociedad.

Por este motivo, la reflexión sobre las decisiones y acciones políticas de los gobernantes, su valoración, el examen de los resultados que han tenido en la estructura social actual, es una acción de crítica que nos compete a todos, en la medida en que no somos indiferentes al mundo que nos rodea.

El juicio de tales decisiones políticas puede hacerse desde dos puntos de vista: el de su eficacia y el de la valoración ética de los objetivos que se persiguen. La eficacia es imprescindible. De buenos propósitos está empedrado el infierno, decían los ascetas clásicos. Bajo otra perspectiva Carlos Marx denunciaba la falacia de elucubraciones filosóficas sobre el mundo y la sociedad, si no iban ellas mismas acompañadas por una acción revolucionaria: los filósofos clásicos, decía, han querido explicar el mundo, nosotros queremos transformarlo. Jesús de Nazaret, por su parte, en una línea equivalente, no se conforma con aquellos que tienen en sus labios el nombre de Dios, sino con los que ponen en práctica la voluntad del Padre, con los

que la cumplen. De una forma o de otra la eficacia será siempre un baremo imprescindible para juzgar la intencionalidad y la voluntad política. ¿Se cumplen efectivamente las declaraciones de intención o se quedan en meras manifestaciones verbales?

Pero no basta sólo con ser eficaz, los mismos objetivos que se persiguen también han de ser sometidos al criterio de una valoración ética. Al político no se le pide solamente que *haga* cosas, sino que se le pregunta por qué hace estas cosas y no aquellas.

Las decisiones políticas y los intereses de clase

En el ámbito de la política agraria el gobernante puede proponerse como objetivo el fomento de la productividad, del incremento de la rentabilidad. Podemos efectivamente opinar que cuando se haya conseguido el mayor producto bruto por hectárea, la máxima productividad por hora de trabajo, la selección de las mejores razas de ganado, las instalaciones de riego más racionales, y así sucesivamente, la política agraria desarrollada por el Gobierno ha sido en definitiva una buena política. Desde luego, si no lo ha conseguido, habiéndoselo propuesto previamente, diríamos que es una mala política, puesto que no ha conseguido ser eficaz. Pero aun habiéndolo conseguido y habiendo superado la barrera de la eficacia, todavía nos podemos preguntar si realmente eran aquellos los auténticos objetivos que requería el bien de los hombres que componen la Sociedad.

En otra perspectiva diferente nos situamos cuando por encima y más allá de los objetivos de rentabilidad y productividad se persiguen la humanización y desarrollo integral del hombre. El análisis marxista de la sociedad ha sido realmente perspicaz,

cuando ha planteado el análisis y estudio de la historia desde el punto de vista de las relaciones de producción y de la lucha de clases. A muchos les escandaliza que el marxismo plantee crudamente el tema de la lucha de clases. Realmente el marxismo no ha desencadenado la lucha de clases, sino que la ha desvelado, ha formulado una realidad social anterior al marxismo mismo y no ha sentido pudor por poner de manifiesto que los pueblos están estratificados por el esquema de relaciones de producción que aceptan y que, una vez establecidos los grupos que tales relaciones de producción generan y que denominamos “clases”, se desencadena entre ellos una lucha por el poder y la instrumentación de mecanismos para el mantenimiento del poder. Esta realidad sociológica no ha sido una creación del marxismo, sino que ha sido puesta al descubierto por el marxismo y empleada por él como clave de interpretación de la historia. El escándalo que produce la mera alusión al término “lucha de clases”, en ésta como en tantas otras ocasiones, responde a una cierta actitud puritanista según la cual las lacras humanas dejarían de existir por el mero hecho de ocultarlas y evitar un lenguaje que las mencione.

A mi juicio las limitaciones del marxismo no provienen del hecho de que haya denunciado y puesto de manifiesto la realidad preexistente de la lucha de clases. Esto, por el contrario, es un mérito y una auténtica contribución a la filosofía social. Su limitación, a mi juicio, reside en dos exclusivismos que reducen el alcance de su análisis. Por una parte, la obsesión de que es la lucha de clases la “única” clave de interpretación de la historia. No; hay otras, por mucho que les pese a los marxistas radicales. Pero no es en este exclusivismo en el que ahora pretendo profundizar. Hay otro que es igualmente limitante. Reducir la dialéctica social a unos grupos que se identifican por su posición respectiva en los términos de unas relaciones de producción, pudo quizás tener verosimilitud en la Europa de me-

diados del siglo XIX, cuando Carlos Marx reflexionaba sobre la sociedad de su tiempo. Hoy, ciertamente, cien años más tarde, ya no es así. Sigue siendo verdad la dialéctica de una contraposición y enfrentamiento de los intereses de grupos. Lo que ya no es cierto es que este enfrentamiento dialéctico sea meramente bipolar: entre los propietarios de los medios de producción y los oferentes de la fuerza de trabajo. La sociedad actual, en el último cuarto del siglo XX, se ha hecho mucho más compleja de lo que Carlos Marx pudo observar hacia 1850. El fenómeno colonialista de finales del XIX y principios del XX, ha creado una realidad socio-política de tensión dialéctica entre pueblos dominantes y pueblos dominados que, por una parte, escapa a un rígido análisis marxista y, por otra parte, puede ser clarificado si utilizamos la metodología elaborada por Marx con mayor amplitud mental.

Un caso parecido se nos plantea en la dialéctica existente entre el grupo urbano y el rural. La aparición de la ciudad, tal como hoy la vivimos, es igualmente un fenómeno posterior que Carlos Marx no tuvo ocasión de integrar en su estudio de la sociedad. La ciudad de nuestros días ha concentrado la mayor acumulación de riqueza humana en todos los sentidos. Desde los más materiales del confort, la oferta de bienes de consumo, hasta los más propios del espíritu como la cultura, la ciencia, el arte. Las posibilidades de diversiones, de encontrar una situación en la vida, de acceder al poder político o económico, todo ello se concentra en la ciudad. Realmente nuestra sociedad ha llegado a una situación tal en la que el grupo rural adquiere caracteres de proletarianización, mientras que el grupo urbano juega el papel de clase dominante. En la ciudad y por hombres de la ciudad se toman las decisiones políticas; en la ciudad y para hombres de la ciudad la técnica ofrece sus mejores consecuencias; en la ciudad y para hombres de la ciudad están abiertos los caminos de la ciencia y del saber. La persona que, nacida

en el medio rural, aspire a lograr en la vida lo que el mundo moderno puede ofrecerle, sabe perfectamente que el primer paso que tiene que dar es venir a vivir a la ciudad. En la ciudad puede encontrar la satisfacción de sus aspiraciones; en el pueblo seguirá siempre perteneciendo a un colectivo dependiente y marginado. Es en la ciudad donde reside el poder, el dinero y la cultura; es en la ciudad donde se toman las decisiones y donde se produce el fenómeno de acumulación de capital, que Carlos Marx ponía de manifiesto para los propietarios de los medios de producción.

Efectivamente; puesto que la política se hace en la ciudad y por los hombres de la ciudad, favorece a la ciudad. Aquí es donde me parece perspicaz el concepto marxista de la lucha de clases. Si hemos llegado a una sociedad con unas desigualdades manifiestas en la disponibilidad de bienes al alcance del grupo urbano frente a las que puede alcanzar el grupo rural, no es debido a unas leyes económicas y sociológicas neutrales, impersonales, que se han de cumplir por la fuerza misma de la naturaleza de las cosas. Carlos Marx abordó, con un impulso intelectual propio de los grandes genios, la forma de desmontar y poner de manifiesto las contradicciones de las leyes económicas del capitalismo liberal decimonónico. Al cabo de cien años la historia, en unas cosas, le ha dado la razón y, en otras, no. Pero no se trata ahora de descalificarle por los fallos que haya podido tener en alguna de sus previsiones históricas o de aceptar sin crítica alguna sus aciertos en actitud de dócil discípulo, sino de aprovechar inteligentemente los fundamentos más profundos en que él basó su análisis de la sociedad, en cuanto que constituyen una importante aportación a la historia de la filosofía, y replantearse el análisis de nuestra sociedad actual, que Carlos Marx no conoció ni pudo sospechar. Mantenemos así lo permanente y duradero que tiene su pensamiento, dejando para la erudición histórica lo que en él hay de coyuntural.

Y eso que hay de permanente en el análisis marxista de la historia es que, cuando se producen fenómenos de desequilibrios e injusticias sociales, tales como los que él presencié entre proletarios y propietarios del capital o el que ahora nos ocupa entre los hombres de la ciudad y los hombres del campo, no se debe a leyes de la naturaleza, como si las leyes económicas tuvieran un determinismo equivalente al de las leyes físicas, sino a la dialéctica de los intereses contrapuestos y enfrentados entre grupos. Donde aquellos que han alcanzado una posición de poder crean una superestructura legal, jurídica, institucional, para mantener y perpetuar su situación de dominio.

La eficacia de la política agrícola

Cuando nos queremos formular un juicio sobre lo que ha sido la política agrícola de los gobernantes de nuestro país, no basta con que analicemos su eficacia; no tendremos una idea exacta de ella mientras no valoremos igualmente en qué medida dicha política ha contribuido a la liberación del hombre rural. En cuanto a eficacia en el orden de la productividad, ésta se ha conseguido incluso en términos que podemos denominar espectaculares. A lo largo de setenta años casi se ha multiplicado por tres. Y en sólo los diez años que van de 1960 a 1970 se ha multiplicado por dos.

<i>Año</i>	<i>Población total</i>	<i>Población activa agraria</i>	<i>o/o</i>	<i>Personas alimentadas por una persona activa en la agricultura</i>
1900	18.618.100	4.558.300	24,48	4,08
1910	19.995.700	4.220.500	21,11	4,74
1920	21.389.900	4.555.600	21,30	4,70
1930	23.677.800	4.040.700	17,07	5,86
1940	25.878.000	4.781.000	18,48	5,41
1950	27.976.800	5.271.000	18,84	5,31
1960	30.528.500	4.696.400	15,38	6,50
1970	34.040.700	2.958.700	8,69	11,50

Fuente: INE. Anuario Estadístico de España 1978.

Desde este punto de vista, el éxito no es más que encomiable. Si la tendencia no sufre alteraciones, en pocos años estaremos en niveles equivalentes a los de los países más avanzados.

El sentido de nuestra crítica va en otro sentido. El resultado de esta política no ha beneficiado por igual a los hombres del medio rural y a los hombres del medio urbano. Y precisamente esta es la razón más profunda del análisis socio-político, porque la legislación y la política han estado en manos de los hombres de la ciudad. Mientras el poder político siga concentrado en la ciudad, el campo se regirá por las leyes de las economías dependientes.

El individuo vive condicionado por el entorno físico, social, cultural. Las acciones puntuales sobre el individuo nunca

llegarán a tener auténtico resultado liberador, si no transformamos el medio en el cual el individuo está enmarcado. Nos podemos preguntar muchas veces por qué la acción pastoral, la predicación del evangelio, no consigue un dinamismo realmente transformador de las personas. Se queda como trabado en formulismos de prácticas piadosas, de lenguajes reverenciales con alusiones a un mundo trascendente, que no pasan de tópicos al uso. La auténtica conversión evangélica, como una metanoía, como un cambio de mentalidad ante la vida, no llega a producirse. Es que la predicación de la palabra, en demasiados casos, persigue conversiones individuales, no la transformación del medio socio-cultural en el cual el individuo está inmerso. Y la conversión del individuo, la transformación del individuo, pasa por la transformación del medio.

En el ámbito político, concretamente en el ámbito de la política agraria, la liberación del hombre rural solamente podrá alcanzarse si transformamos el medio rural. Y esto es precisamente lo que lamentablemente en la política agrícola, no sólo durante los cuarenta años tantas veces citados sino incluso durante los últimos ciento treinta años, no se ha conseguido, más aún, sospechamos que ni siquiera se ha intentado. Y lo explicamos por el principio metahistórico enunciado: la política favorece los intereses de aquellos grupos que hacen la política, y estos grupos residen en la ciudad.

El fracaso de una política de estructuras ¹

Desde la mitad del siglo XIX a nuestros días, creo que pueden señalarse tres revoluciones agrarias de importancia, y, como queremos demostrar a continuación, las tres fracasadas.



Son las siguientes. A mediados del siglo XIX, la *desamortización* (Mendizábal, 1836; Madoz, 1855); la *intensificación* del cultivo con la desaparición de los barbechos blancos, pasando de la agricultura al *tercio*, al cultivo por el sistema del *año y vez* (proceso que se produce lentamente desde 1890 a 1950); finalmente, la industrialización de los procesos agrícolas mediante el empleo de tractores, fertilizantes y medios químicos, así como la introducción de algunos cultivos nuevos, fenómeno que se generaliza a partir de 1950 hasta nuestros días.

La desamortización.

El decreto de la desamortización de Mendizábal determinaba que los bienes raíces desamortizados serían vendidos en pública subasta y el pago se haría, bien en metálico, bien en títulos de la Deuda.

La preocupación de Mendizábal era mucho más financiera que económica. Lo que pudo haber constituido la ocasión de una reforma agraria de largo alcance y transcendencia para el futuro de la historia del país, se quedó simplemente en una medida coyuntural para equilibrar el déficit del Tesoro Público. Los especuladores o los ya propietarios de tierra, que poseían títulos de la Deuda y facilidades de inversión, fueron los beneficiarios de las subastas. Los campesinos modestos, en muchos casos subarrendatarios de colonos potentes, no tuvieron la oportunidad de un acceso a la propiedad. En más de una ocasión se facilitó el enriquecimiento de especuladores que, canjeando títulos depreciados por tierras sacadas a subasta, consiguieron adquirir fincas a precios irrisorios ².

El gran Alvaro FLOREZ ESTRADA comprendió inmediatamente el error y fracaso de las medidas de Mendizábal, al des-

perdiciar aquella ocasión de realizar una reforma agraria en profundidad. En un artículo publicado en "El Español", el día 28 de febrero de 1836, se muestra partidario de la desamortización en cuanto significa poner en circulación un volumen importante de tierras para darles un destino más acorde con el bien de la colectividad. Pero, igualmente, hace una dura crítica de las medidas tomadas, puesto que no solamente habían de ser inútiles sino, más aún, contraproducentes. FLOREZ ESTRADA propone que el Estado no venda las tierras, sino que las dé en arriendo enfiteútico. Si el Estado tiene acreedores, que les pague no de una vez con el producto de las enajenaciones, sino a plazos con el producto de las rentas. Al vender el Estado las tierras, no se lograría la igualdad distributiva. Por el contrario, si el Estado las arrendaba, el individuo podía continuar por siglos siendo dueño del dominio útil y el Estado del dominio directo sobre el suelo. Se perdió la ocasión de una gran reforma social que posiblemente hoy día hubiera configurado la sociedad española y andaluza, en particular, de otra manera muy distinta, gracias a la socialización del suelo rústico. Por el contrario, con la venta de las tierras, decía el gran economista decimonónico, todas las clases de la sociedad quedan altamente perjudicadas. Solamente ganan los que especulan con la degradación del género humano. "Sólo ganan los hombres habituados a enriquecerse escandalosamente en pocos días, sin más trabajo que el de especular con la ignorancia y la desfachatez de los gobernantes".

La desamortización de Madoz siguió las mismas líneas que la de Mendizábal. La ley de 25 de abril de 1855 preveía la puesta en venta de toda clase de propiedades rústicas y urbanas, censos y foros pertenecientes al Estado, al clero, a las órdenes militares, a cofradías, obras pías y santuarios, etc. La venta debía publicarse por pública subasta y el pago se efectuaría al contado en una décima parte y el resto escalonado en pagos du-

rante catorce años. Tampoco ahora se tuvieron en cuenta las críticas que FLOREZ ESTRADA había hecho veinte años antes. De nuevo la desamortización fue una medida coyuntural de política financiera y no una medida estructural de reforma agraria. FERNANDEZ BARQUIN (1953) afirma que “las fincas se vendieron en grandes lotes y, cuando no ocurrió así, fueron acaparadas por los grandes propietarios. Los ricos se hicieron más ricos y los pobres más pobres. A los latifundios de manos muertas, sucedieron los latifundios particulares”. Por dos veces en la mitad del siglo XIX se perdió la ocasión de poner los fundamentos de una sociedad moderna e igualitaria. Y ciertamente no fue porque no se levantaran voces advirtiendo del error. La ceguera de los gobernantes presionada por los intereses de clase nos dejó en herencia una estructura de la propiedad rústica que no habría de favorecer esa clase media campesina cuya ausencia constataba Blas INFANTE.

El incremento de la superficie labrada.

La segunda revolución agraria está constituida por los cambios en el sistema de rotación de cultivos. Michel DRAIN³ tiene estudiado este tema en profundidad. El sistema al tercio es un sistema que puede calificarse de sistema andaluz, por oposición al castellano de año y vez. En el momento de la invasión castellana en suelo andaluz, como consecuencia de las campañas guerreras de Fernando III y la consiguiente expulsión de los habitantes musulmanes del territorio, se siguió en Andalucía el método castellano del año y vez. Poco a poco se puso en práctica un sistema de rotación más adaptado a las condiciones del suelo de Andalucía. A mediados del siglo XIX, Hidalgo Tabalada estima que el sistema al tercio ocupaba tres cuartas partes de la tierra calma de la provincia de Sevilla. En 1931 todavía el sistema continuaba siendo el sistema de rotación más practi-

cado. La razón de la permanencia de este sistema de rotación se debe a que es el que mejor se adapta al medio físico andaluz, muy distinto del de las mesetas interiores. Los suelos pesados de los bujeos campiñeses no podían trabajarse con mulos, solamente los bueyes eran capaces de levantar semejantes tierras con el arado; pero, por esta misma razón, las faenas de laboreo se hacían más lentas.

En el sistema al tercio, solamente una tercera parte del suelo se labra cada año; las otras dos permanecen en reposo. El tercio labrado se destina a trigo preferentemente y el ganado penetra en él después de la recolección para aprovechar los rastrojos. Otra tercera parte se dejaba en barbecho sin labrar para pasto del ganado, que aprovechaba las hierbas espontáneas. Finalmente, otra tercera parte constituía el barbecho labrado; recibía labores de arado para preparar la tierra para el año siguiente, favoreciendo el almacenamiento del agua de lluvia y la descomposición de las materias vegetales y elementos químicos del suelo.

El paso del cultivo al tercio al sistema del año y vez habría de constituir una mejora en el aprovechamiento del suelo disponible. De cada 100 hectáreas se habrían de aprovechar para el cultivo 50 hectáreas cada año, en lugar de 33. Lo cual equivale a multiplicar la tierra disponible para el cultivo por 1,52. Tal revolución fue posible gracias a dos innovaciones técnicas: el empleo de fertilizantes químicos y la motorización. En defecto de medios de fertilización más potentes, los dos años que cada parcela permanecía en descanso era enriquecida por el estiércol del ganado y por la descomposición de vegetales. Por otra parte, las necesidades alimenticias del numeroso ganado de labor exigido, requería el dedicar una parte de suelo para proporcionarle pasto. Aunque fuera considerado un mal necesario, no podía ser omitido. Con la introducción de la motoriza-

ción, por una parte, se pudo labrar más rápidamente la tierra disponible y, por otra, se pudo prescindir de las tierras dedicadas al “manchón” (barbecho de pasto).

De nuevo, esta revolución agrícola hemos de considerarla fracasada desde el punto de vista en que nos hemos situado. Se ha conseguido evidentemente un aumento de la productividad de la tierra, pero no una mayor ocupación humana del territorio. A lo largo de medio siglo, desde finales del XIX hasta la mitad del XX, se ha logrado duplicar la tierra cultivable, con lo cual ciertamente se consiguió un incremento notable de la producción. El empleo de nuevas tecnologías productivas ha supuesto evidentemente una revolución agraria. Pero tal revolución se ha quedado dentro de lo que podríamos llamar unas coordenadas rentabilistas o productivistas. El nuevo sistema de rotación no ha llegado a cambiar la estructura agraria en el sentido de que el territorio aumente su capacidad de acogida y de asentamiento de la población; menos aún, de conducir la estructura social de Andalucía hacia esquemas de mayor igualitarismo y redistribución de renta. La agricultura del secano andaluz sigue siendo una agricultura capitalizada, con producciones de escaso valor añadido. El trigo y los demás cultivos “tipo cereal” continúan siendo dedicación predominante de las tierras disponibles para el cultivo. Antes y después del cambio del sistema de rotación podemos situar la agricultura de los secanos andaluces dentro del sector de las industrias extractivas. La tierra, el sol y el agua aportadas por la naturaleza, la mecanización y los fertilizantes y productos químicos aportados por los sectores externos a la agricultura, constituyen la casi totalidad del valor del producto final; el valor aportado por el trabajo humano de la población dedicada a esta actividad, constituye un porcentaje mínimo del valor final. Con este sistema de explotación se han podido beneficiar los propietarios de los bienes naturales (la tierra), pero la capacidad productiva del territorio no ha lo-

grado beneficiar igualmente al resto de la población que incorpora su trabajo al producto, entre otros motivos, porque el trabajo humano necesario para este tipo de productos es cuantitativamente mínimo. Otra cosa hubiera sido si, en los años en que se producía la segunda revolución agrícola andaluza, las innovaciones hubiesen avanzado en la línea de cambio de la gama de productos; si no se hubiese tendido simplemente a un aumento de la productividad de la tierra, sino que se hubiera optado por situar en este nuevo suelo conquistado a la naturaleza cultivos con mayor valor añadido. A lo largo de esta revolución agrícola de la primera mitad del siglo XX andaluz, se ha producido un fenómeno equivalente al ocurrido para España durante los siglos XVIII y XIX respecto de Europa. España exportó a Europa materias primas procedentes de sus colonias americanas y de las minas de la metrópoli. Ello, ciertamente, facilitó el enriquecimiento de los propietarios de los yacimientos; pero al no exportarse productos manufacturados con un valor añadido incorporado, ha mantenido en un infradesarrollo a la masa de la población. Mediante un proceso equivalente, la agricultura andaluza que ha exportado productos de poco valor añadido ha visto aumentar durante las primeras décadas del siglo XX su desfase respecto de otras regiones del país. En este sentido es en el que afirmamos que por segunda vez asistimos al fracaso de una revolución que, por otra parte, reviste una importancia considerable desde el punto de vista tecnológico.

Las nuevas tecnologías.

A partir de 1950 se produce lo que podríamos llamar la tercera revolución agrícola. Lamentablemente por tercera vez habremos de constatar su fracaso. Los contenidos de esta tercera revolución agrícola podemos concretarlos en tres aspectos: el consumo masivo de fertilizantes, el uso generalizado y cre-

ciente de la tracción mecánica y la introducción de nuevos cultivos a base de plantas industriales, tales como la remolacha, el algodón y el girasol.

Fertilizantes

En los últimos años el consumo de fertilizantes por la agricultura española se ha intensificado significativamente. El consumo de abonos nitrogenados se ha multiplicado por 2,93 desde 1959 a 1976; el de abonos fosfatados se ha multiplicado por 1,51 en el mismo tiempo; y, por fin, el de abonos potásicos se ha multiplicado por 4,15.

A B O N O S

<i>Año</i>	<i>Nitrogenados</i>	<i>Fosfatados</i>	<i>Potásicos</i>
1959	254,9	311,8	67,2
1960	242,1	298,1	66,3
1961	301,2	307,4	85,4
1962	337,2	326,9	98,2
1963	334,2	307,8	97,3
1964	374,5	319,3	92,6*
1965	399,4	327,6	105,2
1966	402,3	322,1	113,5
1967	459,6	336,9	149,0
1968	520,3	368,8	173,2
1969	588,5	369,0	206,0**
1970	614,7	398,7	210,6
1971	620,6	453,8	236,3
1972	666,5	466,8	258,9
1973	716,0	481,2	264,6
1974	748,1	511,8	256,3
1975	749,3	488,5	262,2
1976	747,7	470,1	278,8

* Desde este año se incluyen los abonos complejos.

** Desde este año se incluyen el amoníaco anhidro de uso directo.

Fuente: Ministerio de Agricultura: Panorama en la agricultura.



La observación de las series permite ver que el censo de tractores en un período de trece años —de 1963 a 1976— se ha triplicado aproximadamente en todas las series:

Andalucía Occidental: 2,74; Andalucía Oriental: 3,30.

Andalucía: 2,91; España: 3,50.

Según datos de 1977, Andalucía cuenta con un índice de mecanización en tractores y motocultores por debajo de la media nacional (0,8 frente a casi 1,1). Ello es reflejo de una menor intensidad productiva. Aun así, lo que resulta cierto es el creciente uso de maquinaria. El índice de mecanización ha pasado de 0,15 en 1960 a 1 en la parte Occidental; y de 0,1 a 0,6 en la Oriental. La utilización de herbicidas y pesticidas pasó de casi 0 a 350 ptas./Ha., de 1960 a 1976. Estos empleos sí explican en buena parte la transformación en los sectores y el reemplazo de unos cultivos por otros, con menos empleo y más mecanizables: algodón y leguminosas dan paso a cereales, girasol y remolacha; los dos últimos han constituido una minirrevolución para los secanos andaluces.

TRACTORES AGRICOLAS

	<i>T. cadenas</i> (Uds.)	<i>T. ruedas</i> (Uds.)	<i>Potencia *</i> C.V.	<i>Indice</i> C.V./S.T.C.
Almería	217	2.839	198.390	0,7
Granada	1.181	5.051	370.567	0,6
Jaén	3.017	4.302	443.806	0,6
Málaga	982	2.837	226.383	0,6
Cádiz	2.948	3.462	393.423	1,2
Córdoba	5.203	6.519	662.758	0,8
Huelva	372	2.881	196.344	1,0
Sevilla	2.943	12.623	917.659	1,1
ANDALUCIA	16.863	40.514	3.409.030	0,8
ESPAÑA	20.961	400.437	24.062.294	1,1

* Incluidos motocultores.

Fuente: Censo Maquinaria Agrícola 1977. Manual Estadística Agraria 1978 y Tipología de Comarcas Agrarias. Madrid 1978

El tiempo que tarda un tractor mediano en realizar una tarea agrícola es considerablemente inferior al de las parejas de bueyes o mulos. Por ejemplo, en preparar la tierra se tarda una hora de UTH por cada 13/15 de antes; en la siembra, por 18/20; y cantidades similares en otras operaciones culturales. Ello ha servido para pasar del cultivo al tercio al del año y vez con barbecho semillado, y a un ahorro de mano de obra. El ganado de labor deviene innecesario y se elimina, y la ganadería extensiva es reducida por la escasez de pastos y rastrojeras.

En cuanto a los tractores orugas, el censo regional es muy superior al de otras regiones (80 o/o en Andalucía) y facilitan el laboreo en condiciones edáfico-climatológicas difíciles durante los lluviosos meses de otoño y primavera. La antigua parcelación

de grandes fincas con motivaciones económico-productivas perdió razón de ser con la introducción de las nuevas máquinas, y ello, aparte otras consideraciones, contribuye a explicar la reducción de arrendamientos y aparcerías, en línea con el estudio de Naredo.

La subida de salarios, consecuencia de la creciente industrialización de otras regiones, la emigración y el lógico recurso a las cosechadoras en vez de las duras faenas de los segadores, ha convertido en marginales aquellas zonas pedregosas y de sierras y serranías en donde no podían ser introducidas. La sustitución vino, de un lado, por el olivar, caso de extensas zonas de Jaén (22 o/o de aumento desde 1960), o los eriales a pastos o terrenos forestales-recreativos, de otro.

La mecanización está también en el origen de dos hechos importantes a destacar: emigración y paro actual, de una parte, y la aparición de una nueva diferenciación y especialización profesional en el medio rural, de otra. Los antiguos aperadores, manijeros, gañanes, muleros, ayudas, caseros, etc., son reemplazados por un reducido número de tractoristas, capataces, mecánicos, etc., menos ligados a la propiedad de la tierra y con unas posibilidades de las que carecían los primeros.

Esto supone un cambio importante en la evolución de los sistemas de producción. Pero de nuevo estamos en la misma línea: la línea productivista y economicista. La intensificación de los medios mecánicos de tracción permite, desde el punto de vista agronómico, un más perfecto laboreo de la tierra; desde el punto de vista económico, el absorber el incremento de las remuneraciones salariales con un aumento de la productividad por hora trabajada. Pero poco ha cambiado la línea de evolución en el sentido de una mayor incorporación del valor añadido.

Orientación para una política agraria

Quizá pudiéramos resumir en tres puntos los problemas a los que la agricultura ha debido hacer frente en estos años.

En primer lugar, el problema del éxodo rural y el paro. Durante la década de los sesenta, en que los trabajadores españoles que no encontraban empleo en su país de nacimiento emigraban a Centroeuropa, el paro estructural de la economía española ha podido quedar encubierto. Cuando la crisis de la energía ha afectado a Europa y la emigración de trabajadores se ha suspendido, el paro ha salido a la superficie. Evidentemente la agricultura andaluza no podrá jamás resolver el problema del paro que afecta al conjunto del sistema económico. Pero también es cierto que si, en lugar de haber desarrollado espectacularmente cultivos como el girasol, con 64,94 horas de trabajo anual por hectárea, hubiera desarrollado con la misma potencia el algodón, con 148,82 horas, o la remolacha, con 277,46 horas ⁴, la agricultura aportaría alguna contribución a suavizar el problema del desempleo. Pero tampoco se ha producido la promoción de otras actividades agrarias que proporcionan un aumento del empleo de tipo estructural y continuo. Nos referimos a la producción de hortalizas, frutas y patatas, de un lado, y a la ganadería, de otro. La producción de hortalizas y frutas adquiere importancia en Andalucía Oriental (donde la remolacha y el algodón no han logrado implantarse), pero permanece estacionaria durante veinte años en Andalucía Occidental. Esta forma de orientar el empleo de la tierra no solamente no dulcifica sino que acelera el abandono de las áreas rurales. En quince años —de 1960 a 1975— han abandonado la agricultura casi la mitad de las personas que trabajaban en ella. En mayor proporción los trabajadores asalariados que los autónomos. Todas estas personas han huido a las capitales de provincia, a las áreas industriales del norte y centro de la

península, o al extranjero. Estos movimientos de población producen desequilibrios demográficos, por aumento de la presión en los suburbios, y la disminución consiguiente de la calidad de vida.

Este es el resultado dramático que la utilización de la tierra produce sobre la demografía. La Andalucía que durante siglos ha sido considerada el paraíso de colonizadores, desde los romanos, los cartagineses, los árabes, los castellanos, está siendo abandonada por sus pobladores autóctonos, a la vista de que se hace inhóspita. Y la evolución que los cultivos anuales han experimentado en estos veinticinco años de la segunda mitad del siglo XX no conducirá a invertir el proceso, sino a agravarlo.

El segundo problema que tendría que afrontar la agricultura es el cambio de la dieta alimenticia del español medio. En los últimos años ha cedido el consumo de pastas y cereales, en beneficio de la carne y el pescado. El Instituto Nacional de Estadística da los siguientes índices de consumo anual medio por persona, desde 1958 a 1973.

	<i>Pan, pastas y cereales</i>	<i>Carnes</i>	<i>Pescados</i>
1958	100,0	100,0	100,0
1964	99,5	145,6	111,7
1967	94,9	190,1	131,1
1968	100,4	199,1	126,5
1973	93,5	278,5	176,4

Fuente: I.N.E. Encuesta de presupuestos familiares.

En quince años el consumo de pastas y cereales en pesetas constantes ha permanecido casi invariable, mientras que el de carne casi se ha triplicado y el de pescados casi duplicado. Esta evolución ha traído como consecuencia la incapacidad de la agricultura española para abastecer la alimentación nacional y, por ello mismo, la necesidad de recurrir a la importación de alimentos. La balanza comercial agraria, que fue excedentaria hasta los años del desarrollo, se ha convertido en deficitaria.

Esto nos lleva al tercero de los problemas de la agricultura española: el déficit de su balanza comercial. El comercio exterior agrario español se resume en las cifras siguientes:

	<i>Exportaciones</i>	<i>Importaciones</i>	<i>Saldo</i>	<i>Cobertura</i>
1958	968	549	+ 419	1,76
1959	940	457	+ 483	2,07
1960	1.298	484	+ 814	2,68
1961	1.211	1.032	+ 179	1,17
1962	26.298	26.007	+ 291	1,01
1963	25.367	31.502	- 6.135	0,73
1964	32.714	31.083	+ 1.631	1,05
1965	29.606	44.041	-14.435	0,67
1966	35.633	53.306	-17.673	0,67
1967	40.153	50.588	-10.435	0,79
1968	44.182	55.685	-11.503	0,79
1969	47.197	67.340	-20.340	0,70
1970	60.176	66.629	- 6.453	0,90
1971	64.781	77.055	-12.274	0,84
1972	69.894	94.405	-24.511	0,74
1973	91.210	126.978	-35.768	0,72
1974	102.937	169.303	-66.366	0,61
1975	104.653	181.421	-76.768	0,58

Fuente: Ministerio de Agricultura.

El cambio de magnitud de las cifras al pasar de 1961 a 1962, se debe a que de 1958 a 1961 se calcula en pesetas oro. El resto de la serie está estimado en pesetas corrientes de cada año. De todas formas, prescindiendo de la unidad monetaria empleada, el porcentaje de cobertura muestra cómo la agricultura española hasta el comienzo de los años del desarrollo es excedentaria y luego se convierte en deficitaria. En un país como España, la agricultura debe ser autosuficiente para la alimentación de la población nacional, incluso constituir, gracias a las exportaciones, una fuente de divisas para la adquisición de materias primas que no se producen en el país. Para ello hemos de pensar en la exportación de bienes procedentes de la agricultura en estado de elaboración industrial, con mayor valor añadido que los productos vírgenes inmediatamente arrancados de la planta, o en producciones de alto producto bruto por hectárea.

Así, pues, nos encontramos a la salida de los años prósperos del desarrollo y en medio de la crisis económica con una agricultura que por su falta de rentabilidad se abandona por obreros y por empresarios, que es incapaz de abastecer a la población nacional de los alimentos que ésta demanda y que recarga el déficit exterior. Desde esta perspectiva estimamos que las medidas políticas que hayan de tomarse en política agraria han de ser orientadas en la línea de responder a esta problemática.

Por un lado, es preciso rentabilizar la actividad agropecuaria. Una política de precios coherente estimamos que debe cumplir tres requisitos cara a la situación que hemos resumido más arriba. Por una parte, *rentabilizar el sector* de forma que sea atractiva la inversión de recursos y creación de puestos de trabajo. En segundo lugar, dirigir la rentabilidad a corto plazo hacia aquellos *productos que dan más ocupación*, más jornales,

por hectáreas. Finalmente, fomentar mediante medidas de incentivo aquellas *producciones* que son demandadas por el consumo nacional y que en la actualidad se *abastecen* con recurso a las *importaciones*. Los precios, garantizados y protegidos por el Gobierno, deben tener una función de reorientación del empleo de los recursos de aquellos productos que colaboran más eficazmente a resolver los tres problemas fundamentales que hemos indicado: el paro, el desabastecimiento alimenticio y la balanza comercial.

De todas formas, la retirada de la población activa agraria habrá de continuar en los próximos años a medida que aumenta la productividad agraria. Para impedir el desequilibrio demográfico que representa el abandono del Sur y Oeste del país hacia las zonas del Norte y Levante, será preciso hacer una política de creación de puestos de trabajo en las zonas rurales. Si continuamos abandonando las zonas rurales, llegaremos a una desertización del área nacional, por un lado, y a la proletarización, por otro, de las masas de inmigración en los suburbios de las ciudades.

Para retener a las gentes en las zonas de origen no basta con predicar los daños que se producen a la ecología con la polución de las ciudades industriales. El ciudadano español que habita en los pueblos participa menos en los servicios públicos que el español que vive en las capitales de provincia: peor asistencia médica, peores comunicaciones, peores colegios e instituciones de cultura, peor higiene, peor todo. No podemos extrañarnos de que la gente de los pueblos aspire a venirse a las capitales. La redistribución geográfica de los servicios públicos es, a nuestro juicio, un problema de justicia distributiva y que además ha de contribuir a la mejora de la calidad ecológica.

La política de estructuras ha de ser también orientada en la dirección que estamos tratando. En la circunstancia actual del país, con un paro endémico que se ha enmascarado con la emigración al extranjero y un grave riesgo de regreso forzado de los emigrantes, la política económico-social tiene que abordar con decisión el problema del empleo y subordinar a él otras opciones que, en caso de pleno empleo, serían justificadas. Pero nuestra situación no es de pleno empleo, sino todo lo contrario. Es posible que, según criterios de rentabilidad del capital invertido, los grandes complejos agrarios sean preferibles a las medianas empresas familiares. Habría que pensar si este tipo de empresas agropecuarias son también superiores en cuanto a la intensidad del empleo. Creemos que si hubiera que elegir entre tamaños de empresa que mejoren la rentabilidad del capital invertido y tamaños que aumenten la capacidad de empleo, habría que preferir estos últimos, siempre que el producto bruto por persona empleada garantice un nivel de salario equivalente al de otros sectores económicos.

Las producciones de los secanos tienen en general un escaso producto bruto, es decir, poco consumidoras de recursos e *inputs*: tierra, agua, medios de producción y, muy especialmente, mano de obra. El margen o beneficio por hectárea es insuficiente además para reinvertir grandes cantidades. Ello, unido a una cierta orientación y estructura defectuosa, incide en el empleo agrícola: paro y subempleo; no facilita la industrialización regional: crea poco excedente y tampoco demasiados productos y medios de producción; y no contribuye a reducir grandemente el déficit comercial: aumentan las importaciones de piensos, productos ganaderos, leguminosas, etc. Remolacha y algodón, y sobre todo la ganadería, las leguminosas y algunos hortícolas tradicionales, dejan sitio a otros con 25 ó 50.000 y valor añadido escaso.



La actuación en este campo de la política de producciones, habría de ser más liberal: suprimir las operaciones comerciales del Estado y disminuir las actuaciones del SENPA, lo que abarataría costes, fijando precios mínimos en lugar de asegurar compras. Por otro lado, la política de subvenciones y fomento de producciones debe de ser discriminatoria; en este momento, a favor del empleo y las rentas, en vez de las que consumen energía no renovable, es decir, hacia aquellas producciones que interesa obtener, dirigiendo en el mismo sentido el resto de las políticas: de medios de producción, de comercialización, estructuras, investigación y capacitación, y hasta la actuación de los organismos del Ministerio y la Junta.

La política de precios ha de ser complementaria con la de producciones. Hasta ahora, los precios eran casi el único objetivo de las Reuniones de Madrid, y, como las subvenciones a los carburantes y determinadas subvenciones a las compras de máquinas, han favorecido a las grandes explotaciones andaluzas, sobre todo de Campiña, por la calidad y dimensión de sus tierras. La protección y compra segura permite a los propietarios una renta al menor riesgo. Riesgo disminuido con el seguro que poseen estas cosechas, en tanto carecen de él otros más intensivos.

Por otro lado, solamente Andalucía tiene aún posibilidades de transformar en regadío 400.000 hectáreas más, lo que casi duplicaría el actual empleo agrario, sobre todo si se actúa también en la industrialización y comercialización de los productos obtenidos, más la influencia que ello tendría en otras actividades de la industria y los servicios. El ritmo anual mínimo debería ser de 20.000 Ha./año, posible con dotaciones presupuestarias y de las entidades financieras regionales hacia inversiones productivas. Pero habría de vigilarse también la dedicación de las tierras regadas y evitar el despilfarro de recursos de la comu-

nidad, exigiéndose a los beneficiarios las transformaciones y orientaciones productivas convenientes, al menos durante 15-20 años, penalizando las posibles infracciones.

Pero estas transformaciones y el avance de la agricultura se verán obstaculizadas si todas estas medidas recaen sobre una población envejecida y, por tanto, más conservadora (casi el 50 o/o de los cultivadores y poseen más de 45 años). Una política de rejuvenecimiento y formación profesional, es de una necesidad perentoria, y el modelo bien puede ser el puesto en práctica por la CEE.

Un cambio de política agraria, en la cual los objetivos de mejoras estructurales predominen sobre los objetivos de eficacia rentabilista, creemos que no tendrá jamás lugar mientras el protagonismo de las decisiones políticas continúe en las manos de la población urbana. La presencia de los hombres situados en el medio rural a la hora de tomar las decisiones políticas de orientación agraria, es la única garantía de que efectivamente puede llegarse a un equilibrio social, cultural y de bienestar material entre los espacios rurales y los espacios urbanos del país. Y esta es precisamente la base del funcionamiento democrático de una sociedad: que los intereses de los distintos grupos que la componen sean defendidos y protagonizados por los mismos interesados y no por otros grupos que los tutelen.

Conclusión

Llegados al final de este análisis, hemos de confesar que sus resultados no son precisamente alentadores. Por tres veces en siglo y medio hemos visto cómo se ha perdido la oportunidad de realizar transformaciones estructurales en la agricultura, bien mediante la reforma del sistema de propiedad del suelo en las

desamortizaciones del siglo XIX, bien mediante la reforma de tipo tecnológico en la rotación de los cultivos (primera mitad del siglo XX) o de los procesos tecnológicos y selección de plantas (segunda mitad del siglo XX). En las tres ocasiones se ha perdido la ocasión de una reforma estructural y no se ha hecho sino continuar con el mismo sistema de propiedad de la tierra o en parecida línea productiva, sin hacerse cargo de los problemas graves y estructurales que tenía planteada la sociedad rural andaluza.

Después de la revolución capitalista e industrial que ha experimentado nuestro país, la tierra sigue jugando el papel de factor de producción privilegiado, por ser un medio financiero de conservar la riqueza contra los efectos disolventes de la inflación. El valor de la tierra está supervalorado; su precio es bastante mayor que el que resultaría de capitalizar los posibles beneficios de explotación obtenidos de ella. La posesión de la tierra sigue siendo un elemento de poder social y de prestigio. El papel predominante que sigue jugando la tierra, sin más aportación antrópica, fenómeno que ha quedado confirmado a lo largo de las páginas anteriores, es a la vez la causa y el resultado de una determinada estructura socio-económica que alimenta el subdesarrollo de esta parte del territorio peninsular frente a otras regiones de España.

NOTAS

1. Grupo ERA, *Las agriculturas andaluzas*. Ed. Ministerio de Agricultura, Madrid 1980, pp. 156 y ss.
2. TUÑON DE LARA, *La España del siglo XIX*. Ed. Laia, Barcelona 1977, I, pp. 117 y ss.
3. Michel DRAIN, *Les campagnes de la province de Seville*. Librerie Honore Champion, Paris 1977, I, pp. 132 y ss.
4. Jaime LORING, *Estructura agraria de la campiña de Córdoba*. Tesis doctoral. Ed. ETEA, Córdoba 1975, pp. 427 y ss.

DERECHOS HUMANOS Y MUNDO RURAL

(Mundo rural, mundo alienado)

Por José Carrión y Antonio Maté

INTRODUCCION GENERAL

1. Los pobres hoy tienen nombre y apellido: Mundo Rural.

“Lo que oímos,
lo que vieron nuestros ojos,
lo que contemplamos y palpamos nuestras manos
—hablamos de la Palabra, que es la vida...—,
os lo anunciamos ahora,
para que seáis vosotros solidarios con nosotros”.

(1 Jn 1, 1-3)

Decir que los pobres hoy en la tierra se llaman Mundo Rural puede parecer bonito, conmovedor, chocante o demagógico, según se mire. Podría extraerse incluso un slogan precioso de propaganda para una campaña más o para un mural de jornada dominguera. Cualquiera adivina que no nos movemos en estos terrenos.



Tampoco es nuestra reflexión fruto de un análisis exhaustivo de laboratorio sociológico. No es un estudio completo y acabado de toda la marginación del Mundo Rural. Hay simplificaciones que, por supuesto, habría que matizar y explicar mucho más en otros estudios más amplios sobre la realidad rural.

Lo nuestro es mucho menos. Por la sencilla razón de que no somos técnicos en sociología. Nos limitamos casi exclusivamente a la manifestación de los hechos. Ni se analizan las causas que los provocan. Especificamos algunas consecuencias que tales hechos suponen de alienación para la gente campesina.

Nuestro trabajo no globaliza ni sintetiza los hechos. Tiene más un carácter intuitivo —como se verá— que científico. Nuestra mirada está cargada de la intuición sencilla que se va dejando interrogar día a día, durante años, por la situación concreta de las personas del campo, entre las que vivimos.

Nuestra aportación procede —y no nos importa confesarlo desde el principio— de una conciencia sensible a la experiencia misma de Jesús de Nazaret, al cual le interrogaba la multitud del Lago, el recaudador de impuestos, la mujer desgraciada, el joven rico, la viejecita del céntimo y cada uno de los agobiados con quienes se cruzó en el camino. Porque desde esta conciencia vamos descubriendo —estremecidos— que los pobres de hoy tienen un nombre y apellido: Mundo Rural.

No quiere esto decir que sea ajeno a la realidad todo lo que aquí se plantea. Bien al contrario: todo es historia viva; cada afirmación está confrontada por el toque diario de la propia experiencia.

No queremos, no sabemos construir una teoría sobre la alienación campesina. Ni nos interesan las ideas que solamente llenan la cabeza y a veces sirven hasta para discutir airadamente y provocar enfrentamientos. Es Jesús en medio de nosotros quien cuestiona reiteradamente nuestras posturas, quien nos anima a descubrirle en la historia concreta, quien nos impulsa a decir “sobre los terrados” la alienación que estamos palpando en nuestra propia tierra.

2. Contenido de la Alienación.

Al hablar de Mundo Rural ALIENADO, estamos expresando la marginación, la dependencia, la alienación y la manipulación del mundo rural concreto en que vivimos: amplias zonas de las dos Castillas. Pero somos conscientes y testigos de que puede hacerse extensible tal alienación a cualquier zona rural de nuestra geografía con parecidas características.

Usamos los términos de alienación en el sentido más popular de los mismos, incluyendo en ellos indistintamente los siguientes elementos clave:

– *Elementos exteriores a la gente del campo* (impuestos desde fuera):

- Imposición de normas, leyes, hechos, etc.
- Inculcación de valores, sentimientos, etc.

– *Asimilación interna por parte de la misma gente*, que llega a hacer suyo algo extraño que proviene de otros.

– *Expolio* de aquello más propio que el hombre rural tiene, es y debe ser.

– *Manipulación* del hombre rural, *dependencia* que se crea, talante y comportamiento derivados de esa situación de ALIENADO.

3. División del trabajo.

En una primera parte, la más amplia y expositiva, intentaremos analizar, de un modo diferenciado pero con la mayor sencillez y claridad posibles, las diversas situaciones o dimensiones de alienación por las que está pasando el Mundo Rural.

Aunque todo está inter-relacionado y las diversas “alienaciones” se entrecruzan, trataremos por separado las siguientes:

Alienación	histórica.
“	política.
“	sindical.
“	económica.
“	cultural.
“	religiosa.

En la segunda parte, como intento de condensación de todas las manipulaciones a que se ve sometido el Mundo Rural, trataremos de expresar sus propios gritos, signos quizá de una impotencia. Abordaremos también, siquiera sea de pasada y como toque de alerta, el llamado “mito de la intensificación”.

Reservamos para la tercera y última parte la enumeración y breve tratamiento de algunos valores campesinos, junto a la exigencia de una respuesta honrada y un compromiso lúcido.

PRIMERA PARTE

DIMENSIONES DE LA ALIENACION RURAL

1. Alienación histórica.

El Sub-desarrollo del Mundo Rural español es algo endémico. La cuestión rural, agraria, campesina, ha estado en el centro, en el meollo de todas las luchas y guerras españolas. El problema de la marginación rural viene de lejos.

Nos fijaremos solamente en las situaciones de marginación, manipulación y dependencia de épocas cercanas y que todavía podemos detectar en el ambiente por los efectos que todavía se dan.

En general podemos decir, para darnos cuenta de la profundidad del problema, que no ha habido ningún proyecto, discurso o programa de gobernantes y partidos políticos (empezando por la moción de censura al gobierno en mayo de 1980, hacia atrás) que no plantearan la intención de arreglar la situación del campo. Pero la verdad es que todavía se sigue hablando de la necesidad de ese arreglo.



En todas las épocas históricas de España ha habido luchas, rebeliones, movimientos campesinos, etc., pero nunca han cristalizado en organizaciones y plataformas estables y permanentes que hubieran podido solucionar el problema agrario.

Por supuesto que también ha habido deseos, proyectos, intentos y esfuerzos para conseguir ese arreglo, pero la represión directa (armada) o indirecta (leyes), las soluciones coyunturales para matar el hambre del momento, el carácter más o menos desorganizado de los movimientos campesinos más enraizados, han malogrado esa solución definitiva que el mundo rural necesitaba y necesita.

Esta frustración histórica ha ido calando poco a poco, gota a gota, en el alma campesina. Ha calado tan hondo en el sentir popular rural que, ante cualquier chispa de esperanza, aparece inexorablemente en el ambiente la nube negra de que nunca en el campo se ha conseguido nada serio y positivo. Y esto, tanto en el mundo rural latifundista, entre los jornaleros, como en el mundo rural del minifundio, entre los pequeños y medianos agricultores.

Vamos a intentar comprender un poco históricamente la alienación en cada uno de estos mundos.

a) *Frustración histórica (alienación actual) en el mundo latifundista, jornalero.*

– *En el origen de los latifundios.* Las grandes cesiones y beneficios que los reyes hacen por las luchas contra los árabes no son para el pueblo que lucha, sino para los señores que dirigen la guerra. Estas cesiones de grandes extensiones de terreno

a los señores son las cadenas, en tiempo de paz, para los hijos de los que luchan y defienden lo conquistado.

— *En la consolidación de los latifundios.* Las normas jurídicas, eclesiales y civiles hacen que el latifundio no sólo se consolide, sino que se fortalezca y aumente.

El “despojo” del pueblo rural no es sólo de tierras. Es, sobre todo, de poder, puesto que la tierra, hasta hace muy poco tiempo, ha sido la primordial fuente de riqueza y de poder.

— *En las desamortizaciones.* Fueron concebidas teóricamente para quitar el abuso de “los grandes” y para hacer al pueblo más partícipe de la tierra y, por tanto, de la riqueza y del poder. Lo que consiguieron en realidad fue fortalecer y agrandar las propiedades de los más ricos a costa de las propiedades comunales, tanto de la Iglesia como de los municipios.

La desamortización no sólo fue un nuevo desengaño para el pueblo rural, sino que además aumentó la dependencia política y social respecto a los señores y caciques, contra quienes, de algún modo, se intentaba luchar. Y nadie que no lo haya vivido en carne propia sabe lo amargo que es tener que volver a echarse a los pies de un cacique, contra el que se ha luchado.

Además, para dejar las cosas bien claras y en su sitio, y para evitar futuros y esporádicos brotes de rebeliones campesinas contra lo legalmente establecido, se crea una fuerza armada de represión permanente en el mundo rural (la Guardia Civil), cuya misión

bien claramente expuesta era defender las propiedades. Y, efectivamente, así ha actuado hasta nuestros días. Basta con hablar con los jornaleros actuales, para saber lo que ha significado esa fuerza de represión hasta nuestros días.

– *En los intentos de Reforma Agraria de la República.* La llegada de la República fue como una llama de esperanza en el mundo rural. Por fin se iba a abordar y arreglar los problemas del mundo rural, el hambre del mundo campesino.

Sin embargo, el proyecto de Reforma Agraria presentado por el Gobierno, muy moderado, sin apenas expropiaciones, se vino abajo no sólo por la reticencia de quienes querían una revolución inmediata y total, sino, sobre todo, por la reacción tremenda de la derecha, que no podía permitir una fisura en el sistema de la propiedad de la tierra.

Una vez más el mundo campesino vio truncarse una esperanza que empezó ilusionando a todos, haciéndose realidad en algunos puntos o comarcas, pero que acabó siendo cercenada, incluso violentamente, en aquellos sitios que no aceptaron sumisamente el fracaso de la misma.

– *En la guerra civil.* “... La Reforma Agraria —dice un historiador— quedó en el centro de la contienda como uno de los ejes de la discordia”. La Reforma Agraria, real o como excusa, fue la ocasión de matanzas sin nombre, antes, durante y después de la guerra, en una y en otra parte.

Esa sangre fratricida que nada resolvió en definitiva respecto al problema agrario, está presente todavía en casi todos los pueblos rurales de España. Es como

un telón de fondo que sale a escena cada vez que hoy, después de cuarenta años, se habla de Reforma Agraria, movimiento campesino, etc. Siempre hay algún padre, abuelo, vecino, que recuerde al hijo, nieto o paisano, que ese arreglo que él intenta ya se intentó antes y acabó en sangre.

– *En el franquismo.* Si algo estaba proscrito y ni siquiera se permitía pronunciar eran los intentos y experiencias válidos que, a finales de la República y durante la guerra, se realizaron en algunos sitios: colectividades agrarias, comunas agrario-anarquistas, etc. Simplemente proscrito. Ruptura total con aquellos intentos de ocupación de tierras, explotación comunal, etc.

El campesinado español durante esta época de cuarenta años fue “purgado” en aquellos elementos que estaban implicados en los intentos de Reforma Agraria, o fue silenciado radicalmente. Aquellos campesinos que habían vivido una esperanza, bastante tenían con callar y con hacer por todos los medios que nadie se acordara de ellos, que nadie se acordara de que ellos habían intentado algo hermoso.

– *En la actual “democracia”.* En los programas de todos los partidos políticos (de derechas y de izquierdas) está la necesaria Reforma Agraria. No del mismo modo, claro está.

Pero la realidad es que los movimientos campesinos, especialmente los jornaleros en tierras de latifundio, apenas son atendidos por nadie. Desde la moderación pedida por las fuerzas políticas de izquierdas, el menosprecio de las fuerzas de derechas, la represión de las fuerzas del “orden” y la “tolerancia” a disgusto de la jerarquía de la Iglesia..., lo único que se les per-

mite hacer a ese número de jornaleros en paro, que aumenta de día en día, es la ocupación de una iglesia en Sevilla durante ochenta días, la marcha a pie de pueblo en pueblo de unos cuantos miles de jornaleros y alguna manifestación en la capital, muy controlada.

Hasta ahora la Emigración Definitiva a otras regiones españolas y la temporera a Europa, ha sido la salida normal a la situación no ya de marginación, sino de hambre existente en casi todas las zonas latifundistas de España. Era la salida normal, natural, “alienada”, a su situación. Incluso algunos llegaban a decir: “Quien no trabaja es porque no quiere... se puede ir a la vendimia a Francia, a la construcción a Suiza, a los hoteles a Canarias, etc.”.

Esos cientos de miles de jornaleros van tomando conciencia de su situación; van atreviéndose a hacer suyos los postulados fundamentales de la democracia; van asimilando los derechos inalienables a un trabajo, a los bienes, etc. Pero van viendo, una vez más, que sus expectativas no tienen visos de realizarse.

Este nuevo fracaso, esta nueva frustración histórica pueden hundir un poco más el espíritu popular. La presión acumulada durante tantos años puede hundir un poco más ese espíritu campesino, domesticando, alienando, una vez, a este sector de la sociedad. Pero también es posible que esa misma presión intolerable de aguantar logre canalizarse, romper los estrechos cauces de vida y se convierta en un ciclón que arrastre el sistema de contención, que de un modo tan injusto está soportando este sector.

b) *Frustración histórica (alienación actual) en el mundo minifundista español.*

El fracaso histórico, la marginación provocada en la que han vivido los pequeños y medianos agricultores, y la “alienación” consiguiente derivada en ese sector de la sociedad, vamos a verlo en un orden inverso al anterior: partiendo de la actual situación, ir profundizando, peldaño a peldaño, en la manipulación, dependencia y alienación de estos hombres rurales.

– *Desprecio y represión en 1980.* Después de muchas presiones por parte de los sindicatos agrarios y de muchos manejos políticos por parte de la Administración, ésta acepta el diálogo y la negociación para poner el precio a los productos del campo. Una parte de las organizaciones y sindicatos de agricultores aceptan ese diálogo, otros no. Un buen día, sin más explicaciones que su realísima gana, el Gobierno rompe unilateralmente las negociaciones y dice que este año impondrá los precios a los productos del campo él solo, despreciando olímpicamente la dignidad de los agricultores representados. Por otra parte, a la organización sindical que no aceptó el diálogo y presiona con manifestaciones populares, pidiendo simplemente que el Gobierno trate a los agricultores igual que a otros sectores (en el precio del gas-oil, en los precios, etc.), la multa y amenaza.

Total: los pocos agricultores que han dado el paso de organizarse un poco (quizá menos del 10 o/o), o bien son despreciados o bien son castigados por atreverse a pedir lo que es suyo. Lógicamente, se dan cuenta de que es el único sector de la sociedad al que no se le permite, al menos, negociar el fruto de su trabajo. Muchos, que habían puesto en estas organizaciones una esperanza, una última ilusión..., ven

truncado ese rebrote. Excepto unos pocos, los demás se cansan, se borran, se desilusionan, se desorganizan.

Los que ni siquiera se han unido en esas reivindicaciones y negociaciones, se confirman en que es una tontería intentar hacer algo. Lo mejor es no provocar a los que mandan y así nos tratarán mejor.

No cabe mayor alienación. Es el último eslabón, después de un rebrote de esperanza.

— *Intento de anular el incipiente movimiento campesino (1975-1979)*. Abierta la puerta de la Reforma política y de una mayor libertad democrática, los movimientos campesinos brotaron como hongos por toda la geografía rural. Era el resurgir ilusionado después de cuarenta años de hielo o sequía democráticos. Eso era realmente lo que significaban los cientos de sindicatos campesinos que se configuraron a lo largo y ancho de toda España. Primero fueron las “guerras de la leche, el pimientito, el tomate, las patatas, los tractores, etc.”; después fueron las organizaciones más estables. Fueron unos años de resurgir esperanzas, de ilusiones compartidas, de esfuerzos generosos. Se fueron consolidando las Uniones de Agricultores y Ganaderos bajo mil nombres diferentes, renació la FTT de la UGT. Pero una vez más las fuerzas de siempre intentaron oponerse a ese movimiento. Primero fue mediante la represión violenta de las fuerzas del orden; después intentaron dividirlo mediante la creación de sindicatos paralelos, apoyados por el Gobierno mismo y las antiguas Hermandades de Labradores o el influjo y poder de grandes terratenientes, y finalmente han querido controlarlo y anularlo mediante la creación de las Cámaras Agrarias y otros organismos, dándoles más funciones y representación de las debidas.

Esa actitud del Gobierno, apoyada por todos los aparatos ideológicos del sistema y del poder, que tildaban de marxistas y comunistas (en el peor sentido de la palabra y con todas las implicaciones que eso llevaba en los pueblos) a todos estos movimientos campesinos..., consiguieron, claro está, el miedo en la mayoría, la inhibición en muchos, la cobardía en bastantes, el castigo y la represión en unos cuantos, y, en definitiva, la neutralización de una esperanza abierta después de muchos años de silenciamiento. Supuesta la falta de sentido crítico (en la mayor corrupción posible de una dictadura) de los hombres del campo..., la actitud del Gobierno y de las fuerzas que lo sostenían han sido un eslabón más del largo camino de “alienación” que ya traía el mundo rural.

— *Expolio y desertización del mundo rural (1955-1975)*. España es la décima potencia industrial del mundo, según dicen con mucho énfasis los agentes de dicho logro. Lo que no suelen decir también es a costa de qué se ha conseguido y los precios sociales que se han tenido que pagar por ello. Es que, entre otras cosas, ha sido a costa de expoliar al mundo rural.

Durante los años principalmente de 1950 a 1975, la población rural se ha visto obligada a irse de su mundo. La población activa ha descendido casi a la mitad. Los pueblos se han quedado casi desiertos. Y de igual modo que ha habido trasvase de personas, ha habido trasvase de dinero, de fuerza social, etc.

Hay montones de libros que analizan el fenómeno de la emigración rural, del éxodo y desertización tan acelerados del campo español en esos años. A nosotros nos basta simplemente hacer hincapié en lo que todo ello ha supuesto de marginación, manipulación, alienación del hombre rural.

Lo primero de todo es constatar que esta emigración y desertización no es algo casual y natural, sino que ha sido un proceso bien planificado. El hombre del medio rural sólo empezó a sentir la necesidad de salir, de que allí no se podía vivir, que en la capital había trabajo, etc., y se creó una psicosis de salida, huida, etc. que contagiaba incluso a quienes tenían medios suficientes para vivir holgadamente en el pueblo.

Naturalmente que la gente se iba porque quería. A nadie le ponían una espada para marcharse; pero los gobernantes de turno, los tecnócratas, tomaron una serie de medidas para hacer la vida imposible en los pueblos y una serie de estímulos para hacer atractiva la vida en determinadas zonas industriales, que provocaron la huida masiva del campo. Era lo que ellos querían para hacer realidad el desarrollo económico capitalista: expoliar y desertizar unas zonas, enriqueciendo a otras. Poco les importaba el desarraigo, ruptura, desequilibrio, que todo ello iba a provocar en millones de personas.

Las consecuencias, pasados los primeros años de desbandada, no se hicieron esperar. *En los que se fueron*: sufrir en su propia carne la ruptura con todo su mundo, sentir la marginación en la que están, saberse metidos en un mundo al que no están habituados, desequilibrio personal y familiar, etc. *En los que se quedaron*: sentido de fracaso al no poder o no atreverse a salir del pueblo, pérdida de amor a la tierra, que ya no responde al trabajo que en ella se pone, falta de iniciativa, creatividad, ilusión, al haberse marchado la gente joven, pueblos muertos

o casi muertos. No queda nadie en los pueblos que se les vea alegres en su trabajo. Ha sido necesario esperar a 1975 para que en algunos sitios, muy pocos, haya empezado a oírse en algunos agricultores que se sienten orgullosos de ser trabajadores de la tierra. Y esto ha ocurrido muchas veces contagiados del entusiasmo e ilusión de algunos ajenos tradicionalmente a la tierra.

– *Planes de Desarrollo (a partir de 1965...)*. Fueron los Planes de Desarrollo algo así como una convulsión de una sociedad española muerta, anquilosada, cansada y descreída de palabras y palabras de propaganda política de guerra y de victoria. Hicieron renacer la esperanza en toda la sociedad. Al menos en la gente ajena totalmente a los caminos de la economía. Se oía por todas partes: plan de desarrollo, beneficios compartidos, bienestar para todos, despegue económico, reconocimiento de todas las naciones, etc.

Fue suficiente muy poquito tiempo para que la gente de los pueblos se diera cuenta de que... aquello no iba con el campo. Las palabras, los proyectos, los Planes, encubrían el fin real del proyecto político: el afianzamiento del capitalismo agrario, el lanzamiento y consolidación del capitalismo industrial y, finalmente, la aparición y dominio del capitalismo internacional. Y todo ello no iba con el campo. Toda aquella esperanza... era para otros.

– *El Desarrollismo Regional (Planes de Badajoz, Jaén, Tierra de Campos, etc.)*. De alguna manera, el régimen político tenía que responder a la situación del campo. Es verdad que quizá como nunca, supuesta y dada la fortísima represión, la gente del campo estaba callada. En unos sitios era una calma

tensa; en otros un mutismo rabioso; en algunos una sumisión inoperante.

Nacieron los Planes de Desarrollo Agrario. Fueron pregonados como uno de los mayores logros del régimen político español, aunque a los diez de impuestos el mismo Gobierno, por boca de alguno de sus directores nacionales de agricultura, tenía que reconocer que eran ya un fracaso.

Esto supuso envidia, frustración, sentimiento de “dejados de la mano de Dios y de los hombres”, en los agricultores que oían, por la propaganda del régimen, lo bien que estaban los agricultores de los Planes, y en éstos un sentimiento de engaño, al darse cuenta, poco tiempo después, de que quienes realmente habían salido y salían beneficiados eran los grandes terratenientes-latifundistas y las empresas agro-pecuarias (de conservas, abonos y maquinaria agrícola) para quienes trabajaban. Otra vez más habían sido engañados.

— *El Cooperativismo*. No es exagerado decir que el 70 u 80 por ciento de la población rural ha estado relacionada y encuadrada en el cooperativismo. Raro es el pueblo en el que no se ha constituido una cooperativa de vino, frutas, aceite, etcétera. Realmente el cooperativismo agrícola en todos esos años supuso una lucha y batalla ganada al caciquismo cerril y aprovechado que abusaba abiertamente de los agricultores pagándoles cómo y cuando quería, pesando cómo y en las condiciones que él determinaba, haciendo arrastrarse a los pequeños y medianos agricultores a sus pies. Sin embargo, el cooperativismo en España ha sido un fracaso total en el sentido cooperativista. Señala de esto es que, habiendo enrolados en las cooperativas unos seis millones de españoles, apenas se ha

consolidado ninguna de las características esenciales del cooperativismo. Ha fallado por falta de auto-organización, por los precios políticos impuestos a los productos agrarios, por la supe-
ditación a los intereses de las grandes empresas agro-pecuarias, por falta de un sindicalismo de clase que lo sustentara y por los impedimentos institucionales para pasar de un cooperativismo de primer grado.

La *alienación* que ha supuesto en el hombre del campo la imposición de este tipo de cooperativismo está, sobre todo, en el *expolio* del auténtico sentido cooperativista, que incluye en su esencia un modelo de sociedad democrática, igualitaria, participativa. Justamente un modelo de sociedad totalmente proscrito por el sistema político que las patrocinaba. El resultado ha sido claro: despojar radicalmente al cooperativismo de su genuina fuerza y hacer unos cooperativistas diametralmente opuestos a lo que debieran ser.

Al impedir o no estimular las cooperativas de segundo grado, lo único que se ha conseguido es fortalecer el individualismo personal de cada cooperativista y favorecer el desarrollo capitalista de las grandes empresas agro-pecuarias, que encontraban su materia prima sin ninguna dificultad y sin ningún coste adicional.

El cooperativismo ha sido uno más de los eslabones de “alienación” del hombre rural, al haberlo desvirtuado radicalmente.

— *Las Hermandades de Labradores y Ganaderos*. La respuesta a las expectativas del campo español, truncadas sangrien-

tamente en la guerra y en la post-guerra, fue la creación e imposición de las Hermandades de Agricultores y Ganaderos en todos los pueblos de España. Eran un sustitutivo obligatorio del asociacionismo agrario anterior.

En ellas había una armonía de clases: todos participaban, todo estaba muy bien estructurado. Respondían plenamente al ideal social del régimen que las impuso: todos participaban (era obligatorio), pero mandaban los propietarios más ricos; todos hablaban, pero decidían los más pudientes; todos podían elegir, pero hasta determinado escalón... el resto era nombrado a dedo.

El estilo de vida impuesto en las Hermandades, vivido un día y otro día, un año y otro año, llega a asumirse como una cosa natural. Al no conocerse ni poderse conocer otro estilo de vida, llega a darse por bueno. No es extraño, por tanto, que ese estilo de vida se haga pauta de comportamiento en muchas personas, entidades y organizaciones. Ese dar por bueno y hacer pauta de comportamiento algo que iba contra casi todos los derechos humanos, ha sido una de las “alienaciones” mayores que ha marcado a muchos de los agricultores de hoy en día.

Resumen general de las alienaciones históricas

En este apartado de “ALIENACION HISTORICA” subyacen todas o casi todas las demás “alienaciones” parciales, sectoriales, que podemos descubrir en el mundo rural concreto español actual.

Hay contradicciones inmensas en el hombre rural español, en el campesino, en el agricultor español, que no se explican si

no se tiene en cuenta esta FRUSTRACION HISTORICA permanente de todo el campesinado español. Es algo que se lleva dentro, que se transmite de generación en generación como en ningún otro sector de la sociedad. Una frustración histórica en todo el sector, que se manifiesta en forma de “alienación” política, sindical, cultural, social, en los diversos pueblos y personas rurales.

2. Alienación política.

Hay una serie de elementos que confluyen en la alienación política del hombre actual. Quizá el mejor modo de explicitar esos elementos sea enumerar una serie de expresiones populares que se oyen a cada paso y que son manifestación, a la vez, del origen, situación y consecuencias de dicha “alienación política”. Entre esas expresiones populares encontramos:

- “Yo, ni entiendo ni quiero entender de política”.
- “Lo único que trae la política... son jaleos y divisiones entre la gente y entre la familia”.
- “Los políticos son todos iguales... sólo buscan coger el sillón”.
- “En los pueblos lo mismo nos da que manden unos que otros... siempre los pobres llevamos las de perder”.
- “Los políticos sólo se acuerdan de los pueblos... cuando hay elecciones”.
- “Yo participo en esa acción o entidad... siempre que no sea nada de política ni se hable nada de política”.

La “alienación política” que hay detrás de esas expresiones está motivada por una serie de acontecimientos, actitudes y comportamientos cuyo fruto es la alienación actual y cuyas consecuencias fácilmente podemos adivinar.

Los elementos confluyentes en esta alienación política actual del hombre medio rural, son varios. Entre otros, encontramos los siguientes:

a) *La Cuarentena política del régimen anterior.*

En los pueblos, quienes llevan la batuta social, son las personas que tienen entre 20 y 65 años. Justamente corresponden a las generaciones para quienes la palabra *política* era sinónimo de estar fichado, maleante, revolucionario, ser señalado con el dedo, de tener todas las puertas cerradas; no solamente ellos mismos, sino también sus respectivas familias. Para la mayoría de los hombres rurales, todo lo que suene a política supone no sólo alergia y huida, sino también represión y silenciamiento. Ante lo político no hay sólo indiferencia o desconocimiento; hay miedo, sentimiento de huida, rechazo.

b) *Poca incidencia real de todo el Movimiento y Reforma Política de España.*

Hasta las elecciones municipales (3 de abril de 1979), apenas ha habido incidencia real del proceso político de los últimos años en los pueblos rurales. Vamos a analizar brevemente dicho proceso, a través de las diversas elecciones habidas con el consiguiente desengaño, marginación y alienación que han implicado para el mundo rural.

– *Referéndum (15/12/1976): Reforma Política.* La gente de los pueblos dijo masivamente que SI a la Reforma Política, porque el Gobierno decía que había que decir que SI. En general, nadie sabía lo que se votaba. En los pueblos iban a seguir las cosas igual.

– *Elecciones Generales (15/6/1977): Democratizar la Cumbre política.* A los pueblos no llegaba esa democratización. No conocían a nadie de los que se presentaban, excepto a los que estaban en la capital mandando ya. Les decían que iba a ser para bien... pero no conocían a nadie ni era algo de ellos.

– *Elecciones Sindicales (febrero, 1978): Democratización de otro sector esencial de la sociedad: el sindical.* En el mundo rural... no suponen nada. No es para ellos. Participan como meros tele-espectadores de todo el proceso. Al estar ajenos al mismo, lo único que ven es la lucha entre las centrales, pero como espectadores, ajenos al problema.

En los pueblos, ni hay fábricas, ni apenas hay obreros fijos que puedan votar.

Ellos, que son y se sienten trabajadores..., no pueden votar. Para comprender el grado de frustración que supone este hecho, hay que situar estas elecciones en el tiempo que se hirvieron... cuando el pueblo español despertaba a la democracia, a la posibilidad de votar, a valorar, como algo hermoso, el poder votar.

– *Elecciones a Cámaras Agrarias (abril, 1978).* El Gobierno impone estas elecciones sin apenas haberlas anunciado. Son las elecciones para el sector agrario, para los campesinos; pero estas elecciones... nadie sabe para que son. El Gobierno da a conocer el proyecto de las Cámaras Agrarias quince días antes de las elecciones para las mismas.

Provoca en la gente un descontento tremendo. Las camufla como si fueran elecciones sindicales, cuando las Cámaras son meros organismos técnicos. Los incipientes sindicatos agrarios se oponen a las mismas, aunque a última hora, para coparlas, participan.

Con todo... un millón de trabajadores del campo se quedan sin poder votar. No votaron antes porque no eran trabajadores fijos; y no votan ahora porque no son propietarios. Total: alguien se encarga de ir propalando que antes se estaba mejor, porque al menos los jornaleros podían votar.

— *Referéndum Constitucional (diciembre, 1978)*. La tele, todos los partidos, dicen que es algo muy importante. Todo el mundo está de acuerdo en que hay que votar y votar que SI. Todo el mundo, menos mucha gente que sigue mandando en los Ayuntamientos y Cámaras Sindicales de los pueblos, que dice que “¿para qué tantas votaciones?”. La gente de los pueblos empieza a darse cuenta que, efectivamente, ha habido muchas votaciones, pero en los pueblos siguen mandando los mismos. Todos los partidos habían prometido que las elecciones municipales —elecciones que realmente podían significar algo en los pueblos— iban a ser de las primeras en celebrarse. Pero cada vez esas elecciones se iban posponiendo para después.

— *Nuevas Elecciones Generales (2/3/1979)*. A pesar de los discursos, a pesar del malestar que empieza a notarse en los pueblos, a pesar del clamor de la gente que exige elecciones municipales para que la democracia se note en los pueblos... a pesar de todo ello y diciendo claramente el Gobierno que antes son los intereses de su partido... se posponen una vez más las elecciones municipales y se convocan nuevas Elecciones Generales, que suponen una segunda democratización en la Cumbre política sin haber tenido siquiera una democratización en la base.

Y la gente de los pueblos vota una vez más, pero ya cansada y harta, en unas elecciones que tampoco van a incidir palpablemente en la vida de los pueblos. Por supuesto que, en todos los mítines, los señores que vienen de la capital les dicen que van a arreglar sus problemas... pero la gente sabe que, una vez acabadas las elecciones, esos señores no aparecerán más por el pueblo.

– *Elecciones Municipales (3/4/1979)*. Por fin, después de haber sido las primeras en ser anunciadas y haber sido propuestas una y otra vez según los intereses del partido político en el poder, se celebran las últimas, a escala general.

Y viene el “desencanto político”, nueva manifestación de la alienación política, que después analizaremos un poco.

– *Elecciones Autonómicas (1980)*. Los dos primeros referendos autonómicos se realizan, precisamente, en las regiones donde apenas cuenta el sector rural. Se han celebrado en las zonas más desarrolladas industrialmente (cosa que hace sentirse más marginada al resto de España, donde hay más sector agrario).

En el referéndum andaluz, con importantísima incidencia de la cuestión rural, el desprecio no ha podido ser mayor. Precisamente un pueblo, mayoritariamente rural, que pone una nueva esperanza en su autonomía, ve cómo desde el Gobierno se boicotea esa posibilidad y cómo se ponen todos los mecanismos posibles para impedir lo que ese pueblo está pidiendo, al menos ilusionado.

Es verdad que, además de la cuestión rural, confluyen otra serie de elementos que hacen complejo el problema. Pero no deja de ser casual que el Gobierno “ralentivice” el proceso de autonomía cuando les toca el turno a las regiones más rurales.

c) *El desencanto político actual... otro eslabón de alienación.*

Como antes hemos visto, siete elecciones en tres años son muchas elecciones para una gente no acostumbrada a ninguna. Es un empacho, sobre todo cuando no han tenido incidencia real en la vida concreta, palpable, de nuestros pueblos, excepto las últimas, las municipales. Y, para colmo, las cosas siguen igual que antes y en algunos aspectos peor. Se consolida el “desencanto político”, que se da en casi todos los pueblos y en casi toda la gente.

Pero tenemos obligación de desenmascarar la “alienación” que supone ese desencanto político.

Hay en nuestros pueblos rurales un montón de “fuerzas vivas” que alimentan, engordan y propalan dicho desencanto por intereses propios, pero procurando no abordar las causas que lo provocan. Una vez más el pueblo soberano, pero sencillo y sin apenas sentido crítico, se deja engañar, se deja seducir por unos hechos no presentados debidamente. Entre las causas que provocan esa alienación, basándose en el “desencanto político”, podemos encontrar varias:

– *La coincidencia del desarrollo político y la crisis económica.* Hemos tenido la mala suerte de que ambas cosas coincidan. Y no es difícil en los pueblos rurales que los más “enteradillos”, los “de carrera”, los “de siempre” hagan recaer la mala situación económica sobre la apertura política y sobre la labor de los partidos y de la democracia.

– *La actitud del Gobierno para desprestigiar a los Ayuntamientos democráticos.* Es una cosa admitida por todos que el Gobierno, según expresión popular, “ha cerrado el grifo” a las

haciendas municipales. Esta actitud, llevada a los pueblos, donde esperaban realizaciones concretas, logros inmediatos, produce desengaño, frustración, etc. Si encima se super-valoran los logros del Gobierno, a través de la tele, la radio, etc., la consecuencia clara y palpable es sencilla: “los pueblos seguimos igual o peor”. Cuando a pequeños niveles se hace ver que en los Ayuntamientos es imposible hacer nada positivo, por falta de una legislación adecuada y una falta de medios y ayuda manifiesta por parte del Gobierno, entonces el desencanto municipal se vuelve en rabia, difícilmente contenida, para con aquellos que peor hablan de la gestión de los Ayuntamientos, y que suelen ser de “la misma cuerda” que los que están en el Gobierno. Esto, naturalmente, ocurre más intensamente en los Ayuntamientos de mayoría de izquierdas.

– *El estilo y promesas antidemocráticas de los partidos.*
 Un pueblo y unas gentes acostumbradas durante muchísimos años a que les den todo hecho, a no participar en nada, a no contar para nada en las decisiones políticas de su propio pueblo, exigen por inercia que les sigan haciendo las cosas con ese mismo estilo. Y es lo que han prometido y están haciendo las fuerzas políticas actuales, en muchos sitios. Y esto, tanto las fuerzas y partidos de derechas, que lo han estado haciendo desde siempre, como las fuerzas y partidos de izquierdas, que han caído en la misma práctica antidemocrática.

Basta recordar las promesas de los mítines pre-electorales: “Nosotros vamos a hacer; nosotros vamos a conseguir; nosotros, si nos votáis, vamos a...”.

En vez de afrontar la marginación, la inoperancia y la inhibición política de los ciudadanos, se cayó y se sigue cayendo en el mismo defecto, aunque haya algunas excepciones.

Y es muy posible que en muchos sitios y pueblos se hayan conseguido cosas, pero hasta que el ciudadano no se sienta “actor” antes o después manifestará en forma de desencanto su inhibición.

– *La pasividad de la misma gente.* En muchas ocasiones lo único que se puede hacer, para neutralizar un movimiento y un ambiente de “desencanto”, es “devolver la pelota”. En los pueblos, donde todos nos conocemos y sabemos lo que cada uno hace, es fácil descubrir que, los que más hablan, muchas veces son los que menos hacen.

La gente es como la han hecho. Y nos han hecho y acostumbrado —como antes decíamos— a que nos lo den todo hecho, que nos solucionen todo, que “nos lo den masticado”. Una forma de “alienación”, que casi podríamos tildar de radical, es la exigencia que la gente de los pueblos hacemos a los hombres públicos de que sean dictadores, aunque tengan deseos de ser demócratas.

El “desencanto” proviene muchas veces de ese mismo desfase. Cuando los que “mandan” quieren hacer partícipes y corresponsables a los ciudadanos del quehacer municipal, sindical, político, etc., esos mismos ciudadanos no lo aceptan, lo rechazan y lo manifiestan, tergiversado, en forma de “desencanto”.

– *Falta de preparación en los militantes y responsables de los partidos políticos.* Realmente, en los pueblos, la preparación y talante político-democrático de los pocos afiliados a los partidos políticos es manifiestamente pobre. No es de extrañar, supuesto que tienen escasamente tres años de vida. Hay una gran diferencia entre la preparación de los dirigentes políticos nacionales o provinciales y los de los pueblos.

Por otra parte, los mismos partidos no han tenido tiempo, ni espacio, ni posibilidades de dedicarse a fondo a la preparación de sus militantes.

Muchas veces y de un modo muy frecuente, la gente de Iglesia, incluso la más consciente, alimenta el desencanto político popular, apoyándose en esa falta de preparación, de tacto o de sentido político de los militantes y dirigentes políticos del pueblo. Cosa que, en gentes conscientes, bien puede decirse que no es una postura ni ética ni moral.

— *El “agazapamiento” de los de siempre.* Con la explosión de democracia, de poder hablar, de poder decir las cosas por su nombre, los caciques, los que han manejado a su antojo a los pueblos, optaron momentáneamente por retirarse de la vía pública. Pero están; están “agazapados” y ahora es cuando empiezan, con sus métodos de siempre (como los topes, cuando no han podido hacerlo abiertamente), a dar zarpazos a esta incipiente democracia que tan mal les va a ellos.

No la atacan abiertamente, excepto algún exaltado, sino que la van minando, aprovechando todos los resquicios que pueden. Unas veces es fomentando el descontento de algunos; otras, aprovechando los fallos de los actuales dirigentes; otras, tergiversando informaciones; algunas, provocando situaciones de enfrentamiento entre familias; siempre, creando malaversión y malestar alrededor de las personas, que “despierten a la gente”. Son terribles, porque no les importa calumniar, tirar la piedra y esconder la mano, presionar a los más débiles, injuriar, etcétera.

Todavía hoy, después de casi cinco años de su desaparición, se sigue llamando “la sindical”, en muchos pueblos, a las actuales Cámaras Agrarias. Y, sin embargo, la inmensa mayoría

de los campesinos apenas conocen, apenas hablan y apenas están afiliados a los sindicatos campesinos. Posiblemente no llegue al 5 o/o el número de afiliados a los mismos.

Esta falta de conciencia sindical en el mundo rural supone una de las “alienaciones” más profundas en la gente del campo, que bloquea cualquier proceso de dignificación de la propia clase campesina y rural.

Ciertamente, esta falta de “conciencia sindical” viene de lejos. Baste recordar que antes de la guerra la consolidación de los sindicatos (CNT y UGT) se realizó en el mundo rural y campesino mucho después que en el mundo industrial, a pesar de que había mucha más gente y más trabajadores en el campo que en las ciudades, y que se hizo, lógicamente, siguiendo muchas veces los análisis, proyectos, métodos y estrategias usados en el sindicalismo obrero industrial. Es exactamente igual que lo que ha pasado ahora en el renacimiento del sindicalismo agrario actual. Cuando el movimiento obrero industrial y de servicios tenía ya bastante consistencia, en el mundo campesino no se conocía otra cosa que la Hermandad de Labradores. De ahí que cuando se despertó la conciencia de clase campesina, sobre todo a través de las “guerras de productos” (tomate, pimiento, lechuga, leche, etc.), se echara mano de los modelos de sindicatos existentes en el sector obrero. Hasta tal punto llegó la imitación, que en algunos sitios nacieron con el mismo nombre que tenían en la industria —“comisiones campesinas”— e incluso con los mismos planteamientos. Lógicamente, al poco tiempo tuvieron que replantearse sus propios objetivos, puesto que había una diferencia entre unos y otros, que al principio no se tuvo en cuenta: una gran parte del campesinado español, sobre todo fuera de Andalucía, no era obrero o jornalero sino pequeño propietario, y esto cambiaba radicalmente las cosas.

Como en todo movimiento sindical, también en el agrario-campesino aparece paralelamente la represión y los movimientos paralelos promovidos por intereses ajenos al mundo trabajador, para intentar neutralizarlo. España no es una excepción: los sindicatos agrarios católicos promovidos por las fuerzas de derecha bajo la cobertura y beneplácito de la Iglesia, antes de la guerra, para neutralizar el desarrollo del movimiento de clase campesina de la CNT y de la FTT. En estos últimos tiempos aparecen algunas organizaciones agrarias (UFADE - CNTA - CNAG) promovidas por las fuerzas de derechas bajo la cobertura y apoyo del Gobierno actual, para neutralizar las actuales Uniones de Agricultores y Ganaderos (COAG) y la FTT.

No solamente intentan neutralizarlas con la fuerza del poder, que antes y ahora está en las manos de quienes no quieren un movimiento de clase campesina, sino que además intentan desprestigiarlas por todos los medios y muchas veces aplicándoles las características peor vistas entre la gente del campo: marxistas, revolucionarias, comunistas (en el mal sentido), ateas, etc. (Todo ello en el sentido peyorativo de las palabras). Además, el Gobierno actual procura por todos los medios dar de lado a toda iniciativa proveniente de los sindicatos de clase campesina, a la vez que aup a las otras organizaciones, aunque sean menos representativas, y potencia —por encima de su cometido— a las Cámaras Agrarias.

El resultado de todo ello no es otro que la duda, la inhibición, la “alienación” de muchos campesinos en su dimensión sindical.

Aunque están viendo claramente a donde les conducen quienes combaten a los sindicatos de clase, aunque están viendo cómo la Iglesia —en sus sectores más dinámicos— no sólo ha posibilitado,

iniciado y consolidado muchos de esos sindicatos de clase (integrados actualmente en la COAG), aunque se dan cuenta de que si no se organizan como clase campesina seguirán siendo explotados... a pesar de todo ello, la “alienación” es tan grande que les impide dar el paso necesario.

3. Marginación, manipulación, alienación económica.

La marginación y manipulación económicas impuestas permanentemente a los campesinos y agricultores van minando poco a poco su vitalidad, sus posibilidades, su ilusión. Llega un momento en que tienen una actitud y postura de inhibición tal que, aunque protesten personalmente, acaban por resignarse, sufrir, encajar y asumir todo lo que les echen encima. Es una auténtica alienación.

Entre las muchas medidas y manipulaciones económicas impuestas y encajadas por los agricultores y campesinos españoles, que les van despojando de su “ser ellos mismos” y de sus propias cosas, podemos indicar:

a) El expolio del capital agrario y del capital de emigrantes rurales que, en vez de invertirse en el mundo rural, se han invertido en otro sector que, a su vez, volverá al mundo rural para seguir explotando.

b) La discriminación en la seguridad social agraria, en todos los ámbitos. Un ejemplo: los obreros fijos con más de un año de servicio, uno en empresa agrícola y otro en empresa industrial, si se quedan sin trabajo, el obrero industrial tiene seguro de desempleo y el agrícola no.

c) En la ganadería. De tal modo se ha hecho el desarrollo ganadero que se han suplantado en casi todas las especies las razas autóctonas por razas importadas, lo que ha llevado consigo: el abandono de tierras de pastizales tradicionales en España y deterioro del aprovechamiento de los recursos naturales, dando paso a la dependencia cada vez mayor de industrias extranjeras. Por si fuera poco, las grandes industrias agropecuarias (multinacionales) son las que controlan todo el proceso anterior y posterior a la producción (alimentación y comercialización).

El ganadero español ha pasado a ser como un obrero de esas grandes empresas, con todos los inconvenientes y sin ninguna ventaja. Ni siquiera a la hora de las reivindicaciones tiene las mismas posibilidades que los obreros industriales. Se encuentra perdido, desasistido, alienado...

d) En el sector de los frutos cítricos —vinos, cereales, frutos, etc.—, los pequeños agricultores han pasado de ser dueños y señores de lo que tenían (compraban y vendían) a no ser dueños de nada: ni de lo que tienen, ni de lo que compran, ni de lo que venden.

Están totalmente desconcertados; no tienen ninguna seguridad, no tienen ningún punto de referencia para orientar sus producciones... Además de la inseguridad del tiempo (no contrarrestado racionalmente con posibles medidas de seguridad social), no saben si van a tener o no salida sus productos, si va a haber o no importaciones de choque, si hay o no hay *stocks*, etc.

Los agricultores así están en el aire, despojados de su propia seguridad, “alienados”.

4. Alienación cultural.

La alienación cultural del hombre rural ha sido tema de muchos volúmenes. Nos basta, para intuir la magnitud de la alienación, fijarnos en dos o tres situaciones que se viven en los pueblos.

a) *La escuela.*

Aunque la cultura no se identifique ni se agote con la instrucción y conocimientos que se dan en las escuelas, institutos o universidades, sin embargo, el sistema educativo, los conocimientos impartidos condicionan, orientan y promoverán determinados sistemas culturales.

Limitándonos a las *escuelas* por las que pasan, durante ocho o diez años, todos los niños de los pueblos, podemos ver el *expolio* y la *marginación* que se hace a lo rural y que necesariamente conlleva la indiferencia cuando no el desprecio de su propio mundo.

Empezando por el contenido de los textos, pasando por la preparación de los maestros en las escuelas de Magisterio y acabando por el sistema de evaluación de los alumnos, comprobamos que lo “propio rural” no entra para nada en el sistema educativo. Si algún maestro o equipo de maestros quieren ofrecer una educación que sirva a los niños para la vida rural en la que están, esos maestros se tienen que apartar de las orientaciones generales del sistema escolar vigente, lo que les hace ser una excepción entre todos los compañeros. Lógicamente, ni maestros, ni alumnos conocen, valoran o potencian la cultura rural en la que viven. Los niños, pues, del medio rural empiezan por ser “expoliados” de su propia cultura. No es extraño que, si en su desarrollo educativo no han conocido ni valorado su

propia cultura, después, al tener que vivir en ese medio rural, vivan “alienados”, es decir, con unos conocimientos, valores y pautas de comportamiento que no son los propios.

b) Otro de los cauces actuales de valoración de un tipo de cultura son los *Medios de Comunicación de Masas* (TV, radio, prensa). La imagen que ofrecen en España estos medios de comunicación de la realidad del campo, del hombre y de la vida de los pueblos, de la cultura rural... es de pena.

– Se habla del mal tiempo, por ejemplo, cuando llueve, sin tener en cuenta que quizás esa lluvia es lo mejor que ocurre en el campo.

– El ideal de vida presentado en los anuncios, es lo más alejado del tipo de vida que se lleva en el pueblo.

– Los pueblos y provincias típicamente rurales son “noticia” cuando dan la máxima o la mínima de la temperatura y apenas nada más.

– Las entrevistas, los personajes, las noticias, el movimiento, el nivel de vida, etc., siempre son los de las ciudades; la vida de los pueblos, del mundo rural, no cuenta.

La imagen, por tanto, que la sociedad tiene del mundo rural, de su vida, de su cultura, etc., es permanentemente ignorada, deformada. Esa imagen es la que también, poco a poco, va entrando en muchos hogares, familias y personas rurales, empujando, desalojando y presionando inconscientemente a esos valores e imagen de cultura rural que ha ido acumulándose a lo largo de generaciones.

Llega un momento en que todo el sistema cultural —de valores, comportamientos, sentimientos, reacciones, etc.— es valorado no en sí mismo, sino en comparación con el sistema presentado en los medios de comunicación social, que es totalmente ajeno al medio rural.

Ahí está otra fuente de “alienación” socio-cultural. Estar viviendo en un sistema de vida que permanentemente está siendo puesto en entredicho e infravalorado en el exterior y en el interior de sí mismo.

5. Alienación religiosa.

La “alienación religiosa” en el mundo rural tiene múltiples manifestaciones, que son no sólo la expresión sino también la fuente y fuerza de reproducción de la misma.

Decir que toda la vida religiosa de las parroquias rurales es una pura “alienación religiosa”, es ciertamente exagerado. Decir que la vida parroquial, en todas las actividades que implica, en un 80 o/o está despojada del carácter evangélico que debe tener, es una realidad. Y no cabe mayor “alienación religiosa” que presentar, ofrecer y vivir un cristianismo despojada de su carácter evangélico.

Para verificar esta afirmación, ciertamente dura, basta con analizar muy someramente la vida parroquial de los pueblos rurales:

— Las personas que se tienen por muy cristianas, no son precisamente las más pobres —según la predilección de Jesús—, sino todo lo contrario.

— Cuando hay algún brote de auténtica exigencia evangélica en los pueblos, los mayores ataques vienen tanto del sector clero como del de los “cristianos de toda la vida”.

— Las parroquias rurales siguen siendo en la mayoría de los casos el máximo baluarte de conservadurismo.

— Los actos culturales suelen servir más para domesticar a los fieles que como estímulo y fuerza de liberación, como lo fue la de Jesús.

— Las parroquias rurales son el espacio donde “cabe todo el mundo”, para lo cual tiene que crearse una unidad ficticia, dejando aparte los “mínimos evangélicos” que, de exigirse, harían apartarse a muchos de los que están a gusto.

En general, pues, se puede afirmar que hay una “alienación religiosa” en el mundo rural. Aunque, como la fuerza del Espíritu sobrepasa los cauces estrechos de las instituciones eclesiales, haya en determinados pueblos personas, grupos y movimientos auténticamente cristianos.

SEGUNDA PARTE

1. Los gritos del mundo rural, signos de su alienación.

a) Los gritos proceden de todo el campo y de todos los campos. Quizá el menos angustioso, aunque sí el más oído por las reivindicaciones de precios en los últimos tiempos, sea el *grito económico*.

“Todos ponen precio a nuestra vida”, es el grito que resume las frustradas aspiraciones del Mundo Rural en este sentido. Y cuando parece que el Gobierno va a negociar por fin con los campesinos para llegar a un acuerdo, es el mismo Gobierno quien rompe las negociaciones, aplicando unilateralmente el baremo de precios agrarios.

Todos le ponen precio al campo: el Gobierno, los almacenistas, los intermediarios, los “cochineros”; todos los que, por turno, llegan hasta nosotros. Y ya sabemos: o vender a como nos quieran pagar o dejar que se pudra la cosecha.

Pero eso sí, cuando nos toca comprar, no somos nosotros los que podemos poner precio a los abonos, a la maquinaria, a las semillas... o a los mismos alimentos nacidos en nuestros campos. Hemos de comprar y pagar a como nos digan y sin chistar.

Y eso si viene bueno el año y pinta bien. Porque encima ya tienes hipotecada la cosecha que va a venir. “Vivo para la maquinaria”. “Si se te muere una vaca, ya la hemos hecho”. “Otro año igual y tenemos que cerrar la tienda (que es el campo)”.

La cosa, además, tiene todas las trazas de ir a peor. Porque si el Gobierno pone en marcha la congelación de salarios como una solución a la crisis económica actual, traerá consigo la estabilidad en los productos agrarios. Pero si no se congelan proporcionalmente los productos industriales, la situación del campo irá de cráneo.

Habrá que disminuir el paro, es cierto, y habrá que aumentar la productividad y, para ello, fomentar la industria; pero como los empresarios no invierten, porque les resulta exigua la rentabilidad, habrá que seguir favoreciendo más aún la industria. Y seguirán aguantando los agricultores los palos.

Este grito del campo, desde lo económico, es real, crudo, penetrante. Y es signo claro de la alienación en que se encuentra el sector agrario.

b) El Mundo Rural grita porque, a pesar de todas las declaraciones oficiales, está considerado como un “*ciudadano de tercera*”, dentro de la sociedad española.

Se admite como la cosa más natural una especie de lista o escala de ciudadanos: carreras superiores, sector servicios, obreros especializados de la industria y hombres del campo.

Existen aún pueblos en este país de los que ni ha salido un universitario en más de cuarenta años, y no es porque haya peores cabezas pensantes que en las ciudades. Todas las chicas que han salido del pueblo —y se cuentan por centenares— han ido a “servir”, o sea, “de chachas”, a buscar una “señora” que les diera muchas veces “lo comido por lo servido”.

No es de extrañar que sufra ahora el campo un profundo complejo de inferioridad, que lo tiene sumido en la alienación. “Como no hemos estudiado...”. “Nosotros no sabemos hablar”. “Esto, señor, es muy esclavo”.

c) Grita igualmente el campo su marginación desde una *despoblación* masiva llevada a cabo injustamente desde hace unos veinte años. “Aquí no quedamos nadie”. “Hay que sacar a los chicos fuera cuanto antes”. “La mayoría de los mozos tenemos vocación de solteros a la fuerza”. Estas y mil expresiones más reflejan la postración de un grupo humano envejecido “sin comerlo ni beberlo”, donde niños, solteros y jubilados experimentan la situación del marginado, que debe prescindir de sus propias raíces por un sentido natural de subsistencia.

Esta situación oscura y sin futuro, no la ha construido el campo para sí. Se la han dado hecha, provocativamente orientada desde otras esferas. Pero el Mundo Rural la sufre; sufre la ausencia de su sangre más joven y poderosa. Y cargando encima con el complejo de “nos quedaremos en el pueblo los que no valemos para otra cosa”.

d) Grita el pueblo la manipulación a la que está sometido desde sus *escuelas unitarias*, con aulas y medios netamente en

desigualdad de oportunidades, donde el maestro/a ha de llevar a cabo una lucha titánica para disminuir el retraso de los alumnos, la despreocupación de los padres y la misma marginación social oficializada.

Y tenemos que sufrir y aguantar los debates de la libertad de enseñanza y del pluralismo de escuelas, porque todo el mundo —dicen— tiene derecho a poder elegir colegio, con su ideario y todo. Todo el mundo puede elegir, menos el Mundo Rural. Y no haremos guerra por eso desde el campo, porque el campesino está “muy bien instruido” para obedecer, para aceptar todo sin rechistar, para aguantar lo que le echen.

Hoy grita el campesino su impotencia, porque desde los “saberes” se le ha domesticado para decir siempre “amén”. Porque exponer el propio parecer y someter a crítica cualquier solución era cosa de rebeldes y de malos.

Por eso se ha construido la sociedad urbana sin el campo y contra el campo. Y ahora dicen que no funciona. ¿Por qué, entonces, ha de cargar el campesino, en mayor proporción que nadie, con las equivocaciones que no son suyas?

e) Grita el campo su pobreza y marginación desde la inevitable enfermedad. Cuando en el pueblo hay médico, que ya es una inmensa suerte, y da un “volante” para el especialista, no acaba todo para el enfermo, sino que comienzan las complicaciones. La ciudad cae lejos, los medios de transporte son escasos y caros, dificultades de horarios, pensión, el “vuelva usted otro día”...

Y cuando el asunto es más grave... He oído decir a los viejos alguna vez: “Mejor quiero morir en casita y en el pueblo que en una fría ambulancia por la carretera”.

f) Nuestro Mundo Rural grita y sigue gritando su marginación, justo es reconocerlo, desde *una Iglesia* que se limita tantas veces a contemplar pasivamente, a llorar quizás y, de seguro, a certificar su muerte.

Se ha jugado con los pueblos rurales desde la estructura eclesial, hasta hace poco, dividiéndolos en pueblos “de entrada”, “de ascenso” y “de término”, a los que se les proporcionaban curas también de diversa categoría oficial medida por unos méritos que llevaban aparejado el premio de salir del pueblo “inferior”.

Están surgiendo ahora —y aún se toman como excepción— vocaciones de sacerdotes y religiosos/as que hacen opción clara por el Mundo Rural desde el descubrimiento precisamente de ser el rural el sector más oprimido y marginado de la sociedad y de la Iglesia.

Estos son algunos de los gritos del Mundo Rural, que nos vio nacer y en el que estamos, como expresión y signo de su marginación.

Al presentarlos, no hemos hecho otra cosa que ofrecer el eco mismo del hijo del Pueblo, del “hijo del carpintero de Nazaret”, del libertador de esclavitudes, porque le daba lástima esta gente. Este sería el séptimo signo para cerrar de algún modo el número septenario de gritos campesinos: “Jesús, Hijo de David, ten compasión de nosotros”.

2. El mito de la “intensificación”.

a) *Descripción.*

No quisiéramos salirnos de nuestro sencillo modo de abordar el tema desde la observación cercana de los hechos. Quizá pueda resultar este capítulo un poco más técnico; es sólo por el empeño en advertir de un peligro camuflado que se cierne sobre el Mundo Rural.

Estamos ante un fenómeno de desarrollismo agrario, liberador en apariencia, presentado como un agente eficaz para la promoción del campo; pero que encierra, según creemos, un mecanismo de empobrecimiento y de fatal dependencia.

Afecta, sobre todo, a una agricultura familiar, bastante tecnificada y de carácter empresarial, con posibilidades de expansión, de progresiva productividad y de cierta rentabilidad. Una agricultura que ya no es extraña por algunas zonas de nuestro país.

El fenómeno al que nos estamos refiriendo viene determinado por el imperativo de “*intensificar*” todos los elementos que forman parte de la empresa agraria: poner en juego más tierra, más maquinaria, más instalaciones, más capital.

Y cuando estás metido en el juego de la “intensificación” ya no puedes volverte atrás. “Estás hasta las orejas, hasta los mismísimos tuétanos, y no tienes más remedio que tirar pa’lante”. “Es que si no le comes la tierra al vecino, te la come él a ti”.



b) *Breve análisis explicativo.*

Todos nos estamos dando cuenta de que la agricultura de los países industrializados de Occidente, carentes de energéticos, se ha convertido en un arma estratégica. Se la conoce ya por el nombre de “petróleo verde”.

A la actual economía de la Europa neo-capitalista, en profunda crisis, le interesa tener bien abastecida la mesa con buenos alimentos para jugar incluso con los excedentes. “Tener lo mejor posible al menor costo posible”.

Para lograr esto, no cabe controlar los “factores de producción”, que deben seguir el ritmo ascendente e inflacionario del mercado (abonos, gasóleo, maquinaria, construcciones, piensos...), sino que hay que controlar los precios (al productor, claro, no a las industrias transformadoras agroalimentarias), reducir el número de explotantes y potenciar su eficacia y rendimiento. Esto es, “*intensificar*”: aumentar la producción por U.T.H. y hacer más rentables las explotaciones.

Se trata de conseguir, en definitiva, que la “máquina humana”, bajo el pretexto engañoso de conseguir unas “rentas más altas”, funcione a tope y bien controlada desde fuera:

- A más horas de trabajo, menor remuneración por hora.
- A más créditos, más deuda.
- A más tierra empleada, mayores costos.

Y dicen los “entendidos” que este esquema funciona a las mil maravillas. Ya lo creo que funciona, pero ¿a qué precio? y ¿quién lo paga?

c) *Algunas consecuencias de la “intensificación”.*

Aportamos algunas de las más salientes e hirientes:

— Una fiebre o epidemia de consumismo loco (antes coche; ahora TV en color, que “no tiene color”), que arrastra hacia el dinero a corto plazo, sea como sea.

— Una esclavitud por el trabajo en sí mismo, aunque se le haya quitado el hierro y la dureza física de antaño. Por no tener tiempo más que para trabajar y trabajar, se están yendo al diablo la vida de familia, las relaciones humanas, el tiempo libre, las posibilidades culturales y tantas cosas buenas.

— Quedar atrapados, perdiendo el señorío y el dominio, por la propia actividad loca. “Y, encima, no trabajas más que para las Cajas, los Bancos, el taller...”.

— Un fomento maldito de la rivalidad (apoderarse cada cual de lo que más puede), que mata aquella virtud de la solidaridad campesina. Mentalidad de “nuevos ricos”, ajena a las esencias del campo, generadora de envidias, destructora del Pueblo, de la comunidad de vida y de proyecto. Individualismo vergonzante, que busca ventajismos a espaldas de los demás.

No habremos de insistir más, aunque nos duela demasiado el campo.



TERCERA PARTE

EN BUSQUEDA DE LOS AUTENTICOS VALORES DEL MUNDO RURAL

1. Valores del mundo campesino actual.

El agua, en comparación con otro elemento del mundo del consumo, goza de muy poco aprecio entre las gentes. “El agua para las ranas...”.

¿Será el agua, por su sencillez y pobre apariencia, “sin olor ni color”, símbolo del Mundo Rural? Pero “algo tendrá el agua cuando la bendicen”. Y así se nota hoy por doquier un retorno al campo.

Desde las grandes instancias internacionales hasta las interminables caravanas de los fines de semana, todos buscan aire limpio y vuelven su mirada al campo como último lugar de salvación para esta sociedad que se asfixia.

Habríamos de pedir a todos, desde el campo mismo, que nadie estropee el clima. Quisiéramos en esta tercera parte descubrir y alumbrar algunas acequias por donde pudiera discurrir

con normalidad el agua de la cultura campesina. No pretendemos anclar la civilización en unos surcos estrechos ni añoramos de ningún modo las antiguas estructuras rurales como único vehículo para seguir haciendo historia. Los pasos de avance en las civilizaciones son irreversibles, ya lo sabemos.

En una sociedad lanzada hacia metas sin futuro, creemos que el Mundo Rural, con su estilo sin prisas, con su mirada calmada, con su saber “perder el tiempo”, puede realmente curar muchos nervios colectivos.

En una sociedad materializada, en la que sólo vale “lo constante y sonante”, puede el Mundo Rural, desde su gratuidad, desde el saber mirar a horizontes despejados, desde la esperanza de esperar para mucho después de haberse podrido el grano, traer una cercanía de espíritu que oxigene a las personas y a los pueblos.

En una sociedad brillante y pagada de sí misma, en la que tanta fatuidad llega a cerrar la inteligencia de los “entendidos”, se hace presente el Mundo Rural con la lucidez y transparencia de lo sencillo, para traer sabiduría de la vida y gozo de todo lo que existe naturalmente.

En una sociedad armada y violenta, que gasta en preparar la guerra lo que necesitan para subsistir tres cuartas partes de la humanidad, se hace presente el Mundo Rural construyendo paz, sembrando pan y paz a golpe de tractor y de ilusiones, así de sencillo.

En una sociedad atea, donde ayer se gritaba “Dios ha muerto” y donde hoy ni en eso se pierde el tiempo, permanece el Mundo Rural, no tan crédulo como ayer pero sí consciente de su dependencia “del de Arriba”, aportando al clima

social algo tan de sustancia como es la religiosidad, cuando no la misma fe.

Para esto y para más está preparado el campo. El Mundo Rural no busca ni quiere privilegios, lo volvemos a repetir; sólo aspira a que le permitan expresarse en solidaridad con los otros grupos sociales, desde su ser y actuar propios.

Quizás nos falte para el campo el abono de unos auténticos líderes campesinos. Quizás ni líderes hagan falta. A lo mejor, sólo oídos. “El que tenga oídos para oír, que oiga”. A lo mejor con unas claves sencilla de interpretación podríamos entendernos todos. Ni siquiera “claves” pretende ser lo que sigue; es sólo una manera de acabar esperanzadamente nuestra ya latosa exposición.

2. Los gritos son siempre una llamada.

Mientras íbamos transcribiendo estas situaciones de alienación del Mundo Rural, recordábamos las constantes bíblicas de la Historia de la Salvación y se nos actualizaban los versos del Exodo:

‘Pasaron muchos años, murió el rey de Egipto,
y los israelitas se quejaban de la esclavitud,
y clamaron.
Los gritos de auxilio llegaron a Dios.
Dios escuchó sus quejas,
y se acordó del pacto hecho con Abraham, Isaac y Jacob.
Y viendo a los israelitas, Dios se interesó por ellos’.
(Ex 2, 23-25)

Para nosotros, los gritos del Mundo Rural se convierten en llamada. Gritos, que están exigiendo unas soluciones técnicas

como respuesta justa a toda la problemática, aunque no seamos nosotros los llamados a programar tales soluciones.

A nosotros, la situación del Mundo Rural nos cuestiona en profundidad la vocación de enviados al campo, desde la fe. Porque la respuesta que se vaya dando a estos gritos será, sin duda, la señal de cómo Dios sigue apostando en favor de los sencillos y de los humildes de la tierra; como apostó un día en favor de María de Nazaret, o del resto de Israel, o de los profetas del desierto, animadores de la esperanza en un futuro que parecía sólo la muerte.

La respuesta, para nosotros, no tiene, pues, únicamente el valor de querer solucionar en lo posible ese cúmulo de problemas rurales, que pueden tener, además, muchas raíces inalcanzables para nuestros pobres medios. La respuesta por quienes nos sentimos llamados a este mundo rural tiene fundamentalmente el valor de ser testigo visible de esa señal de Dios. Así lo vamos descubriendo junto a los campesinos y gozamos al encontrar en el camino a otras personas que comparten las mismas motivaciones. Todo ello contribuye a potenciar nuestra esperanza contra toda esperanza.

3. Al filo del compromiso.

Si Dios escucha los gritos del sencillo, del pobre, y apostó definitivamente en su favor desde la solidaridad con que Jesús de Nazaret vivió con los marginados...

Si los que nos decimos seguidores suyos sabemos que es necesario proclamar que El vive hoy identificado con el mismo mundo de los marginados...

Si entendemos que no existe otro modo de realizar este anuncio más que por el testimonio de la respuesta eficaz a los gritos del Pueblo...

No nos queda otro recurso que el compromiso sincero de solidaridad con el Mundo Rural, desde una opción clara de fe que nos vaya conduciendo día a día a expresiones más significativas.

Por este mismo motivo nos consuela descubrir en el campo algunas acciones sencillas como sencillo es todo lo que rodea a este mundo rural, que son respuesta a los gritos de los campesinos. Acciones, que son a la vez signo de que "los gritos de los segadores han llegado hasta el Señor de los ejércitos" (Sant 5, 5).

Cabrían aquí tantas Escuelas Campesinas para adultos, Semanas culturales, Catecumenados de adultos, Concejos abiertos, Asambleas críticas, Trabajos comunitarios, Viajes culturales, Revistas ciclostiladas, Centros culturales, Escuelas de padres, Colonias infantiles, Teatros, Fiestas campesinas, Juegos populares... y cientos de iniciativas nacidas en y para el campo.

4. Jesús de Nazaret.

Lo diremos sin reparo: con gozo experimentamos cada día que El vive en este Mundo Rural débil y marginado. El vivió su aptitud de servicio a todos los hombres, desde su solidaridad con los pobres, marginados y oprimidos. El fue y sigue siendo la señal de Dios en favor del sencillo y del humilde, del que no puede con las cargas agobiantes, del ignorante, del considerado atrasado y como perdido.

La solidaridad de Jesús con los marginados se manifiesta a través de toda su vida, libremente elegida y marcada por un significativo estilo. Desde su nacimiento en la cueva, “por no haber sitio para ellos en la posada”, hasta su muerte “fuera de las murallas de la ciudad”, pasando “por no tener donde reclinar su cabeza”, Jesús hace de la opción por el marginado el distintivo inconfundible de su misión.

Así, sencillamente así, es la experiencia de Jesús, que compartimos desde la vida con nuestras gentes del campo, las pobres gentes rurales de mil pueblos. Es, en definitiva, la esperanza en el Señor Resucitado, que vive donde humanamente sólo hay muerte. Desde el colapso de muerte en que se encuentra el Mundo Rural y que asumimos como nuestra propia muerte, se puede experimentar profundamente el gozo verdadero de la resurrección. Porque Él ya venció a “esa muerte”, desde su solidaridad con todo tipo de muerte, y en la actualidad sigue vencéndola en cada una de las personas e instituciones que intentan responder a los gritos inacabados del Mundo Rural.

LA PRESENCIA DE LA IGLESIA EN EL MUNDO RURAL

Por Lázaro Sanz Velázquez

INTRODUCCION

El objetivo de estas páginas es provocar una reflexión sobre la presencia de la Iglesia en el Mundo Rural. Esta reflexión solamente se puede hacer en cuanto reflexión de Iglesia, dentro de una experiencia y un pensar más amplios que provienen del largo camino recorrido por la Iglesia. Debe hacerse explicitando lo más claramente posible la referencia de esta experiencia y de esta reflexión al misterio de Jesucristo.

En lugar de partir de la Iglesia y de su misión, partiremos de lo que la fe cristiana (que supone la Iglesia) nos permite comprender y vivir en el mundo en que nos encontramos y en el que trabajamos solidariamente con otros muchos hombres, quienes, cristianos o no, son para nosotros compañeros de vida, de trabajo y de lucha. El mismo Cristo no comenzó por la Iglesia, sino

que comenzó siendo un hombre de su pueblo. Cuando comenzó a predicar, lo hizo, en primer lugar, para anunciar la llegada del Reino de Dios y para mostrar las señales de este Reino, así como para invitar a sus contemporáneos a la conversión. Uno de estos signos es la caridad sin límites que ve en el hombre un ser humano antes de interrogarse por su situación moral y religiosa (el Buen Samaritano). Diremos que esta perspectiva es la del Reino de Dios, que incluye, pero desborda, la Iglesia histórica de Jesucristo, porque es tan amplia como la perspectiva de la creación y de la consumación del mundo (1 Cor 15, 24-28).

En un segundo momento reflexionaremos sobre lo que representa para nosotros la fe en Jesucristo. Nos damos cuenta que es esencial para nuestra vida y para nuestro compromiso con la lucha por la justicia, así como para las nuevas relaciones humanas; sin embargo, es algo diferente, porque otros que no son cristianos luchan igual o más que nosotros. ¿Qué significa nuestra voluntad de referencia y de pertenencia a Jesucristo? ¿De qué manera Jesucristo es Salvador nuestro y de todos los hombres?

Abordaremos también el problema de la Iglesia. Nos encontramos con una Iglesia ya presente en el Mundo Rural, que denominamos en ocasiones "Iglesia Institución" o Iglesia tradicional. Gracias a ella conocemos a Cristo. Por otra parte, nos encontramos con una Iglesia que nace hoy, que surge de la llamada de Jesús y de su Espíritu, que nace de entre los hombres, en el interior de una realidad que los reúne como hermanos, en un mundo concreto como es el Mundo Rural.

¿Cómo avanzar, práctica y teóricamente, en el problema que plantean las relaciones entre estas dos Iglesias?

Esta manera de reflexionar sobre la presencia de la Iglesia en el Mundo Rural corresponde al cambio de perspectiva que caracteriza al Concilio Vaticano II y que Pablo VI resumió diciendo:

“La Iglesia no tiene en ella misma su propio fin. Es de Cristo y para Cristo; compuesta de hombres, entre los hombres, para los hombres”.

Lo que quiere decir que la mejor manera de saber quién es ella es no pensar primeramente en ella misma, sino en Cristo y en los hombres.

El último Concilio ha podido ofrecer este cambio de perspectiva gracias a lo que se había hecho y a lo que se estaba haciendo entre los cristianos, seglares y sacerdotes: se ha intentado pasar de un esfuerzo de adaptación de la Iglesia, para invitar a los alejados a entrar en ella, a un esfuerzo de atención a las realidades de la vida de los hombres, para aprender a vivir y decir hoy la fe cristiana.

Finalmente, nos atreveremos a presentar una serie de convicciones encaminadas a facilitar el trabajo pastoral y el avance de la presencia de la Iglesia en medio de los nuevos dinamismos que han surgido y siguen surgiendo en el Mundo Rural. Estas convicciones han nacido de la reflexión teológica y de la experiencia pastoral en diferentes ambientes rurales.

I

LAS SEÑALES DEL REINO DE DIOS

Creemos que el Reino de Dios es un conjunto de hijos de un mismo Padre, de hermanos de Jesucristo. Creemos también que la lucha para que este Reino de Dios sea una realidad ahora ya es para nosotros una exigencia. Nadie puede permanecer indiferente. Comprendemos que si Dios es Dios, su Reino no es más visible que el amor que llena el corazón del hombre o que la esperanza que anima y alienta una misma acción común. Pero sabemos igualmente que hay señales que nos ayudan a reconocer el avance del Reino. Tenemos necesidad de verlas no sólo para animarnos al darnos cuenta de que se hace algo, sino también para captar el sentido positivo o negativo de nuestro esfuerzo personal y colectivo, y para orientar futuras acciones.

A decir verdad, no se trata de “ver” señales. No se pueden ver las señales del Reino de Dios como “simples testigos” que se conformarían con ser espectadores. Cristo nos lo ha advertido en diferentes ocasiones. Al reprochar a los judíos de su tiempo el no saber comprender las señales de la venida del Reino (Lc 12, 54-56), les advierte que tengan en cuenta que esta venida no se contempla como un espectáculo (Lc 17, 20). Si nos arriesgamos a convertirnos al Reino de Dios, si nos comprometemos con él, con sus valores y exigencias, podremos ver las señales de su avance. Esta primera constatación nos da ya luz sobre la naturaleza de este Reino y sobre el sentido de nuestra acción. No podemos quedarnos en la contemplación. Su venida no es un proceso histórico irreversible, al que bastaría observar como si de todas maneras tuviese que llegar. El Reino de Dios no viene de nosotros, y, por eso, rezamos en el Padre nuestro:



“Venga a nosotros tu Reino”. Pero el Reino no viene para nosotros sin nosotros. Por eso, nosotros trabajamos para que venga.

Si creemos que el Reino de Dios es un conjunto de hijos de un mismo Padre, de hermanos de Jesucristo, comprenderemos que todo lo que ayude a promover y a conquistar esta dignidad de hijos de Dios como a construir la fraternidad de hermanos de Jesucristo es una victoria para el Reino. Puesto que se trata del Reino y de una llamada de Dios, y que Dios no nos pertenece, comprendemos que esta dignidad y esta fraternidad no son, en primer lugar, nuestro programa ni el programa de la Iglesia. Si la Iglesia ha contribuido a ello a lo largo de la historia no ha hecho más que cumplir con su deber al servicio de Dios. Es, por tanto, normal que entendamos concretamente esta llamada dentro de la realidad del mundo y de la historia, creada por Dios para el Reino; es normal que escuchemos su resonancia dentro de este Mundo Rural en el que vivimos y trabajamos. Incluso aquí no la escuchamos directamente como una llamada de Dios, sino como una llamada de las aspiraciones, esperanzas, alegrías, sufrimientos y luchas de los hombres. No nos extrañamos, pues sabemos que “nadie ha visto a Dios” y que para merecer el verle tal cual es tenemos que verle y oírle en nuestros hermanos y en nosotros mismos.

1. Una llamada a caminar.

Retengamos, en primer lugar, la llamada a levantarse y ponerse en marcha (“Levántate y anda”), a ser protagonista de la propia vida, a comprender, conquistar y defender la dignidad propia y la responsabilidad humana, y ayudar a los demás a hacer lo mismo. Nuestra fe en Dios, enraizada en una larga historia, nos hace estar atentos a dos características de esta llamada, para continuar su promoción.

a) *Es una llamada concreta.*

Lo que habla, lo que nos interpela, lo que nos provoca a la acción, no es una idea ni una lectura, sino la existencia comprometida de compañeros de otros hombres, o una acción que se desencadena y abre de golpe muchas posibilidades y horizontes a quienes habían ya desesperado. Reconocemos en ello lo concreto de la Palabra de Dios, que no es una palabra que se lleva el viento, sino una palabra eficaz, creadora, que la Biblia compara a un enviado eficaz (Is 55, 11) o a un guerrero (Sab 18, 15). Una palabra real, encarnada en Jesucristo.

b) *Es una llamada humana y humanizante.*

Lo es en su finalidad, porque llama a ser hombres, a respetarse y a hacerse respetar en la dignidad de hombres, a reconocer y a hacer reconocer la propia aportación a la civilización y a la historia. Lo es en su forma. En primer lugar, porque exige y forma en la acción el dominio de uno mismo, la conciencia y la responsabilidad de la acción, del compromiso. Después, porque la solidaridad a la que llama quiere ser más que una solidaridad de intereses y de derechos que hay que defender. Quiere ser una comunión fraterna. De esta manera el Mundo Rural está llamado a restaurar una jerarquía de valores: el hombre vale más que lo que produce; la realidad viva del hombre, con sus esperanzas, sus alegrías y sus sufrimientos, está por encima de la superioridad técnica y de los valores artísticos y folklóricos. Esto nos recuerda a Jesucristo, cuando dice que el hombre vale más que todo lo que posee y cuando afirma que el sábado está hecho para el hombre. Esto nos lleva a promover, expresar y dar a conocer el tipo de cultura humana y humanizante que se desarrolla con la participación en el mundo y en el movimiento rural. Señalaríamos, para ello, tres cosas como importantes: la unión de un *idealismo dinámico* y de un rea-

lismo lúcido en el conocimiento del hombre; un sentido de la *gratuidad* que no ofrece la cultura de lujo y de diversiones; finalmente, la posibilidad de que las masas accedan a la *cultura*, participen en la sociedad, puesto que esta llamada a caminar hace al pueblo consciente de su vocación y de sus riquezas. Así se comprenden mejor ciertos aspectos de la historia de la salvación: el hecho de que Dios se escoja un pueblo liberándole de la esclavitud; el hecho de que la fe por la que respondemos a la llamada de Dios es, al mismo tiempo, algo muy personal y eclesial.

Esto nos lleva a reflexionar sobre otra de las señales del Reino de Dios: la señal de la fraternidad.

2. La señal de la fraternidad.

La fraternidad del Reino de Dios se funda en algo que existe y es visible. Pero es también una vocación en la que hay que creer y con la que hay que comprometerse inteligentemente. La fraternidad aparece como una formidable esperanza y como una dura exigencia.

a) Nuestra fraternidad se manifiesta en diferentes niveles. Es, en primer lugar, una *solidaridad*: no sólo el hecho de ser todos iguales sino también de encontrarse en la misma situación, ante los mismos problemas. Esta solidaridad de base se revela no sólo en la manera de ayudarse en los momentos difíciles, sino también en la necesidad de estar juntos para celebrar una fiesta.

b) No hay que olvidar tampoco que la solidaridad rural se forja con la *participación* en el movimiento rural. A través de él, se hace activa, se carga de un potencial de esperanza, que es

todo lo contrario de una solidaridad de resignación común. Es así como se hace universal. Se trata de una lucha común, en la que se vive ya algo de la fraternidad sin fronteras que se quiere construir. En ello se concreta la señal del Reino de Dios que viene, que llama, que promete. Se concreta en esta esperanza de fraternidad universal. Veremos más particularmente la señal de este Reino cada vez que la preocupación por la necesaria eficacia no haga olvidar a los más pobres, a los más indefensos.

c) Sin embargo, nos encontramos aquí con dos dificultades, particularmente sensibles a los cristianos y a la Iglesia.

— La primera es la dificultad de conciliar el respeto a la libertad de los otros con la preocupación por una acción eficaz, que están inspiradas ambas por nuestra fe en la vocación de fraternidad. Tenemos que afirmar que el sentido que tenemos de la acción de Dios nos impide ver en esta alternativa una oposición absoluta. Esto nos lleva a mirar más lejos. Por un lado, *libertad*. Pero ¿qué libertad? En primer lugar, nos encontramos con la evidencia de que la libertad de “no comprometerse”, si puede ser el reflejo defensivo de un “pobre” al que hay que ayudar más que despreciar, no puede pasar por una libertad positiva. La libertad se afirma en el compromiso y en el riesgo. La libertad de ser hombre es una realidad tan individual como el hecho mismo de ser hombre. Pero la vocación de los hijos de Dios a la libertad, de que habla S. Pablo (Rom 8, 19-22), no es sólo una vocación individual, sino que hace eco al “gemido de toda la creación” que aspira a su liberación.

Por otra parte, tenemos que interrogarnos sobre la *eficacia*. ¿Qué es lo que se quiere? Si se quiere ser eficaz únicamente para obtener las reivindicaciones materiales, no hay por qué inquietarse si todo el mundo no se compromete. Todo el mundo se aprovechará, y si nosotros creemos, por Cristo, en

un amor desinteresado, no pensaremos en reprochar nada. Pero si vemos en esas reivindicaciones materiales las señales y los medios de una reivindicación de la dignidad humana, y en la acción común el lugar en que se va a formar una nueva fraternidad, no nos podemos contentar con llevar a los demás a la rastra. Es verdad que, a veces, las exigencias de la acción, la urgencia del momento favorable, la necesidad de una cohesión, no permiten esperar que todo el mundo haya comprendido bien y pueda decidir libremente. Hay que tener una gran preocupación por informar, dialogar y hacer participar. Si no, la posibilidad de que las masas fueran un pueblo consciente de su vocación, se perdería. Después de todo, la Iglesia no debería desconcertarse mucho por estos problemas: si ella proclama la libertad personal e inalienable del acto de fe, que tiene que ser libre, sabe también que para la vida, el desarrollo y la renovación de la Iglesia no se puede esperar a que todo el mundo esté preparado.

— La segunda dificultad es conciliar el realismo del mundo y del movimiento rural con las exigencias de una fraternidad universal. ¿Cómo ser hermano de todos, queriendo ser solidario del mundo rural y de sus luchas? Es más que una dificultad, si no queremos quedarnos en las palabras. Reconocamos que el hecho de darnos cuenta de esta contradicción como un dolor y un escándalo, en el interior de la Iglesia, es ya una señal de esperanza que muestra que intentamos salir de ella. Sobre la base de este acto de fe y de esperanza, podemos recordar que la fraternidad universal no existe y no ha existido concretamente más que para Aquel, que ha muerto por todos los hombres. A partir de El podemos nosotros construir una fraternidad real, no al margen sino a través de nuestras divisiones. Para esto, hay unas etapas: no se hace uno de golpe hermano de todos los hombres. El Antiguo Testamento sólo habla de la fraternidad de los judíos. El Nuevo Testamento insiste, en primer lugar, sobre la fraternidad de los discípulos de Jesús.



La Biblia, que es realista porque es testigo de una larga historia, no habla demasiado aprisa de fraternidad universal. El mismo Cristo, que fue primeramente el hermano de los miembros de su pueblo, llega a ser el hermano y el amigo de todos los hombres, mediante su sacrificio. Intentemos, en primer lugar, ser verdaderos hermanos de aquellos con quienes vivimos, con quienes trabajamos, en el mundo rural, que es el nuestro. Tomemos igualmente en serio la fraternidad cristiana. No es del mismo orden: no hace olvidar el presente, sino que nos obliga a recordar que aquel, contra el que quizá luche hoy, es alguien por quien Cristo murió y que está llamado a la conversión y a la común alegría del Reino de Dios. En la lucha hay que intentar ganar al hermano (Mt 18-25).

II

NUESTRA FE EN JESUCRISTO SALVADOR

Lo que hemos dicho hasta ahora concierne a la salvación del hombre y de la humanidad. Aunque hayamos hablado poco de Cristo y de la Iglesia, es nuestra fe en Jesucristo la que nos ha hecho atentos a unos aspectos concretos y, sobre todo, la que nos hace confiar en un proyecto divino de humanidad, cuya responsabilidad nos ha sido confiada. Debemos reflexionar más directamente sobre nuestra fe en Jesucristo y sobre lo que representa para nosotros. Esto cuadra bien con nuestra experiencia: es a menudo después, como los discípulos de Emaús, cuando nosotros descubrimos a Cristo en lo que hacemos, y es entonces cuando vemos de qué manera es nuestro Salvador.

1. ¿Qué es esta fe en Jesucristo?

Creer en Jesucristo es saberle hoy vivo, buscarle y descubrirle vivo en medio de nosotros y de los demás. ¿Quién de nosotros tendría la audacia de hacer suyo el testimonio de Pablo: "... y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (Gal 2, 20)? Sabemos que estamos lejos de este testimonio. Pero creemos que la promesa de Cristo a sus discípulos, antes de su Pasión, se ha realizado para ellos y se realiza para nosotros a la medida de nuestra fe: "... el mundo ya no me verá; pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis. En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros" (Jn 14, 19-20).

a) Hay en esta fe nuestra algo de único en el mundo. Nadie que no sea Jesús ha vivido, vive y vivirá como él, después de su muerte; no en el recuerdo o en la imaginación, sino íntimamente unido a la vida de los hombres que no le han visto nunca con sus ojos, y esto con todo el peso de la realidad, con todas las exigencias y con toda la alegría de una presencia personal. Esta es la originalidad de nuestra fe cristiana. Por eso nuestra fe no puede ser de pasada como lo pueden ser una doctrina, una técnica, una institución. Cristo no ha dejado nada de eso. Si ha instituido algo, una Iglesia, son hombres que dan testimonio de que este Jesús, muerto, vive por Dios a fin de que nosotros vivamos de él y como él para los hermanos. La fe cristiana es sencilla. No se nos comunica a través de libros, en primer lugar, sino a través de los testigos que la viven. Uno de los grandes servicios que los cristianos del mundo rural pueden presentar hoy a la Iglesia es salvar la sencillez y el realismo de la fe cristiana.

b) Creer en Jesucristo es creer en el amor desinteresado, que va hasta el final, y que esta es la única verdad. Comenzamos a conocer a Jesucristo cuando comenzamos a dejar de vivir para nosotros mismos y lo hacemos para los demás. Pero esto no lo vivimos todos de la misma manera.

Hay momentos en que somos más sensibles a la amistad de Cristo descubierta en la amistad de los compañeros. En otros momentos, estos sentimientos desaparecen. Nos encontramos cogidos por el trabajo, por las responsabilidades, por la dureza de la vida, por la resistencia de los hombres. Lo que hacemos por Cristo, fieles a nuestro compromiso cristiano, cuenta entonces más que el mismo Cristo. Se nos hace presente más por la exigencia de su voluntad, del mandamiento del amor. Tendríamos que acordarnos entonces de las palabras de Cristo a sus discípulos: “El que recibe mis preceptos y los guarda, ése es el que me ama; el que me ama a mí, será amado de mi Padre” (Jn 14, 21). ¿Quién es Jesús y qué sabemos de él? Que ha amado. Ha amado a su Padre y nos ha amado a nosotros, sus hermanos, hasta el final. Cuanto más le conocemos, más vivimos de él y más nos damos cuenta de que nos acerca al Padre y a los hombres, hermanos suyos y nuestros. Cuando se trata de amar verdaderamente hasta el final, cuando parece que nuestra tarea se ha acabado, Cristo nos sitúa ante la opción definitiva. O bien aceptar el ponernos en manos de Dios, o bien resignarnos a dejar en el olvido lo mejor de nosotros. A partir de aquí, la oración, el sacrificio, la eucaristía adquieren un sentido. A partir de aquí, es cuando podemos creer en el amor desinteresado. Para nosotros, que creemos en Cristo, el amor desinteresado es la ley del Reino de Dios. Es una realidad que llamamos vida eterna.

Lo que acabamos de decir de Jesucristo va a ayudarnos ahora para comprender cómo él es nuestro Salvador y de qué nos salva.

2. ¿De qué nos salva Jesucristo?

Al ocupar un lugar en nuestra vida y en la historia de la humanidad, nos salva:

- En el plano personal, del miedo de perdersenos.
- En el plano colectivo, del miedo de los poderes sociales que nos esclavizan y nos impiden creer en nuestra vocación de hijos de Dios.

a) *En el plano personal.*

Al ocupar un lugar en nuestra vida, Cristo nos da confianza en nosotros mismos y nos libera para amar a los demás en todas nuestras relaciones. Cristo, que veía las raíces profundas de nuestro pecado, no dudaba en decir: “El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará” (Mt 16, 25). Todo está en el “por mí”. Pablo se creía irreprochable hasta el día en que, habiendo encontrado a Cristo, aceptó arriesgar todo, perder todo, por Cristo. Nuestra liberación comienza cuando comenzamos a pertenecer a Jesucristo.

b) *En el plano colectivo.*

Toda la historia de la salvación de los hombres contada por la Biblia, es una historia de esclavitudes y de liberaciones, en que la vocación personal de un liberador (Moisés, Jesucristo) es, al mismo tiempo, una vocación social, “para todo el pueblo”. Como Salvador, como Liberador de su pueblo, es como Jesucristo es reconocido y seguido, especialmente por los pobres, por todas las víctimas de las diferentes fuerzas opresoras de una sociedad determinada. Cristo, incluso, previó que su Iglesia no estaría libre de esto. De ahí el que él pusiera en guardia a los

apóstoles: “Los reyes de las naciones imperan sobre ellas, y los que ejercen la autoridad sobre las mismas son llamados bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros será como el menor, y el que manda como el que sirve” (Lc 22, 25-26).

Es, por tanto, normal que en los actuales movimientos para liberar al hombre de todas sus alienaciones el cristiano reconozca de alguna manera el fuego que Cristo vino a encender sobre la tierra.

Jesús rechazó el establecer el Reino de Dios colmando las necesidades materiales de los hombres o seduciendo su imaginación mediante el desarrollo de las señales de su poder. Sabía que así se podía arrastrar a las masas. Para deshacer todo equívoco, Jesús rehusó hacer este juego, de manera que, al final, opresores y oprimidos se coaligaron contra él. No debemos olvidar la lección. Al revelarnos que lo que buscamos a tientas es a Dios, que es el Reino de Dios lo que queremos y por lo que nosotros luchamos, Cristo denuncia la tendencia de todas las autoridades, de todos los poderes políticos, intelectuales, morales y religiosos por hacerse pasar por lo que no son, y la tendencia de las masas a creerlos. De aquí la fuerza liberadora de sus palabras: “El hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Adorarás al Señor tu Dios y a él sólo servirás”.

Nuestra fe en Jesucristo es posible gracias a la presencia y a la acción de la Iglesia en la historia. De esto hablaremos a continuación.

III

LA PRESENCIA DE LA IGLESIA

¿Por qué hablar ahora de la Iglesia? A fuerza de hablar de la Iglesia, de la misión de la Iglesia, de la Iglesia y el mundo, caemos en la mala costumbre de ver la Iglesia como una institución, como una organización que tiene sus afiliados y sus militantes, y nos esforzamos en concretar sus relaciones con otras instituciones sociales como los Estados, las organizaciones nacionales e internacionales, los partidos políticos, etc.

Sin embargo, el problema de la presencia de la Iglesia en el mundo rural está ahí. Hay necesidad de reflexionar sobre el dualismo constatado y sobre el “nacimiento de la Iglesia en el mundo rural”. Vamos a ver sucesivamente estos dos problemas: primero, ¿cómo comprender estas “dos Iglesias”?; después, ¿cuáles son el significado y las condiciones de un “nacimiento de la Iglesia en el mundo rural”?

1. ¿Dos Iglesias?

Para comenzar veamos dónde se revela este dualismo. Aparece de dos maneras diferentes. Nos podemos preguntar si no hay dos Iglesias cuando vemos cristianos, de diferentes ambientes, sinceramente comprometidos en nombre de su fe, en direcciones opuestas. Por una parte y por otra se siente la confusión y el escándalo; en cada lado se extrañan, se indignan, del compromiso de los cristianos de la “otra” Iglesia.

Pero hay otro dualismo que nos hace hablar de dos Iglesias: el que observamos en el interior del mundo rural entre una

Iglesia alejada de la vida de los hombres y el de una Iglesia a la escucha de la vida.

¿Cómo se explican estos dos dualismos?

El primero obedece a la naturaleza misma de la Iglesia y de la fe cristiana, aunque la actual situación de la Iglesia lo acusa más fuertemente. Sea cual fuere la voluntad de los cristianos de referirse a Jesucristo, sienten la preocupación, unos y otros, por comprender y vivir esta fidelidad en su situación concreta, lo cual condiciona tanto su reflexión como su solidaridad y su acción. Cuando cristianos de diferentes ambientes tienen no sólo la misma fe sino también la misma voluntad de discernir en su propia vida y en sus propios compromisos lo que su fe exige de ellos, son más conscientes de lo que les divide y menos aptos a formar una comunidad cristiana fraterna en la que bastaría con olvidar lo que divide. ¿Pero no habría que decir también que estos cristianos son más aptos a comprenderse y a dialogar entre sí sobre el fondo de las cosas, que con cristianos de su propio medio, que no conciben de la misma manera la relación entre la fe y la vida? Aquí se da el segundo dualismo que hemos distinguido.

¿Cómo se explica este otro dualismo entre cristianos del mismo ambiente? Habría que hacer antes otra distinción. Por una parte, están los cristianos practicantes, que son cristianos y viven su cristianismo como viven su vida humana: dejándose llevar más que siendo protagonistas. En cuanto cristianos no ignoran que la fe tiene una relación con la vida y que toda vida tiene interés para Dios. Pero es la vida la que no saben cómo captar. Tienen necesidad de que esta relación entre fe y vida les sea ya dada en forma de comportamientos concretos a adoptar y de principios a mantener. Así, se sienten perdidos cuando la Iglesia no se lo da todo hecho.

Pero, en este segundo dualismo, hay otro aspecto y otra causa: la oposición entre dos perspectivas diferentes de apostolado. En una, la Iglesia ocupa el centro: se parte de ella, es a ella donde hay que llevar a los convertidos, en ella es donde se vive y se expresa la relación entre la fe cristiana y la vida de los hombres, y en relación a ella es como se juzga la oportunidad o el peligro de tal o cual compromiso. En la otra perspectiva, es más difícil decir qué es lo que ocupa el centro, porque se quiere que sea Jesús, que viene a instaurar en el mundo de los hombres el Reino de Dios, y esto no tiene una visibilidad social inmediata. Si en esta segunda perspectiva existe el riesgo de hacer pasar el mundo por Iglesia y no reconocer el significado de una reunión de cristianos, hay también la posibilidad de una mejor comprensión del verdadero papel de la Iglesia, que es dar a conocer a Jesucristo y aprender a seguirle. Esta segunda perspectiva es la que corresponde a las opciones fundamentales del Concilio Vaticano II. Esto quiere decir que la Iglesia ha hecho para hoy una opción pastoral. El dualismo de que venimos hablando viene, por tanto, de un cambio histórico de la Iglesia, que no todo el mundo ha comprendido y aceptado. Entonces, o se acepta este cambio con mayor coherencia aún que el último Concilio, pero en la perspectiva doctrinal y pastoral que él ha definido, o nos veremos llevados a optar, unos por el mundo contra la Iglesia, otros por la Iglesia contra el mundo y fuera de él.

En esta situación los cristianos del mundo rural, en la medida en que son tanto campesinos como cristianos, pueden aportar mucho a la Iglesia. Pueden beneficiarla del realismo de su fe comprometida en la vida y en sus luchas, del sentido que van adquiriendo en el movimiento rural, en la oposición contra las personas y contra las cosas, y en la perseverancia a pesar de los fracasos. Pero este servicio supone que los cristianos del mundo rural tengan la posibilidad de tomar conciencia de lo que

comunitariamente son en la Iglesia. De aquí surge nuestra última reflexión sobre el nacimiento y la presencia de la Iglesia en el mundo rural.

2. Nacimiento de la Iglesia en el mundo rural.

Nos preguntaremos primeramente sobre la necesidad y el significado de este nacimiento. Intentaremos después concretar las condiciones. Finalmente, señalaremos los problemas que se plantean.

a) *Necesidad y significado del nacimiento de la Iglesia en el mundo rural.*

Se habla de nacimiento y desarrollo de la Iglesia en el mundo rural en la medida en que hay cristianos del mundo rural que pueden ser no sólo rurales y cristianos, sino también en la medida en que pueden expresar, purificar y valorar como comunidad de Iglesia lo que viven solidariamente en el mundo rural. Se trata de las recíprocas relaciones entre comunidades naturales y comunidades eclesiales. Estas relaciones son indispensables al nacimiento y al desarrollo de la Iglesia. La Iglesia nació en un medio judío. En el interior de este medio, desde su nacimiento, se formaron comunidades diferentes, según la lengua, la cultura, la mentalidad (Hech 6). La Iglesia se desarrolló de ciudad en ciudad. Durante mucho tiempo las comunidades cristianas fueron comunidades de emigrantes. Más tarde, cuando el cristianismo se convirtió en religión oficial, la Iglesia se desarrolló a otro nivel social, el del Imperio, y se identificó, a este nivel, con la sociedad. La historia podría continuarse. De ello resulta que la Iglesia se ha definido siempre como Iglesia en relación a un cierto grupo humano, a un cierto medio cultural.

A la novedad o a la originalidad de un grupo humano socio-cultural, debe corresponder una novedad de Iglesia, para que cada vez se realice el misterio de la Iglesia, que es ser un pueblo convocado no sólo en Israel sino en la diversidad de naciones. “No tengas miedo”, le dice el Señor a Pablo, poco después de haber comenzado a evangelizar Corinto, “porque tengo ya en esta ciudad un pueblo numeroso” (Hech 18, 10). En este sentido se puede hablar de nacimiento de la Iglesia no sólo en países donde aún no existía, sino también en los grupos humanos nuevos de orden socio-cultural, que suscita la historia, allí mismo donde ya existe la Iglesia (Decreto sobre la Actividad Misionera de la Iglesia, núm. 6. Concilio Vaticano II).

b) *Condiciones de este nacimiento.*

Centraríamos este apartado en tres preocupaciones: la preocupación por un *lenguaje rural cristiano*, que supone el reconocimiento de un mundo cultural rural; la preocupación por una *liturgia*, donde los rurales se encuentren en casa; la preocupación por la *relación con los sacerdotes y los obispos*. Estas tres preocupaciones corresponden a los tres factores constitutivos de la Iglesia: la Palabra de Dios acogida en la fe, los sacramentos, el ministerio de los obispos y de los sacerdotes. No hablamos del laicado, por la sencilla razón de que el laicado no está aparte. No es un factor constitutivo de la Iglesia: es el Pueblo de Dios constituido en Iglesia mediante la vida y el testimonio de su fe cristiana, mediante la celebración litúrgica de los sacramentos de Cristo, mediante la relación reconocida con los sacerdotes y los obispos, en quienes los cristianos ven a unos hermanos especialmente representativos porque están especialmente encargados de la voluntad pastoral de Cristo de reunir un pueblo de hombres para el Reino de Dios.

“Dios convoca y reúne en Iglesia a los que creen en Jesucristo” (Constitución sobre la Iglesia, núm. 9). El nacimiento y el crecimiento de la Iglesia siguen al nacimiento y al crecimiento de la fe en Jesucristo. Esto exige tres condiciones:

– *La fe debe ir unida a la vida*, a lo que hay de más vital, de más real en nuestra vida. Es un largo trabajo, nunca acabado, interrumpido a veces, cuyas dificultades conocemos. Exige una gran atención a lo que se vive y a aquellos con quienes vivimos, tomando para ello los medios necesarios. Exige también la convicción renovada de que hay en esta vida una presencia y una llamada de Dios cuya dirección, en general y teóricamente, conocemos, pero cuyo contenido actual, cuya exigencia concreta, no sabemos de antemano. La presencia de Dios no es sólo un don y una promesa, sino también una ausencia y una exigencia.

– *La fe debe hacerse misionera*. La fe cristiana busca comunicarse, porque está suscitada por el testimonio de los que la viven y porque nos obliga a releer a su luz todas nuestras relaciones. Así pueden constituirse comunidades fraternas de fe, que contribuyan al nacimiento de la Iglesia, a condición de no encerrarse en sí mismas sino de estar unidas por la preocupación de unir una fe común y una vida común, y de ser misioneras.

– El nacimiento y el desarrollo de la Iglesia en el mundo supone una *expresión de la fe en lenguaje rural*. Es esta una tarea indispensable y urgente en la que deben colaborar seglares y sacerdotes, y que supone que unos y otros estén fuertemente encarnados en la vida donde se forma esta cultura. Es una tarea difícil, porque ninguna cultura es totalmente neutra y porque la fe cristiana no puede nacer y expresarse en un individuo o en un

grupo sin referirse a un cierto lenguaje cristiano en una medida que es casi imposible precisar.

La liturgia

En la liturgia es donde más se resiente el malestar que proviene de una diferencia de lenguaje. Hay que observar que el empleo de la lengua vernácula no resuelve el problema de fondo. Quizá lo manifieste más. Este problema puede ser resuelto. Hay pocas cosas intocables en la liturgia y la Iglesia ha producido tal cantidad de fórmulas en otras épocas, según la mentalidad, las necesidades, la cultura, que no vemos por qué ahora no podría hacer lo mismo. No nos podemos conformar con adaptaciones superficiales. Los sacramentos son el corazón de la existencia cristiana porque nos unen con la realidad de la muerte y resurrección de Cristo. La relación de los sacramentos con la vida sólo puede establecerse y expresarse si por nuestra parte llegamos al corazón de nuestra propia existencia, que quedará iluminada a la luz del misterio pascual.

El ministerio de los obispos y de los sacerdotes

La necesidad de este ministerio queda expresada desde un doble punto de vista. Por una parte, el sacerdote aparece un poco como el mediador entre la vida y la Palabra de Dios, como aquel que ayuda a reconocer la llamada de Dios en lo concreto de la vida y a responder a ella en el espíritu de la Pascua. Presta este servicio a sus hermanos gracias a la competencia teológica adquirida y presta una colaboración indispensable en la elaboración de un lenguaje rural cristiano, de una liturgia donde el hombre rural pueda encontrarse. El sacerdote presta este servicio gracias a su propia vocación y a la misión que recibe de Cristo por el Espíritu.

Por otra parte, el sacerdote, o mejor los sacerdotes y los obispos garantizan la comunión con la Iglesia. Unido a otros sacerdotes y a otros obispos, el sacerdote representa, como en otro tiempo los apóstoles, la esperanza, la voluntad y la realización ya comenzada de una comunión fraterna no solo entre los individuos, sino también entre los diversos grupos humanos.

c) *Problemas de este nacimiento de la Iglesia.*

Si es necesario que a la originalidad de un grupo socio-cultural corresponda una novedad de la Iglesia, no hay que ignorar los problemas que esto plantea. La historia de la Iglesia nos ofrece numerosos ejemplos. La Iglesia en cuanto Pueblo de Dios no puede tener realidad humana comunitaria si no hace suyas las esperanzas, la vida y la cultura de un pueblo. Es así como la Iglesia nació dentro del pueblo judío. Después asumió la esperanza y la búsqueda de salvación del mundo greco-romano y, a continuación, su voluntad política de reunir la diversidad de pueblos en la paz y en la unidad de un solo Imperio. El recuerdo histórico nos ayuda a rememorar el carácter siempre problemático de estas diversas alianzas. Por haber nacido en un mundo judío, la Iglesia tuvo dificultad para salir de él.

En la medida en que ella “recuperó” la cultura y las ambiciones del mundo greco-romano y del mundo occidental, recogió también las divisiones, sufriendo en sí misma diferentes cismas, y se vio en dificultad para no confundir la evangelización con la colonización occidental.

Estos ejemplos nos obligan a ver el carácter complejo del nacimiento y del desarrollo de la Iglesia. El mundo o el ambiente cultural en el que la Iglesia quiere nacer no es neutro, como una materia a la que la Iglesia daría forma y significación. La idea de encarnación tiene el defecto de sugerir un poco esto.

La idea de nacimiento es mejor: un nacimiento supone primeramente un encuentro, una confrontación, una familiarización recíproca, una aportación mutua. Un mundo en el que la Iglesia quiere nacer es un mundo que se ha dado ya a lo largo de la historia, sus valores, su dignidad, su sentido, su unidad, con todo lo que esto lleva consigo de positivo y de negativo en relación con el Reino de Dios. Por su parte, la fe cristiana, que es la semilla de la Iglesia en un mundo cultural dado, no es una simple voluntad de comprometerse al servicio de la promoción del hombre, ni una simple apuesta sobre el valor de tal tarea. Tiene un contenido intelectual y una orientación de acción que corresponden a la realidad de lo que ella cree. Cuando nos damos cuenta de esto comprendemos que el nacimiento y el desarrollo de la Iglesia en un mundo cualquiera, en el mundo rural en concreto, no puede ser más que un largo camino, unas veces vanal, otras formidable; pero, en todo caso, nunca acabado.

IV

CONVICCIONES DE BASE

Una vez hecha la reflexión anterior y teniendo en cuenta el trabajo pastoral en el mundo rural, nos atrevemos a entresacar una serie de convicciones que pueden ayudar a concretar algunos puntos que nos parecen necesarios para un avance de la Iglesia en el mundo rural.

1. Reconocimiento de la realidad del mundo rural.

Tendremos que poner el acento sobre lo que aparece como más importante en la realidad rural cuando se la vive desde



dentro y cuando se la mira con los ojos de la fe. La experiencia humana y apostólica en el mundo rural, que ha sido objeto de reflexión en muchas ocasiones, permite dar testimonio de lo que es esencial.

a) *El alma popular.*

Nunca se pensará suficientemente en todos aquellos que no llegan nunca a la notoriedad en el mundo rural: gentes sencillas, humildes, que en la dureza de su trabajo diario poseen una sabiduría, un sentido común inigualable. Entre estas personas encontramos los rasgos característicos de la mentalidad rural.

Constatamos una manera de ser y de vivir que viene del fondo del alma rural:

– *Orgullo y dignidad.* “Nadie es más que nadie”. Orgullo de ser un pueblo; orgullo unido a la conciencia de que la vida rural tiene un sentido, aunque esto no esté reconocido por la sociedad. Este sentido de la dignidad lleva consigo un sentido agudo de la justicia.

– *Una manera original de situarse en relación al dinero.* El dinero como medio. Esto quiere decir algo, porque es difícil y duro de ganar.

– *La franqueza.* Mientras en los ambientes liberales se matiza en exceso la expresión de los sentimientos, los hombres del mundo rural utilizan expresiones claras, francas, a veces duras.

– La noción, consciente o inconsciente, de un *destino común.* En el mundo rural se tiene la intuición y la experiencia

de la *solidaridad*. Esta solidaridad se expresa en la camaradería, en la sencillez de la acogida y en el compartir.

– *El sentido de la realidad*, de lo concreto, tanto en lo que se refiere a las cosas como a los acontecimientos.

– *El valor de la mujer*. El mundo rural debe mucho a las cualidades y a los sacrificios de las mujeres.

La sencillez de estos rasgos los esconde ante el resto de la sociedad. Mounier ha hablado del “silencio de la normalidad” (Esprit núm. 6, Marzo 1933, p. 346), sobre la que el régimen capitalista acumula ruinas e injusticias. La expresión vale también para caracterizar las riquezas que se viven en profundidad en el mundo rural. Estas riquezas están ciertamente mezcladas con el pecado y exigen purificación y redención.

Todo esto apenas está acogido en la Iglesia. Nos encontramos poco preparados para captar el Reino de Dios al ras del suelo. La sabiduría del pueblo es el terreno sobre el que puede germinar el hombre y, con la gracia de Cristo, en lo más profundo de su ser, el hijo de Dios.

b) *Persona y colectivo.*

Constatamos diariamente que un hecho aparentemente aislado en la vida de los hombres del campo debe ser puesto en relación con una situación colectiva. Esta situación colectiva de los niños, de los jóvenes, de los adultos del mundo rural se traduce en unas aspiraciones y en unas reacciones comunes. De ella parte la acción colectiva. De esta manera, hay entre la vida sencilla y la acción colectiva una articulación fundamental.

A veces nos cuesta trabajo captar esta articulación, porque proyectamos sobre la realidad un falso esquema de análisis. Sólo la dimensión colectiva puede permitir captar esta articulación. Hay que comprender que todo tiene un apoyo: el pueblo, el movimiento rural, su proyecto sobre el hombre y sobre la sociedad, la lucha. La savia que alimenta a los militantes es la vida del pueblo.

En esta perspectiva un hombre que se compromete, que milita, es todo el pueblo que se compromete. La promoción de todo el pueblo es la que permite la promoción personal de sus miembros. Los ejemplos de “promoción individual”, favorecidos por la organización liberal de nuestra sociedad, no contradicen, aunque sean numerosos, esta ley general.

c) *La lucha de clases.*

El mundo rural no es una suma de individuos: forma un pueblo objetivamente oprimido por los poderes económicos y políticos que están en manos de la clase dominante. Reconocer la lucha de clases no es el fruto de una ideología o de un análisis. No es tampoco una afirmación de un principio de acción: se impone como un hecho histórico, sin que por ello explique la totalidad del desarrollo del hombre y de la sociedad. Este hecho reviste una importancia considerable y sus consecuencias se desarrollan en todos los terrenos. Por eso, la historia nos lo muestra; los hombres del mundo rural y todos los que están en una situación de dependencia sólo alcanzan su promoción colectiva a través de la lucha.

Lo que caracteriza esta lucha es la voluntad de libertad, de justicia, de fraternidad, de responsabilidad por y para todos los hombres. Del mundo rural surgen hombres y mujeres que se hacen un proyecto: el de liberar a sus hermanos y construir una

sociedad más justa. A esta lucha todos están llamados, por muy pobres que sean: algunos participan ocasionalmente, otros nada, y los hay que dan toda su vida. Esta lucha debemos tomarla como es, a fin de poder expresar, purificar y celebrar en comunidad eclesial los valores vividos en la solidaridad rural.

Es esencial que en nombre de la misión y de las exigencias del Evangelio la Iglesia esté presente en esta lucha de los pobres por una auténtica promoción y que ayude a las conciencias a vivir en referencia al Evangelio, de tal manera que se camine hacia una fraternidad universal. Por fidelidad al mundo que tiene que salvar, la Iglesia debe compartir las condiciones de vida de los pobres sin miedo de aparecer como “signo de contradicción”.

d) *La unidad del mundo rural.*

La unidad del mundo rural es una aspiración colectiva profunda. Es también la apuesta de una competición entre hermanos, divididos no en las aspiraciones sino en la manera de realizar el proyecto común y en la concepción del hombre y de la sociedad, que está en la base de este proyecto.

Si la lucha tuviera como único objetivo el dinero y la mejora de las condiciones de vida, la unidad sería más fácil. Si es difícil y se realiza con sufrimientos, es sin duda porque tiene que luchar con la pasividad y con intereses divergentes. Es, sobre todo, porque el objetivo no es el progreso material. Se trata de la libertad de las personas y de los grupos.

El encuentro verdadero de la Iglesia con el mundo rural requiere de la Iglesia que reconozca a qué nivel sitúa su esperanza el mundo rural y que acoja los aspectos universales de una lucha por un modelo de hombre y de sociedad.

e) *La cultura rural.*

Todo lo que hemos dicho del alma popular, de la relación entre la promoción personal y la colectiva, de la realidad de la lucha de clases, del deseo de unidad, contribuye a modelar la cultura rural. El mundo rural tiene una riqueza cultural que no está únicamente en la base de un conocimiento intelectual, sino en el sentido común adquirido en una larga reflexión sobre lo concreto de la vida. Así se dibuja un tipo de hombre marcado por una larga historia de luchas, esperanzas, fracasos y victorias.

Toda cultura está abierta a la universalidad. Es en el interior de su inserción en la vida y en la acción del pueblo donde cada miembro consciente del mundo rural encuentra el secreto. Esta cultura rural es acogida, disponibilidad, unión para caminar juntos; es acción personal y colectiva para promocionar al hombre y a todos los hombres en toda su vida.

El mundo rural ha sufrido durante mucho tiempo la falta de instrucción y la frustración del saber. Pero el problema no está tanto en que un mayor número de personas del campo lleguen a una instrucción superior, cuanto en permitir que el pueblo en su conjunto domine el saber, conservando y desarrollando las riquezas de su propia cultura.

2. **La Iglesia debe reconocer la significación cultural del mundo rural.**

Creemos que el reconocimiento por parte de la Iglesia de los valores culturales del mundo rural son determinantes para el desarrollo de su misión.

Hoy vivimos un hecho paradójico. El Concilio ha precisado de una forma positiva las relaciones entre la pluralidad de culturas y la fe en Jesucristo:

“Con la expresión ‘cultura’ en general se indica todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter al mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo formula, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones, para que sirvan de provecho a muchos; más aún, a todo el género humano.

De ahí se sigue que la cultura humana lleva consigo necesariamente un aspecto histórico y social, y que la palabra ‘cultura’ asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico. En este sentido se habla de la pluralidad de las culturas” (GS núm. 53).

La Iglesia, tal como se presenta, tanto en los hombres que forman parte de ella como en su forma colectiva de existencia, permanece extraña a este tipo de cultura. El reconocimiento por ella de la significación cultural del mundo rural implica:

a) *Una visión global del mundo rural.*

No se trata de pedir a la Iglesia que haga opciones que no le corresponden. Pero más allá de su carácter temporal estas aspiraciones y esta acción tienen una relación con el Evangelio. Por encima y por debajo de las ideologías, se trata de reencon-

trar a Jesús, que actúa en las aspiraciones profundas de los hombres que luchan contra un sistema que les oprime.

Para que la Iglesia pueda revelar al hombre el misterio de Dios, tiene que ser consciente de que su vida espiritual está comprometida en las tareas terrestres que asume y que le superan. Al unirse a los hombres en este caminar, la Iglesia se hace capaz de asumir sus razones de vivir, purificándolas. A esto es a lo que nos invita el Concilio Vaticano II, cuando dice:

“La actividad misionera tiene también una conexión íntima con la misma naturaleza humana y con sus aspiraciones. Porque, manifestando a Cristo, la Iglesia descubre a los hombres la verdad genuina de su condición y de su vocación total, porque Cristo es el principio y el modelo de esta humanidad renovada, llena de amor fraterno, de sinceridad y de espíritu pacífico, a la que todos aspiran... En efecto, sólo podemos acercarnos a la novedad de la vida exterminando todo lo antiguo; cosa que en primer lugar se aplica a las personas, pero también puede decirse de los diversos bienes de este mundo, que se marcan a un tiempo con el pecado del hombre y con la bendición de Dios: Pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios (Rom 3, 23). Nadie se libra por sí mismo, con sus fuerzas propias, del pecado, ni se eleva sobre sí mismo; nadie se ve enteramente libre de su debilidad, de su soledad y de su servidumbre, sino que todos tienen necesidad de Cristo, modelo, maestro, liberador, salvador y vivificador” (Ad Gentes núm. 8).

b) *Transformación de actitudes.*

El reconocimiento de la significación cultural del mundo rural lleva consigo para todos los que trabajan en la misión en el mundo rural una transformación de las actitudes y de la mentalidad:

- Atención a la vida real de las personas.
- Atención a la transformación que se opera en las comunidades naturales y en las realidades colectivas.
- Preocupación por comprender el papel de la acción rural al servicio de las personas y por entrar en las explicaciones dadas por las organizaciones rurales sin prejuzgarlas desde una moral a menudo individualista.
- Toma de conciencia de las estructuras que oprimen al mundo rural.
- Unión a las personas que llevan una acción temporal para acoger todos los valores que viven.

Más que de adaptaciones exteriores superficiales, de lo que se trata es de un cambio de mentalidades en la Iglesia. Mediante la conversión interior tendrán efecto las transformaciones de las estructuras. Para esto serán medios privilegiados la revisión de vida y la reflexión apostólica.

Chocamos a menudo para llevar a cabo todo esto con una visión muy formalista de la unidad de la Iglesia: no se trata de construir una Iglesia rural, sino de hacer de tal manera que la única Iglesia de Cristo sea capaz de reunir en verdad a personas tomadas no individualmente y separadas las unas de las otras, sino en sus relaciones y en su cultura propia.



Experiencias

ANAYA DE ALBA: UNA COOPERATIVA DESDE UNA COMUNIDAD DE FE

1. Breve enmarque geográfico y social.

Anaya de Alba, municipio perteneciente a la provincia de Salamanca, distante 30 Km. de la capital, situado en la carretera de Salamanca-Alba-Piedrahita, es una localidad eminentemente agrícola con cultivos exclusivamente de secano.

En el núcleo urbano viven 120 familias, de las que 12 son agricultores que cultivan directamente la tierra y explotan unas 600 Has. En el término municipal se hallan enclavadas 4 fincas (cotos redondos) que suman 800 Has. y son explotadas directamente por sus propietarios.

La mayor parte de la población está integrada por obreros, varios de ellos se emplean en la agricultura como fijos o temporeros en las fincas colindantes. Algunos también trabajan en la agricultura en otros pueblos. El mayor contingente se ocupa en



tareas que ocasionalmente surgen (arreglo de carreteras y caminos, cortas en los montes, peones de albañilería, etc.). En la actualidad hay bastante paro.

Desde siempre, dadas las características sociales y económicas de la población, ha habido emigración constante; por ello el proceso emigratorio, que tanto se ha dejado sentir en otros pueblos a partir de la década del 60, aquí ha sido el normal.

2. Iniciación del proceso educativo.

En 1969, en varios pueblos de la comarca comenzaron a reunirse grupos de matrimonios para reflexionar juntos sobre su situación, aspiraciones más marcadas de la población, problemas comunes, la agricultura y su evolución, etc.

En Anaya comenzamos este proceso casi todos los matrimonios de la localidad en reuniones esporádicas y unos veinticinco de forma sistemática cada semana.

En estas reuniones se hizo un análisis crítico de la situación inmediata, referido siempre al proceso global en que estamos enmarcados.

Se analizaron todos los frentes en los que se desarrolla la vida local, empezando por el más simple hasta llegar a los más complejos. Se estudiaron en común temas como la familia, la convivencia de vecinos, el mundo rural en el proceso de cambio, la situación económica, la vida religiosa, niveles de instrucción y de cultura, carencia de servicios y posibilidades de solución, etc.

Un grupo de matrimonios —concretamente quince—, a partir de estas reflexiones, llegamos al convencimiento de que si queríamos iniciar un proceso de cambio se exigía la participación consciente y activa de los vecinos. “No hay que esperar a que alguien venga a solucionar nuestros propios problemas, a dirigir nuestras vidas”.

Se creó una preocupación fundamental: el Mundo Rural y lo que de él hemos hecho es muy poco atractivo para los jóvenes de hoy. No hay medios para cultivarse, para instruirse, para divertirse, para trabajar dignamente. Es un mundo agónico fruto de la España del desarrollo. No debe soportarse esta situación; urge buscar alguna salida que, oponiéndose a la misma, consiguiera:

— Mejorar las condiciones humanas de vida para dignificar a las personas.

— Mejorar las condiciones económicas buscando soluciones viables y justas a la situación de pobreza en la que realmente nos movíamos.

Se exigía, por tanto, no entretenernos solamente en reflexiones, sino iniciar un compromiso de transformación del pueblo, conscientes de que solamente por la acción, por el esfuerzo aunado de todos, se lograría ir dando pasos para crear unas condiciones de vida más humanas y más justas.

3. La fe como elemento animador e impulsor de la acción.

En mayo de 1975 las reflexiones llevadas a cabo facilitaron el camino para que de un análisis de nuestra religión y de nuestra vida religiosa nos ayudara a redescubrir nuestra fe, vinculada

de una manera clara a un compromiso creyente en la búsqueda de un hombre nuevo que trabaje y se esfuerce por crear una sociedad nueva.

Descubrimos que no era válido ir en busca exclusivamente de nuestros propios beneficios personales. Lo auténticamente válido era atender a lo que afectaba al bien de todos. Vimos claro que la fraternidad se tiene que cumplir aquí y ahora.

4. Afirmación de compromisos generales.

– Apoyo mutuo de las personas como medio único para conservarse en un clima de entrega y servicio.

– Ir creando, dentro de lo posible, unas condiciones más humanas de trabajo que permitan disponer de más tiempo para dedicarlo a la familia, a la formación de la propia persona y al mejoramiento de las relaciones y del nivel humano del grupo.

– Estudiar la posibilidad de creación de puestos de trabajo, aprovechando los recursos que en la localidad existen.

– Buscar condiciones de esperanza en el mundo rural y abrir caminos de futuro para los jóvenes.

5. Concreción del planteamiento anteriormente hecho.

Después de algunas tentativas y experiencias de trabajo en común, de agruparse para algunas acciones, de comprar ganados, maquinaria, etc. juntos, se cristalizó en la creación de una Cooperativa Agro-pecuaria con las siguientes pretensiones:

- Emplear esta plataforma como medio de educación y convivencia de las personas que la integran.
- Ser un signo cara al pueblo, es decir, cara al resto de los vecinos, de cómo puede realizarse la convivencia y cómo ésta ayuda a potenciar las personas y las asociaciones.
- Iniciar un sistema de explotación agro-pecuaria, con el cual puedan obtenerse mayores beneficios económicos, basándose en la unión.
- Ser elemento impulsor y colaborador de toda iniciativa que surja en el pueblo a nivel de mejora comunitaria.

Se ha procurado siempre que prevalezca la idea fundamental: prioritariamente no se busca la defensa de los intereses económicos, pero económicamente hay que funcionar bien.

El paso de lo ideal a la realidad exigía cuantificarlo en bienes de producción, de los que era necesario disponer como base económica y campo de trabajo para los futuros cooperativistas.

6. Características de la Cooperativa y su funcionamiento.

Al iniciarse las gestiones para la constitución oficial, ya algunas familias se retiraron y la razón fundamental fue por dificultades de tipo familiar, quedando once que, por categorías socio-profesionales, se distribuyen de la siguiente forma: cinco modestos agricultores (tres de ellos con tierras propias y dos en arrendamiento), cuatro obreros y dos socios industriales panaderos, cuya finalidad era apoyar y compartir.

La diversidad de medios de vida y de posibilidades de integración, con un mero planteamiento económico hubiera sido insuperable; mas, intentando ser fieles a los principios establecidos, se hizo una aportación a medida de las disponibilidades. Los agricultores aportaron cuanto tenían: máquinas, ganados, aperos, etc. Se hizo una valoración de todo ello, quedando su importe en situación de capital cedido.

El resto hizo las aportaciones obligatorias y las voluntarias en metálico en relación con la cantidad de que cada uno disponía.

Los trabajadores en la Cooperativa percibirán su salario. Hasta que no transcurran diez años no se percibirá beneficio alguno en concepto de retorno cooperativo, quedando todo en condición de capital social. Todos los socios tienen que cubrir turnos los domingos para asistir a los ganados e igualmente todos tienen la obligación de ir a trabajar veinticinco días sin remuneración alguna.

En la actualidad, la Cooperativa cuenta como bienes en propiedad con 7.000 metros cuadrados de solar cercado, en el que se han construido las mínimas instalaciones (establo, almacén, panera, etc.).

Se explotan 290 Has., todas arrendadas, de labor de secano, excepto 15 que se han transformado en regadío mediante un sondeo, con la circunstancia de que el agua no es muy abundante y la adecuación para el mismo ha sido muy cara.

El funcionamiento desde el 75 hasta ahora ha servido para comprender que si la Cooperativa no tiene bienes propios la supervivencia iba a ser muy dura por dos razones: porque podíamos quedarnos sin las tierras arrendadas, porque los hijos, al no contar con base territorial segura, no se iba a quedar ninguno.

Por una circunstancia imprevista pudimos arrendar pastos y laborear una finca coto redondo que, aunque no pertenece a nuestro término municipal, linda con él. Esta finca se puso en venta, pero nunca pudimos pensar que podríamos acceder a la propiedad de la misma, ya que el precio que pedían —y que respondía al que rige en la comarca— era totalmente inabordable para nosotros. Con posterioridad nos la ofrecieron y, aunque de momento nos pareció un absurdo, se optó por entrar en contacto con los dueños para estudiar las condiciones, ya que era la única posibilidad de adquirir tierra que teníamos. Fruto de estas gestiones fue la compra de la finca.

Replanteamiento de los criterios que sirvieron de base para la constitución de la Cooperativa:

Es claro que los precios de la tierra son prohibitivos para los agricultores que han de efectuar los pagos con el fruto que se obtenga de la misma. No así para un capitalista o un señor caprichoso que la adquiera simplemente con el afán de invertir.

Por nuestra parte teníamos el peligro de que, de no reafirmar nuestros puntos de partida, fuera a parar a las personas que no necesitan de tierra para vivir, razón por la cual se aceptaron los siguientes compromisos:

— La finca permanecerá pro-indiviso en posesión de la Cooperativa mientras haya socios que la trabajen directamente. Ningún socio puede sacar la parte correspondiente para arrendarla, venderla, ni siquiera para explotarla personalmente.

— Si algún socio causara baja obligatoria o voluntaria, se verá obligado a vender su parte a la Cooperativa y, después de cumplir los requisitos que el reglamento establece para las bajas

de socios, en cada caso, percibir por la parte de la finca que le corresponde la misma cantidad y en los mismos plazos y condiciones en que fue adquirida, siempre que el valor de la Ha. en la localidad por aquel momento sea igual o mayor que el abonado ahora en esta compra, y si es menor en aquel momento será ese el importe que percibirá, respetando siempre las mismas condiciones y plazos.

— En lo sucesivo no se admitirá socio alguno que no vaya a trabajar directamente en los trabajos propios de la Cooperativa. Quiere decirse que su ocupación sea la agricultura. Tampoco se podrán admitir como socios a personas que no residan permanentemente en la localidad.

— Toda venta efectuada por el socio, de no ser a la Cooperativa, no se dará por válida. Supone además la baja de socio, con todas las consecuencias que los estatutos establecen.

En caso de que algún socio necesite dinero por enfermedad o por otra circunstancia grave que la Asamblea valore como tal y no encuentre forma de adquirirlo, la Cooperativa le prestará el dinero que necesite con el fin de que no tenga que recurrir a la venta.

— Los socios integrarán en el capital social voluntario el dinero de que dispongan y será devuelto en caso de necesidad, previo aviso, si es posible, con treinta días de antelación.

— Hasta que no se amorticen los créditos que sirvieron de base para la compra, no se percibirá retorno cooperativo alguno, quedando todos los beneficios obtenidos en la finca para incrementar el capital social.

— Al establecer estos principios se ha querido dar respuesta a todo lo que anteriormente había servido de base, de aliento, de estímulo y de objetivo para la continuación del proceso iniciado años atrás.

7. Situación actual.

Nos encontramos en un momento crucial en el que es necesario coordinar la fidelidad a los principios con el ritmo y la preocupación por la actividad económica.

La serie de estudios y la serie de reuniones de revisión nos han dado el siguiente resultado:

— Que es muy fácil olvidarse de los objetivos propuestos inicialmente. Que se exige un mayor grado de solidaridad y compromisos mutuos, de responsabilidad comunitaria hacia fuera, etc.

— Que el riesgo contraído por la envergadura de la acción que se ha emprendido puede llevar a que se centren los esfuerzos de una manera desproporcionada en lo económico: organización de trabajo, productividad, inversiones, amortización de créditos, etc.; ya que todo esto es como un peso que está gravitando sobre las personas y sobre el colectivo. Solamente se puede guardar el equilibrio necesario dedicando el tiempo que haga falta a la reflexión, a contrastar la vida diaria con la exigencia de fe, etc.

— El futuro, como en todas las cosas humanas, es incierto; su marcha, respondiendo al espíritu que ha inspirado la acción inicial, exige una constante “puesta a punto”. ¿Absorberá lo económico todo el proceso? ¿Al involucrar a un mayor

número de personas a la actividad permanente surgirán tensiones personales que dificulten el proceso?

Aun a riesgo de que pueda ser un fracaso, nos parece importante y es para nosotros una exigencia de nuestro compromiso como creyentes buscar signos y formas de organización que abran un camino de esperanza y de condiciones reales de vida en el campo.

**Cooperativa Agro-pecuaria "Virgen del Carmen",
de Anaya de Alba (Salamanca).**

ESCUELAS CAMPESINAS DE AVILA

*“Pasaba un hombre por el camino,
vio a un hombre tirado,
le curó las heridas,
y le ayudó a levantarse”.*

¿Cómo nos planteamos la presencia en el campo?

Cuando a Jesús le interroga el doctor de la Ley, Jesús rehuye entrar en lucha ideológica y responde con hechos. Es la parábola del samaritano (Lc 10, 25-37).

Cáritas sigue defendiendo a los “sindefensa” (marginados).
Queda mucho por hacer en el campo.

¿Cuál es nuestro proyecto educativo en el campo? Aquí no damos teorías como quería el letrado del evangelio, sino un testimonio basado en hechos, entiéndasenos así.



1. **Comencemos contando una historia: “Había un hombre tirado en el camino de la vida”.** (A este hombre le vamos a llamar Paco García, que va a ser el testigo de este relato).

Paco se siente como un obrero mal pagado y sin seguridad. Trabaja “como un animal”, hasta que ya no puede más; sin apenas maquinaria; viene a casa roto y cuando se deja caer la noche se dice: “Estoy muerto, y ¿por qué?”.

“Lo que he producido con el cansancio de mis horas nadie lo quiere. Mis judías nadie las quiere; la carne de mis terneros se la comerán en restaurantes de lujo y me darán lo que quieran: lo que traiga el mercado”.

“Los que me traigan el abono, el pienso o cualquier apero, se llevarán lo que me quisieron dar por mis productos. ¿Y a mí qué me queda? Nada”.

Obrero mal pagado, sin vacaciones, sin fines de semana, sin seguridad social normal, sin derecho al paro... Pero esto no sirve para nada a la hora de pagar la contribución.

Paco vive ante un muro. ¿Qué hacer? ¿Pagar créditos al 11 ó 15 o/o, cuando su producción no le dá ese rendimiento?

Paco ve que los derechos normales deben ser para otras personas. ¿Cuántas horas de trabajo tiene que realizar Paco para hacer una mínima reparación de la vivienda? Cuando por la “tele” hablan de la libertad de enseñanza, Paco dice: “Será asunto del gobierno o de los maestros. ¿De los padres? ¿Qué pintamos nosotros?”.

Paco ve que los funcionarios pasan por el pueblo corriendo para no mancharse de barro: pasa el médico, el veterinario, el

maestro... Todos viven en “otra parte”. Quiere esto decir que aquí no se puede vivir.

También pasa por la calle de Paco la Administración, de vez en cuando, y hace encuestas. Paco dice: “¿Y para qué quieren saber esto?”.

Pasan también los partidos políticos, en tiempo de elecciones, y dicen que el campo está mal, que hay que hacer algo.

Por eso, Paco ha llegado a tener vergüenza de sí mismo. Desea ser otro. Algún día se miró al espejo, se vio la cara curtida por el sol y el aire, y dijo: “Soy feo. ¿Quién me va a querer? Nadie quiere vivir aquí. Estoy en un barco que se hunde”.

Paco quiere echar a sus hijos fuera, sea como sea; no sabe dónde, porque ahora dicen que con el paro ni en Alemania ni en Madrid hay trabajo.

Paco ve el cambio que dio la vida en los últimos veinte años y no sabe qué pasa. “¿Qué pinto yo?”, dice.

2. Paco García tiene carne y hueso.

En la narración de Jesús, el hombre había caído entre Jerusalén y Jericó. Paco García está tirado en la sombra de Gredos, en Avila. Para muchos que pasan por la carretera ni existen los “Paco García”, están agachados en sus fincas, se les puede confundir con animales vistos desde un automóvil. Estas tierras han quedado descapitalizadas de dinero, de hombres, de riqueza.

Los han robado y saqueado, y los han dejado medio muertos como al hombre de la parábola. En quince años emigró



el 45 o/o de la mano de obra joven: hoy los jóvenes suponen el 2 o/o de la población. Las tierras están incultas en un 75 o/o. El turista se para y comienza a hacer sus planes, creyendo que el hombre tirado ha muerto y que las tierras no tienen amo. La misma Administración dice: “Dejemos de hablar de ordenación rural y hablemos de ordenación turística rural”.

Paco García, tirado en el camino de la vida, escucha que aquellos que le robaron y le han dejado medio muerto ahora hacen planes sobre su herencia.

3. ¿Qué haría el samaritano si se encontrase con Paco García tirado en el camino?

a) Cuando un hombre sangra, lo primero es cortar la sangría. A Paco García le sangran cuando vende, le sangran cuando compra. El samaritano, lo primero que intentaría sería hacer que Paco no pierda más sangre.

b) Pero una vez hechos los primeros auxilios, el samaritano diría: “¿Cómo restaurar este hombre a la vida?”.

“A una persona con hambre, se le da un pez y se le quita el hambre de un día. Para quitarle el hambre definitivamente hay que enseñarle a pescar”, dice el refrán. ¿Cómo enseñar a pescar a un hombre caído?

— El samaritano escucharía el relato acaecido a Paco: “¿Qué le ocurre?”.

— Pero después el samaritano le haría ver cómo hay otros hombres tirados en su misma situación.

– Quiere esto decir que en el camino de la vida hay un tropiezo común que hace que los hombres débiles caigan.

– Lo que hay que hacer es un esfuerzo común que quite el tropiezo del camino.

Este sería el proceso de la Escuela Campesina.

c) Imaginemos que Paco dice al samaritano: “Y tú ¿por qué te paras junto a mí cuando hay tantos que han pasado y me han dado la espalda?”. El samaritano tiene las puertas abiertas para dar testimonio de su fe. El evangelio exige condiciones precisas para ser entendido como *Buena Noticia*.

4. ¿Qué es la Escuela Campesina?

Es un instrumento para curar las heridas de los Pacos caídos en el camino y ayudarlos a recobrar las ganas de luchar. Funciona en tres comarcas de la provincia de Avila, en 18 pueblos, y en el curso 79-80 ha acogido a unos 250 campesinos que tienen ganas de vivir.

Animada por catorce educadores, trata de descifrar las heridas de los hombres del campo y ver el remedio más eficaz. Sin muchos medios y con el ritmo que exigen o permiten “los Pacos de estas tierras”, la Escuela funciona a un triple nivel:

– Hay lugares donde sigue un ritmo periódico semanal o quincenal.

– En otros sitios actúa a través de cursillos o cursos ocasionales.

– Y ante todo quiere ser un centro donde se piense el presente y futuro de la comarca y prevea el futuro.

A través de estas u otras actividades, la Escuela quiere acoger a los hombres tirados del campo, a los hombres sin esperanza, y devolverlos a la vida con ganas de caminar. Que los hombres caídos recobren las ganas de vivir y puedan decir: “Ser campesino vale la pena”, y que esa frase no se quede en palabra vacía sino que sea expresión de la vida.

5. ¿Qué significa curar las heridas de los campesinos de Avila?

(Objetivos de la Escuela)

a) Curar las heridas de los “Pacos de Avila” es enseñarles a buscar la vida en lo que les rodea:

- En las fuentes económicas.
- En los centros de decisión.
- Adquiriendo el respeto que como personas merecen.

b) Para ello, Paco necesita dotarse de medios básicos:

- Dominar el lenguaje oral y escrito.
- Saber donde encontrar la información precisa para solucionar cualquier problema que se le presente.

c) Como el sentido de la vida no podemos hallarlo en el puro desarrollo técnico sino que necesitamos la *interpretación cultural* y este *es problema cultural*, es ahí donde inciden todas

las actividades de la Escuela. Que Paco García crea que el trabajo de la *tierra vale la pena*.

d) El mantener la fe en sí, en la tierra, y el creer que vale la pena vivir es ir tejiendo un tipo de cultura que facilite y haga real esta interpretación cultural.

e) Esta es la tarea de la Escuela: curar las heridas de los hombres tirados, ayudarlos a ponerse en pie y abrir una perspectiva de futuro hacia el que merece la pena empeñar la vida.

6. ¿Cuál es el aceite y el vino con que se curan hoy las heridas de los campesinos?

(Medios de la Escuela Campesina)

a) Cuando el samaritano ve al hombre caído, el primer medio que se le ocurre es interrumpir el viaje, acercarse al hombre caído y escuchar sus lamentos.

Paco García necesita ante todo decir sus dolores. Está harto de recibir visitas de los que vienen a solucionar sus problemas, que suelen soltar su discurso y se largan. Paco necesita que se le escuche y no le impongan soluciones hechas.

b) Paco suele decir: “Aquí, la gente viene, aguanta unos años y se va”, y aquí nos quedamos con los problemas. Una educación supone embarcarse en un proyecto de vida indefinido.

c) La educación no supone saber enorme cantidad de cosas para mantener la atención del educando. Educar a Paco supone establecer un proyecto de futuro que les englobe a ambos.

d) Este proyecto arranca de las heridas del hombre concreto: sólo dando soluciones al dolor que le paraliza, Paco puede ponerse a caminar.

e) Por ello el samaritano no se quedó en buenas palabras: cargó con el caído y pagó gastos. Paco repite con frecuencia: “Obras son amores y no buenas razones”. Por eso amar hoy a los hombres de estas tierras es colaborar en su organización económica, es dotar de estructuras estables que corten la sangría crónica.

f) Y Paco y su gente piden que se les ayude gratis, están muy desconfiados: todo lo que se les dijo era para sacarles luego otra cosa. Por eso Paco, ante uno nuevo que llega, dice: “¿A dónde nos querrá llevar este con su tinglado?”. Paco necesita ser amado gratis y de balde, por “misericordia y compasión”, como actuó el samaritano.

7. Hoy seguimos viviendo la parábola del samaritano.

a) Los campesinos siguen despojados y tirados en los caminos de la vida, cargados de vergüenza y desesperanza.

b) Como el doctor de la Ley, miles de políticos y hombres de todo tipo dicen que hay que ayudar al campo y se preguntan: ¿Por dónde empezar?

c) Mientras el campesino sangra, pasan junto a él hombres de todo tipo:

— Pasa el veraneante, que dice: “Qué bien se vive en el campo”.

– Pasan los pescadores y cazadores: “Qué ríos tienen ustedes”.

– Pasa la Administración, que dice que el “Estado hará lo que esté en su mano para solucionarlo”.

– Pasan los funcionarios, lo más rápidamente, para hacer otra cosa en otra parte.

– Pasan los partidos políticos y cada uno dice lo mismo: “De poder hacer algo, nosotros lo haríamos”.

– Pasan los banqueros: “Los ahorros de los pensionistas, lo cobren en nuestra oficina”.

d) Mientras el campesinado sangra, unos discuten y otros pasan a su lado.

Sólo el samaritano fue capaz de mancharse las manos y cargar con el herido.

“¡Hay mucha marginación en el campo! Queda mucho por hacer”.

Colectivo: “Voz de Campesinos de Avila”.



ANIMACION CULTURAL Y PROMOCION DEL CAMPESINADO

1. Encuadre y características.

Miajadas, 9.000 habitantes, de la provincia de Cáceres, pero perteneciente al “Plan Badajoz”.

Pueblo eminentemente agrícola: el 80 o/o de la población activa trabaja en el campo, con un censo de 600 tractores, diez entidades bancarias, con una cooperativa del campo de 560 socios y un sindicato —“Unión de Campesinos Extremeños”— de 180 socios.

Su comarca lo componen alrededor de doce pueblos, la mayoría poblados del IRYDA.

Con unas características del hombre rural muy comunes en la zona: dependiente del que sabe, del que puede, de los bancos; sus valores de trabajo, tierra, ahorro; con pocas iniciativas de cambio; individualista, etc.



2. Proyecto: ESCUELA CAMPESINA.

Ante la situación descubierta de nuestro pueblo y comarca, con una larga historia de reuniones de toma de conciencia y luchas llevadas a cabo en el sector campesino: corte de la carretera en el 74, creación del sindicato en la clandestinidad, salidas de tractores a la carretera, etc. “Unos cuantos agricultores con dos curas —dice Zacarías, campesino de 40 años— vimos necesario encar el diente en la cultura”.

Una cultura que, creando una conciencia crítica en el hombre del campo, le diera una esperanza para transformar su medio y estar en las organizaciones campesinas para, desde ahí, servir a su gente.

3. Su marcha.

La Escuela lleva dos años funcionando.

Llevada por un grupo de agricultores, dos curas, un perito agrícola y algún profesor del Instituto del pueblo.

Aunque de alguna manera unida a la cooperativa, sindicato e iglesia, se hacen esfuerzos por no depender de nadie.

La asistencia asidua es de tres días en semana (año pasado); dos días en el año actual.

Regularmente participan 26 campesinos con edades entre los 17 y 40 años. Esto no quita que, cuando se organizan actos de cara a los campesinos, se impliquen a más personas.

Tenemos marcados unos *objetivos* que, por sintetizar, serían los siguientes:



Formar campesinos cultos:

- Con juicio crítico de cuanto sucede y existe en el pueblo. Por ejemplo: situación del campo, situación coyuntural, manifestación por la subida del gas-oil, huelga de tractores...
- Con conciencia de clase: que ame su profesión, que se prepare para saber ser agricultor, para transformar el estado del campo y de los campesinos con espíritu de solidaridad.
- Con participación en todo lo que es vida y caminar del pueblo. Por ejemplo: semana de cooperativismo, charlas sobre educación de hijos...

¿Cómo marchamos?

Partimos, vivimos y revisamos la realidad donde estamos, porque, como dice Antonio —de 22 años y que intuye por donde van los tiros—, “si la Escuela no trata de cambiar y cambiarnos, no sirve pa ná”.

Partir de la realidad que vivimos:

- De las experiencias que se tienen.
- De los hechos que suceden en el pueblo.
- De las carencias que sufrimos: no saber expresarnos o rellenar instancias.
- De artículos de periódicos sobre la actualidad nacional o regional.

– De las acciones que se llevan a cabo: asambleas en el sindicato o cooperativa, manifestaciones por los precios agrarios, salida de tractores...

– De las ventas o contratos de nuestros productos: del tomate, que todos los años nos trae de cabeza y moviliza a mucha gente.

– De la distribución de la tierra.

Elaborar juicios críticos y ver qué podemos hacer para posteriormente revisar las acciones llevadas a cabo.

Juntamente a los hechos analizados de nuestra realidad, se dan unos contenidos (parte teórica) históricos, literarios o de otro tipo, que iluminan o abren horizontes a lo que estamos viviendo.

Actividades complementarias de la Escuela. Organizamos o hacemos algunas cosas de cara a los demás campesinos: semana de estudios cooperativos para el pueblo, excursiones para visitar cooperativas de otros sitios, revistas a ciclostil para los campesinos del pueblo.

4. Nuestra presencia (curas, cristianos) en este proceso.

Queremos que sea como el gesto de Jesús. El pueblo que le sigue tiene hambre, llevan muchos días sin comer. Jesús sufre por ello y hay que buscarle un remedio, no basta la compasión.

“Dadles vosotros de comer”. Es la primera actitud de compromiso que Jesús nos apunta y que nosotros lo queremos traducir en nuestra comarca campesina, como “lo que haya, po-

nedlo al servicio de los demás, aunque sea poco para tantos”. Después... el milagro: comieron y se saciaron.

Jesús reivindica todo lo que se opone al honor de los hombres. Se ha acercado a los leprosos. Se ha interesado por sus vidas, les ha puesto las manos encima. Jesús echa por tierra una costumbre de marginación como diciendo: “Ese que veis ahí también es un hombre”. Los leprosos de las cuevas no tienen acceso a la participación, porque no sabían qué decir, qué aportar. Jesús abre caminos: “Preséntate... diles”.

Es el mismo gesto que queremos seguir repitiendo hoy en nuestro pueblo de campesinos marginados, ya trabajando manualmente en comunidad con otros campesinos, ya alentando y apoyando la solidaridad en cooperativas o sindicatos, ya abriendo caminos en la cultura liberadora para repetir también: “Preséntate... diles”.

Quizás, sin duda, será éste el proceso eternamente válido que intentamos seguir: recorrer el camino partiendo de un trabajo común con grupos interesados en los problemas de nuestra gente, para alentar su esperanza de redención y revelarles desde ahí su cercanía al Salvador Jesús y a su mensaje evangélico.

5. ¿Qué se va consiguiendo hasta ahora?

Hablar en términos cuantitativos sería como tener una mirada cuantitativa hacia la vida y no una mirada cualitativa. No podríamos hablar de éxitos espectaculares, porque todo proceso educativo de personas es lento, pero sí de un lento despertar en la larguísima transformación del entorno y las personas.

Para ello es mejor recoger lo que las mismas personas dicen en su experiencia, su sentir, sus avances, su gozo...



Andrés —18 años—: “Antes —dice— estaba pensando en la semana que llegara el domingo para ir a la discoteca; ahora me ilusiona más que lleguen el martes y el viernes para estar en la Escuela y charlar de cosas que antes ni me pasaban por la imaginación”.

Antonio —35 años, casado y con dos hijos—. Le daba miedo hablar en las asambleas, y de un tiempo a esta parte sale a los pueblos cercanos a reuniones para preparar el contrato de tomates. Dice: “Esto me gusta, aunque tengo que hacer ver a mi mujer que en esto va nuestro futuro y el de los demás campesinos... Y es que todavía no acaba de ver por qué llego tarde muchas noches a casa”.

Matías, que es estudiante pero que “curra” en el campo, ha hecho tercero de BUP y asiste a la Escuela, ha llegado a descubrir su opción por quedarse en el campo y que sus estudios sirvan a los de su clase. Muy contento manifestaba en una reunión: “Qué contentos estamos porque por primera vez los propios campesinos hemos confeccionado una revista donde decimos lo que pensamos, nuestros problemas, y además mi padre la lee y nos ayuda a hablar en casa de todo ello. Claro que me dice: “Tened cuidado, muchacho...””.

Cuando la última salida de tractores a la carretera por lo del gas-oil, se hicieron unas hojas explicativas de los motivos y lo que se pedía, y, cuando en la Escuela se reflexionaba sobre la acción, Pedro, de 27 años, soltó: “Ahora me he sentido más campesino y más hombre”.

Se podrían ir dando más testimonios, pero como muestra vale un botón. No obstante hay dificultades, fallos, cosa por otra parte necesaria en este caminar. Sí anotar que a nivel colectivo se nota una gran ilusión en los participantes y que

han tomado la Escuela Campesina como algo propio, donde ya organizan, se preocupan de lo que hace falta... es decir, empiezan a sentir y a ser los protagonistas... y esto no es poco en nuestra zona y en nuestro país, donde los campesinos son considerados como “la última sardina de la banasta”.

El Equipo responsable
de la Escuela Campesina.



ROYUELA: SIETE AÑOS DE LUCHA CAMPESINA

Antonio Maté, párroco de Royuela de Río Franco (Burgos), ha enviado a "Corintios XIII" un enjundioso escrito trabajado por el equipo responsable de las actividades culturales del pueblo. Son 29 páginas que publicaremos íntegras en folleto aparte, como estímulo para tantos desencantados que viven como si no hubiese nada que intentar. Para este número de "Corintios XIII" sobre el campo, entresacamos la introducción y el capítulo dedicado a las aulas de la tercera edad, que, con un toque de realismo espe-



ranzado, ellos titulan “Escuela para los desahuciados de la vida”. La Escuela es un momento y una perspectiva de un largo camino que allí siguen haciendo, con su hoja informativa y un periódico comarcal (El Trigarral), con el renacer de sus fiestas patronales, con una cooperativa viva, con sus ciclos de cine... La transformación del pueblo a través de la original forma de elegir el nuevo ayuntamiento, se expresa materialmente en los trabajos comunitarios para la urbanización general del pueblo, que culminará con el ambicioso proyecto del polideportivo.

Toda una muestra de lo mucho que se puede hacer en un pueblo pequeño cuando se tiene ilusión y confianza en la gente. “¿Habríamos de confesar que todo ha sido inspirado, potenciado, revisado y realizado a la única luz y con la única fuerza que nos da el mismo Jesús llamado Cristo?”.

INTRODUCCION

Como a Roma, todos los caminos llevan a Royuela. Sólo que para venir a Royuela hay que hacerse camino. No valen las calzadas romanas (quedan un poco más allá), ni los caminos reales (aquí desconocidos), ni siquiera sirven los “caminos trillados”, a pesar de su agricultura esencial.

Royuela, apellidado de Río Franco medio siglo antes del franquismo, no alcanza hoy los 550 habitantes. Situado al suroeste de la provincia de Burgos, incrustado plenamente en el valle del Cerrato palentino, como pidiendo permiso para asentarse en un rincón, está Royuela.

La geografía lo ha orillado a las extremidades provinciales, donde no suele llegar el desarrollo socio-económico tan fácilmente, y lo ha cerrado muy bien entre severos montículos, pedlados e inhóspitos, para prohibirle enterarse de lo que se cuece en el exterior.

Servidor cayó en este pueblo en octubre de 1972. Me di cuenta en seguida de estar pisando pueblo auténtico. No era sólo el montón de casas de adobe, el montón de más barro por las calles y el río. Aquí me encontré con un conjunto de personas que carecían de los privilegios derivados del dinero, del poder y de la influencia. El pueblo que sufre está aquí.

Cuando se sufre mucho, no suelen quedar ganas de hablar demasiado. Se camina simplemente. El pueblo no tiene voz. Si alguna vez intenta decir algo, queda ahogada su expresión entre las montañas de sus inmensas necesidades y los muros artificiales que levantan “los otros”, los que no son pueblo, impidiendo su liberación.



La observación consciente y crítica, hecha en grupo, de la realidad del pueblo, y el convencimiento adquirido de avanzar a partir de los hechos concretos, motivó el trazado de un proyecto de Comunidad Campesina, con la elección de métodos y medios para llevarlo a cabo.

Se entendió desde el principio que era de todo punto esencial la *participación activa* de todos y cada uno de los habitantes en las sucesivas etapas y en los esfuerzos comunitarios del desarrollo, aunque ello retardase en el tiempo algunas acciones determinadas.

A la vez se entendió que una participación consciente requiere la máxima iniciativa y puesta a punto de la capacidad creadora de los vecinos.

Como método de confrontación se eligió, ya entonces, 1972, la *Asamblea del Pueblo*, donde van a parar todas las iniciativas y desde donde parte toda planificación y posterior desarrollo de acciones.

Si la situación de subdesarrollo en que se encontraba el pueblo en 1972 era patente a todas luces, no era menos clara la convicción de que en el mismo pueblo se escondían energías y potencialidades suficientes para cambiar positivamente esa realidad en todos los aspectos (económico, social, cultural, político, religioso) y construir desde la base de la comunidad campesina una vida digna de seres humanos.

**DESDE EL CAMPO DE CASTILLA
“UNA ESCUELA PARA LOS DESAHUCIADOS
DE LA VIDA”**

Un retrato

Pues nada, que los pueblos, la inmensa mayoría de los pueblos de Castilla la Vieja, se quedan mismamente “viejos”. Tal cual. Y no en sus calles ni en sus fachadas, que esto parece una fiebre de albañilería que nos hubiera entrado, sino viejos en sus gentes, en sus personas. Más del 70 o/o de la población supera los 65 años. Así. Da susto, ¿no?

Y se morirán los pueblos para que vivan las ciudades. Como las madres que mueren al dar a luz...

Royuela no se resigna a morir de viejo. Ni es este pueblo caso único. Pero yo he de contar lo que vivo más de cerca. *Royuela de Río Franco* se ha quedado sin mozas en cinco años. Mozos hay una docena —en 1975 pasaban de ciento veinte—, a los que la tierra “les va un montón”. No para novia, dése por entendido.

Cada fin de curso, el pueblo es una sangría dolorosa de chicos y de chicas. Ellas, “a servir”, como siempre hicieron, aunque ahora quieran llamarlo de otro modo desde la urbe, para consolar al campo y asegurarse para la ciudad manos que frieguen, planchen y cocinen. Ellos, a buscar una Escuela Profesional, si hay suerte de beca, o “a tirar de pico y pala” como quien dice. Claro que, forzando los motivos —trabajo en el campo, fiesta en el pueblo, funeral por el amigo...—, aquí se nos vienen mozos y mozas, apretando las horas con la misma intensidad que el de la “mili” en un “rebaje” de fin de semana.

Pero no vamos a estar viviendo de escapadas. Hay que hacer frente a la realidad de cada día.

Y la realidad es que en Royuela podemos presumir de contar con más de cien “viejos” (¿habré de explicar que aquí “viejos” va cargado de inmenso respeto, cercanía, comprensión y cariño?). Los viejos están permanentes, quietos, contando las horas del reloj de la torre, envidiosos del ruido de los tractores que ellos no pudieron usar, apoyando en la cachaba mil nostalgias.

Un reto

Ya sé que un montón de viejos así, a nivel de sociedad, son capaces de despertar inquietudes de todo tipo. Puede un político de turno subirles las pensiones para ganarles la voluntad del voto en elecciones generales. Se puede construir magníficas residencias para que acaben felizmente sus días y quitarse de paso mucha incomodidad de en medio. Pueden crearse, incluso desde la mejor voluntad y eficacia, unas “Aulas de Tercera Edad” —parece la moda del momento— “para difundir la cultura y ayudar a los mayores a conseguir un nivel mejor de vida”.

Todo es bueno, desde el lado que es bueno. Y nosotros mismos echamos mano de estas cosas. Tenemos en Royuela una extensión rural de las Aulas de Tercera Edad, de Burgos, que viene funcionando, y bien, en su segundo curso. Gracias a la organización de las Aulas hemos podido realizar cantidad de actividades, viajes culturales, sobre todo.

Pero hemos de confesar con la misma honradez que a nosotros el interrogante nos surgió desde otro ángulo.

¿Un desahucio? Una Escuela Campesina para viejos.

En Royuela, los médicos, los maestros y el cura son amigos también, aunque no tengan sus reuniones “de rebotica”. Hablan con todos y de todo. “Metén las narices” en todo, porque piensan que están al servicio común del pueblo. Lógico que a veces puedan “meter la pata”...

Pues, a médicos, maestros y cura nos comía el alma la situación real de los viejos, “los parados forzosos de la vida”, “los retirados de la circulación”, “los que ya no valen para nada”. Los que, a fuerza de sentir los empujones, llegan a cansarse de la vida y desean... que “Dios les lleve cuanto antes”.

Con ellos, con los viejos y para ellos, pensamos y pusimos en práctica, en octubre de 1978, una Escuela Campesina. A la que, en determinada reunión, se nos ocurrió “bautizarla”, con todo amor, como “Escuela para los desahuciados de la vida”.

Nosotros sentimos la llamada desde la Palabra: “Ha escogido El lo débil del mundo para confundir a los fuertes. Ha escogido El a los ignorantes para confundir a los sabios. Ha escogido El lo despreciable del mundo para realizar su obra”. Algo así. Y nos pusimos a trabajar.

Unos objetivos

No queríamos darles nada ni enseñarles nada a nuestros viejos. Si acaso aprenderíamos mutuamente unos de otros. Partimos de un presupuesto más que económico: los viejos pueden construirse la felicidad, son útiles a la sociedad “todavía”, tienen derecho y garra para ser protagonistas de la marcha del pueblo, junto a los otros grupos. La persona vale por ser persona, no por ser más joven, más guapo o más rico.

Un estilo

Cada pueblo tiene su “deje” y sus costumbres. Cada cojo “cojea” a su manera. Nuestra Escuela se sirve de dos “muletilas”, fundamentalmente: las tertulias y los viajes.

Los viejos, en su “actividad sedentaria”, cultivan como nadie el diálogo sin prisas. Por eso practicamos dos reuniones semanales con seminarios de todo cuanto existe bajo el sol: arte, literatura, geografía, psicología, higiene, partidos políticos, biblia...

Pero los viejos necesitan y quieren moverse. ¡Y cómo se mueven! Con ellos hemos recorrido, en un curso y medio, Avila, Burgos, León, Madrid, Rioja, Salamanca, Santander, Segovia... Increíble, ¿no? Pues que os lo cuenten ellos. Y, si no, que hablen las piedras de las catedrales y de las plazas, de los castillos y de las murallas de todas esas ciudades visitadas.

Un balance

Entendemos que esto no es “la purga Benito” para solucionar la problemática de la vejez. Tampoco es un mero pasatiempo para ratos perdidos. Es sencillamente una experiencia más. Demuestra que merece la pena vivir mientras haya un hálito de vida; que merece la pena esforzarse mientras quede una piedra por remover; que vale la pena dedicar las mejores energías a evangelizar mientras haya una sola persona a quien acercarse.

Hay frutos que se tocan: “Yo he vuelto a sonreír después de 32 años”, nos decía un viejo, alumno de la Escuela. “Nos

estamos moviendo más que cuando éramos jóvenes”, dice otra mujer. “Parece que en la familia y en el pueblo nos miran con más respeto” y... “hasta con envidia”; siguen dialogando, mientras caemos en la cuenta de haber descubierto valores cristianos en quehaceres monótonos y simplones.

Hay fallos a corregir: excesivo protagonismo de los monitores, “tirando” demasiado de la organización; demasiada “paciencia” amontonada y envejecida en ellos, los viejos, que “aguantan lo que les echas”.

Lo importante es que seguimos. Y cada día con crecida esperanza. No sabemos a dónde nos llevará la experiencia. Sí podemos confesar humildemente nuestra fe:

“Creemos que muchos viejos recuperan juventud”.

“Creemos que el trabajo honrado impide envejecer”.

“Creemos que merece la pena luchar hasta el final por aquello en lo que se cree”.

“Creemos que todo es posible para el que lucha y espera”.

“Creemos en la vida”.

Por el grupo de responsables,

Antonio Maté



BIBLIOGRAFIA

Responsable de la Sección:
Raimundo Rincón

TEXTOS DEL MAGISTERIO ECLESIASTICO

JUAN XXIII, *Mater et Magistra* (15-5-961).

La encíclica consagra una sección de la tercera parte a “la agricultura, sector deprimido”. El papa comienza por analizar las relaciones con otros sectores de la economía:

“Ante un problema de tanta importancia, que afecta a casi todos los países, es necesario investigar primeramente los procedimientos más idóneos para reducir las enormes diferencias que en materia de productividad se registran entre el sector agrícola y los sectores de la industria y los servicios; hay que buscar, en segundo término, los medios más adecuados para que el nivel de vida de la población agrícola se distancie lo menos posible del nivel de vida de los ciudadanos que obtienen sus ingresos trabajando en los otros sectores aludidos; hay que realizar, por último, los esfuerzos indispensables para que los agricultores no padezcan un complejo de inferioridad frente a los demás grupos sociales, antes, por el contrario, vivan persuadidos de que también dentro del ambiente rural pueden no solamente consolidar y perfeccionar su propia personalidad mediante el trabajo del campo, sino además mirar tranquilamente el porvenir”.

Después de analizar el desarrollo adecuado de los servicios públicos más fundamentales y de todo el sistema económico, expone los capítulos



que ha de atender una cuidadosa política económica en materia agrícola: imposición fiscal, créditos, seguros sociales, precios, promoción de industrias complementarias y reforma de la empresa agrícola. Especialmente se pone de relieve que los agricultores deben ser los protagonistas de su elevación económica y social:

“Estamos persuadidos, sin embargo, de que los autores principales del desarrollo económico, de la elevación cultural y del progreso social del campo deben ser los mismos interesados, es decir, los propios agricultores. Estos deben poseer una conciencia clara y profunda de la nobleza de su profesión. Trabaja, en efecto, en el templo majestuoso de la creación y realizan su labor, generalmente, entre árboles y animales, cuya vida, inagotable en su capacidad expresiva e inflexible en sus leyes, es rica en recuerdos del Dios creador y providente. Además, la agricultura no sólo produce la rica gama de alimentos con que se nutre la familia humana, sino proporciona también un número cada vez mayor de materias primas a la industria.

Más aún, el trabajo del campo está dotado de una específica dignidad, ya que utiliza y pone a su servicio una serie de productos elaborados por la mecánica, la química y la biología, productos que han de ponerse al día, sin interrupción alguna, de acuerdo con las necesidades de la época, dada la repercusión que en la agricultura alcanzan los progresos científicos y técnicos. Y no es esto todo. Es un trabajo que se caracteriza también por una intrínseca nobleza, ya que exige del agricultor conocimiento certero del curso del tiempo, capacidad de fácil adaptación al mismo, paciente espera del futuro, sentido de la responsabilidad y espíritu perseverante y emprendedor”.

Se subraya también la solidaridad y colaboración entre los cultivadores del campo, conscientes de que han de subordinar sus intereses a las exigencias del bien común:

“Los trabajadores agrícolas, de la misma manera que los de los restantes sectores de la producción, al hacer sentir todo el peso de su importancia económica, deben proceder necesariamente sin quebranto alguno del orden moral y del derecho establecido, procurando armonizar sus derechos y sus intereses con los derechos y los intereses de las demás categorías económicas profesionales, y subordinar los unos y los otros a las exigencias del bien común. Más aún, los agricultores que viven consagrados a elevar la riqueza del campo, pueden pedir con todo derecho que los gobernantes ayuden y complementen sus esfuerzos, con tal que ellos, por su parte, se muestren sensibles a las exigencias del bien común y contribuyan a su realización efectiva”.

Juan XXIII, fiel a sus orígenes, exalta una vez más la nobleza del trabajo agrícola:

“En el trabajo del campo encuentra el hombre todo cuanto contribuye al perfeccionamiento decoroso de su propia dignidad. Por eso, el agricultor debe concebir su trabajo como un mandato de Dios y una misión excelsa. Es preciso, además, que consagre esta tarea a Dios providente, que dirige la historia hacia la salvación eterna del hombre. Finalmente, ha de tomar sobre sí la tarea de contribuir con su personal esfuerzo a la elevación de sí mismo y de los demás, como una aportación a la civilización humana”.

(Texto completo en “Ocho grandes mensajes”, B.A.C., Madrid 1974, sexta edición, nn. 123-149, pp. 163-171).

VATICANO II, *Gaudium et spes* (7-12-1965).

Problema de los latifundios (n. 71, 6).

“En muchas regiones económicamente menos desarrolladas existen posesiones rurales extensas y aun extensísimas mediocramente cultivadas o reservadas sin cultivo para especular con ellas, mientras la

mayor parte de la población carece de tierras o posee sólo parcelas irrisorias y el desarrollo de la producción agrícola presenta caracteres de urgencia. No raras veces los braceros o los arrendatarios de alguna parte de esas posesiones reciben un salario o beneficio indigno del hombre, carecen de alojamiento decente y son explotados por los intermediarios. Viven en la más total inseguridad y en tal situación de inferioridad personal, que apenas tienen ocasión de actuar libre y responsablemente, de promover su nivel de vida y de participar en la vida social y política. Son, pues, necesarias las reformas que tengan por fin, según los casos, el incremento de las remuneraciones, la mejora de las condiciones laborales, el aumento de la seguridad en el empleo, el estímulo para la iniciativa en el trabajo; más todavía, el reparto de las propiedades insuficientemente cultivadas a favor de quienes sean capaces de hacerlas valer. En este caso deben asegurarse los elementos y servicios indispensables, en particular los medios de educación y las posibilidades que ofrece una justa ordenación de tipo cooperativo. Siempre que el bien común exija una expropiación, debe valorarse la indemnización según equidad, teniendo en cuenta todo el conjunto de las circunstancias”.

JUAN PABLO II, *En Cuilapán, con los campesinos* (29-1-1979).

El papa, con alegría y agradecimiento a los hermanos indígenas y campesinos, y asumiendo la línea de Juan XXIII, Pablo VI y el Vaticano II, denuncia:

“El mundo deprimido del campo, el trabajador que con su sudor riega también su desconsuelo, no puede esperar más a que se reconozca plena y eficazmente su dignidad no inferior a la de cualquier otro sector social. Tiene derecho a que se le respete, a que no se le prive —con maniobras que a veces equivalen a verdaderos despojos— de lo poco que tiene; a que no se impida su aspiración a ser parte en su propia elevación. Tiene derecho a que se le quiten las barreras de explotación, hechas frecuentemente de egoísmos intolerables y

contra los que se estrellan sus mejores esfuerzos de promoción. Tiene derecho a la ayuda eficaz —que no es limosna ni migajas de justicia— para que tenga acceso al desarrollo que su dignidad de hombre y de hijo de Dios merece”.

La situación no puede continuar y urge la transformación del medio:

“Hay que actuar pronto y en profundidad. Hay que poner en práctica transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes (“Populorum progressio”, 32)”.

El papa reitera la importancia y gran dignidad del mundo agrícola y las no pequeñas dificultades que comporta el trabajo del campo. Con gran realismo señala los defectos y virtudes de sus gentes:

“Un mal bastante extendido es la tendencia al individualismo entre los trabajadores del campo, mientras que una acción mejor coordinada y solidaria podría servir de no poca ayuda...”

A pesar de todo ello, el mundo campesino posee riquezas humanas y religiosas envidiables: un arraigado amor a la familia, sentido de la amistad, ayuda al más necesitado, profundo humanismo, amor a la paz y convivencia cívica, vivencia de lo religioso, confianza y apertura a Dios, cultivo del amor a la Virgen, y tantos otros. Es un merecido tributo de reconocimiento que el Papa quiere expresar y al que sois acreedores por parte de la sociedad. Gracias, campesinos, por vuestra valiosa aportación al bien social, la humanidad os debe mucho. Podéis sentir os orgullosos de vuestra contribución al bien común”.

El encuentro termina con una llamada apremiante:

“Responsables de los pueblos, clases poderosas que tenéis a veces improductivas las tierras que esconden el pan que a tantas familias falta, la conciencia humana, la conciencia de los pueblos, el grito de los desvalidos y, sobre todo, la voz de Dios, la voz de la Iglesia os repiten conmigo: no es justo, no es humano, no es cristiano continuar con ciertas situaciones claramente injustas. Hay que poner en práctica medidas reales, eficaces, a nivel local, nacional e internacional, en la amplia línea marcada por la encíclica ‘Mater et Magistra’ (parte tercera). Y es claro que quien más debe colaborar en ello es quien más puede”.

(Texto íntegro en “Palabras de Juan Pablo II en América”, PPC, Madrid 1979, pp. 79-83).

CONFERENCIA EPISCOPAL CHILENA, *La tierra, al servicio del hombre*.

Una vez más los obispos dirigen su palabra solidaria y fraternal a todos los que laboran en el campo chileno: a los asignatarios de tierras y a los que no quedaron asignados; a los asalariados, a los minifundistas y a los pequeños propietarios, a los empresarios agrícolas y a todos los que, por un motivo o por otro, tienen que ver con la producción agrícola y con el bienestar de los campesinos.

El documento describe la visión de la realidad campesina desde la perspectiva de los obispos: virtudes, defectos y problemas; el contexto mundial y nacional; el predominio de los valores económicos; la situación económica; la tenencia de la tierra; la situación del asignado; la situación sociocultural.

De toda esta realidad, problemática y compleja, los obispos hacen una lectura “desde el punto de vista de nuestra fe, a la luz del Evangelio”, para exponer la tarea bien clara que tenemos todos: desarraigar el pecado personal y “desarmar —sin violencia, sin odio, pero con firmeza, con constancia— las estructuras de pecado que nos aprisionan y construir todos

juntos un orden social en que los hombres sean libres, en que todos participen responsablemente, que dé bienestar y servicio a todos”.

En el apartado que titulan “invitación a la acción”, los obispos señalan las acciones que los distintos sectores deben emprender:

“La liberación de que hemos hablado –liberación del pecado personal y liberación del pecado colectivo– tiene que manifestarse en la vida y en la historia. Dios cuenta con nuestra participación, con nuestro trabajo, con nuestro esfuerzo, con nuestra paciencia. Ese Reino de Dios, cuyas grandes líneas él nos ha propuesto, nosotros debemos construirlo aquí y ahora.

Lo primero será la conversión de nuestro propio corazón. Tenemos que hacernos responsables de nuestra propia vida, no seguir siendo meros juguetes de los acontecimientos. Somos sujetos, activos constructores de la historia, no simples objetos pasivos. Debemos abrir nuestro corazón al amor, ver en todos los hombres nuestros hermanos, abrimos a sus necesidades, hacernos solidarios de sus problemas. Ser personas libres y responsables, empeñados en crecer y hacer crecer a los que nos rodean...

Ustedes deben poner la tierra al servicio del hombre, ya que para eso la hizo el Señor. Los invitamos, por lo tanto, a que, como cristianos, pongan su esfuerzo en mejorar la producción. Para eso les urgimos a estudiar con tesón, a prepararse con ahínco, a llegar a dominar todas las técnicas agrícolas que les sean necesarias, como también todo lo referente a la comercialización de los productos, para que cumplan plenamente su función de alimentar al país, o de producir para la exportación aquello con cuyo producto el país pueda comprar lo que pudiera ser necesario o conveniente traer de afuera.

Les invitamos, por fin, a dedicarse a sus organizaciones campesinas, a cooperar con ellas, a aceptar en ellas cargos de responsa-

bilidad. La unión es la fuerza de los débiles. Ustedes lo saben y deben promover y defender sus organizaciones. La Iglesia católica es solidaria con ustedes, campesinos, que son parte de ella. Hemos recorrido juntos cuatro siglos de historia”.

Especial relieve hay que prestar a las frases dirigidas a las autoridades responsables de la política agraria:

“No se puede sacrificar ni a un solo hombre, ni mucho menos a un importante sector de la población, al logro de metas, aunque éstas fueran favorables para los demás. A ustedes les corresponde apoyar al campesinado, hasta que logre un nivel que le dé las mismas oportunidades que a los demás”.

Singularmente iluminadoras nos parecen las palabras de reconocimiento y requerimiento a los empresarios y patrones agrícolas:

“Sabemos lo que algunos de ustedes hicieron en otros tiempos por el bien de los trabajadores de sus campos. Sabemos que se inspiraban para hacerlo en esa misma formación religiosa que muchos de ustedes recibieron en sus hogares, muchas veces profundamente religiosos, y en los colegios de la Iglesia. Sabemos también que no ha sido fácil, para muchos de ustedes, adaptarse a la nueva mentalidad campesina, a la adultez del mundo trabajador. Ustedes estaban más habituados a la beneficencia que al cumplimiento de la justicia. Les pedimos que, profundizando en su fe, sepan reconocer en los trabajadores asalariados, sean ellos temporales o permanentes, colaboradores suyos con igual dignidad de hijos de Dios, y que merecen respeto. Les pedimos que reconozcan a los sindicatos agrícolas, que cooperen con ellos, que busquen juntos una mayor justicia, que alimenten la participación de todos en la construcción del bienestar y de la paz en el agro”.

He aquí, por último, las conclusiones de este documento episcopal de apoyo y aliento a los campesinos:

“Queremos que sean ustedes mismos los sujetos, los agentes de su propia liberación personal y familiar, económica y social, cultural y política.

A ustedes, presbíteros y diáconos, religiosos y religiosas que trabajan con los campesinos, les pedimos que sean en medio de ellos los testigos del amor de Dios, que compartan la vida y el quehacer del campesinado, que al evangelizarlo lo liberen, que al liberarlo lo lleven a participar, y que participando en la construcción del Reino de Dios aquí en la Tierra, ustedes y los campesinos chilenos lleguen a la comunión con Dios en la eternidad”.

(Texto íntegro en “Ecclesia” núm. 1959, del 24-11-1979; también en “La tierra, la política y el compromiso cristiano”, PPC, Madrid 1980, pp. 21-34).

EPISCOPADO BRASILEÑO, *La Iglesia y los problemas de la tierra.*

La XVIII Asamblea General Extraordinaria, celebrada del 5 al 14 de febrero de 1980, se dedicó preferentemente a estudiar los problemas de la tierra. Como resultado se aprobó un extenso documento, dividido en tres partes: la realidad de los hechos; fundamentación doctrinal; nuestro compromiso pastoral. Reproducimos algunos extractos de esta última parte.

“Dios continúa velando por su pueblo y nos interpela a través de la vida de su pueblo. ¿Qué haremos para que la tierra sea un bien de todos? ¿Qué haremos para que la dignidad de la persona humana sea respetada? ¿Qué haremos para que la sociedad brasileña consiga superar la injusticia institucionalizada y rechace las opciones políticas antievangélicas?”.

Para que la iglesia sea señal del amor de Dios por los hombres, debe responder con acciones concretas a este desafío:

“Queremos, como primer gesto, procurar someter el problema de la posesión y el uso de los bienes de la Iglesia a un examen y a una constante revisión en cuanto a su destino pastoral y social, evitando la especulación inmobiliaria y respetando los derechos de los que trabajan la tierra.

Asumimos el compromiso de denunciar situaciones abiertamente injustas y violentas que se comentan en áreas de nuestras diócesis y prelaturas, y de combatir las causas generadoras de tales injusticias y violencias, en fidelidad con los compromisos asumidos en Puebla. Reafirmamos nuestro apoyo a las justas iniciativas y organizaciones de los trabajadores, poniendo nuestras fuerzas y nuestros medios al servicio de su causa, también en conformidad con los mismos compromisos. Nuestra actuación pastoral, cuidando de no sustituir las iniciativas del pueblo, estimulará la participación consciente y crítica de los trabajadores en los sindicatos, asociaciones, comisiones y otras formas de cooperación, para que sean realmente organismos autónomos y libres, defendiendo sus intereses y coordinando las reivindicaciones de sus miembros y de toda su clase.

Como ya hemos definido en varias oportunidades, apoyamos los esfuerzos de los hombres del campo para lograr una auténtica reforma agraria, que les posibilite el acceso a la tierra en condiciones favorables para su cultivo. Para efectivizarla, queremos valorizar, defender y promover los regímenes de propiedad familiar, de posesión, de propiedad comunitaria, en los que la tierra es concebida como instrumento de trabajo. Apoyamos igualmente la movilización de los trabajadores para exigir ya sea la aplicación o la reformulación de las leyes existentes, o la conquista de una política laboral agraria y de seguridad social que responda a los anhelos de la población...

Nos empeñamos en defender y promover las legítimas aspiraciones de los trabajadores urbanos —muchos de ellos expulsados del campo— en relación a sus derechos a una existencia digna de la persona humana, especialmente en lo que se refiere a los derechos de terreno y vivienda —alterando el régimen de propiedad urbana y de especulación inmobiliaria— y al derecho fundamental al trabajo y a su justa remuneración.

Nos comprometemos a condenar, de acuerdo con el documento de Puebla, tanto al capitalismo, cuyos efectos funestos fueron en parte señalados en este documento, como al colectivismo marxista de cuyas perversidades tenemos noticias en otros países.

Renovamos nuestro compromiso de profundizar las comunidades eclesiales (rurales y urbanas) y la vivencia del Evangelio —convencidos de su fuerza transformadora— como la manera más eficaz de la Iglesia para colaborar con la causa de los trabajadores”.

Los obispos del Brasil advierten también de la urgencia y trascendencia de su pronunciamiento, ya que se atribuye hoy a la agricultura la grave responsabilidad de atender a las exigencias energéticas alternativas y la imperiosa necesidad de aumentar nuevas exportaciones:

“Tememos que el desempeño de estas tareas sirva de nuevo pretexto para atropellar los derechos de los humildes, en cuya defensa asumimos nuestro compromiso de pastores. Ese recelo no es infundado. Entre las formas de neocolonialismo denunciadas por Juan Pablo II aparece hoy como amenazadora una organización de la economía internacional que confiere al Brasil y a otras naciones subdesarrolladas la función de abastecedoras de alimentos y materias primas de origen agrícola para las naciones que controlan aquella economía”.

La tarea debe ser de todos y de todas las comunidades:

“Constantemente reanimados por nuestro recuerdo de la promesa y la certeza de liberación hecha por el Señor, vivida en comunidad y celebrada en el misterio de la Eucaristía, los cristianos cumplirán entre sus hermanos trabajadores su misión de fermento, de sal y luz. Así, la Iglesia contribuirá permanentemente a la construcción del Hombre Nuevo, base de una nueva sociedad”.

JUAN PABLO II, *Sobre el paro y la dignidad del trabajo*. (Encuentro con los obreros de Saó Paulo, 3-7-1980).

En momentos en que el paro parece constituir la primera y endémica tara de nuestra sociedad, las palabras del papa adquieren enorme interés:

“El trabajo es un servicio, un servicio para vuestras familias y la ciudad toda, un servicio en el cual el hombre mismo crece en la medida en que se da a los demás. El trabajo es una disciplina en la que se fortalece la personalidad. La primera y fundamental aspiración vuestra es, por tanto, trabajar.

¡Cuántos sufrimientos, cuántas angustias y miserias no causa el paro! Por esto, la primera y fundamental preocupación de todos y cada uno, hombres de gobierno, políticos, dirigentes de sindicatos y capitanes de empresas, debe ser ésta: dar trabajo a todos. Esperar la solución del problema como el resultado más o menos automático de un orden y de un desarrollo económico, cualesquiera que éstos sean, en los cuales la ocupación aparezca como una consecuencia secundaria, no es realista y, por tanto, no es admisible. Teoría y praxis económica deben tener el coraje de considerar la ocupación y sus modernas posibilidades como un elemento central de sus objetivos”.

La iglesia proclama y defiende el derecho al trabajo y los derechos de los trabajadores, porque en el trabajo está en juego el hombre y su dignidad.

“Y lo hace con profunda y ardiente convicción, tanto más por convertirse para ella el hombre que trabaja en colaborador de Dios. Hecho a su imagen, recibió la misión de gobernar el Universo para desarrollar su riqueza y garantizar su destino universal, para unir a los hombres en un servicio mutuo y en la creación común de un sistema de vida digno y hermoso para la gloria del Creador”.

Esboza una síntesis de la concepción cristiana del trabajo, que hace de los hombres colaboradores de Dios en la continuación de la obra de la creación, asocia más estrechamente a la redención que Cristo realizó por medio de la cruz e impulsa a sentirse solidarios con todos los hermanos:

“Es ésta la concepción cristiana del trabajo. Parte de la fe en Dios Creador y, mediante Cristo Redentor, llega a la edificación de la sociedad humana, a la solidaridad con el hombre. Sin esta visión, cualquier esfuerzo, incluso el más tenaz, es deficiente y caduco. Está destinado a defraudar, a fracasar. Construid, pues, sobre esta base. Y si os dijese que para defender las conquistas del trabajo es necesario prescindir en parte o incluso eliminar esta visión cristiana de la existencia, no los creais. El hombre sin Dios y sin Cristo construye sobre la arena. Traiciona el propio origen y la propia nobleza. Y, por último, llega a perjudicar al hombre, a ofender al hermano”.

(Texto íntegro en “Ecclesia” núm. 1991, del 19 y 26-7-1980, 22-25).

OBISPOS DE LA PROVINCIA ECLESIASTICA DE GRANADA, *El trabajador temporero* (25-7-1980).

La pastoral intenta aproximarse al fenómeno del “temporerismo” no con la pretensión de “hacer un análisis de la sociedad que engendra temporeros ni aumentar inútilmente el agobio de problemas que ya padecen nuestras gentes”, sino para interesar a todos en el análisis y comprensión del volumen total del problema. Pero ¿de quién se trata en concreto?

“De muchedumbres de hombres sin tierra en la que echar raíces; de hombres que corren el riesgo de ser considerados meramente como ‘mano de obra’, que en el juego de las leyes de la economía son el exceso de fuerza de trabajo en ciertas regiones o zonas subdesarrolladas atraídas por la demanda en otras superdesarrolladas y deficitarias en material humano para épocas de producción transitoria... Muchos de estos hombres son ‘temporeros perpetuos’. Tienen ‘puesta la casa en el pueblo o el piso en el barrio’, pero sólo viven en él escasos meses del año. Así no tienen asiento en ninguna parte: ni en el pueblo, porque allí no tienen nada que hacer; ni a donde van, porque no es su pueblo”.

Los obispos describen superficial y sumariamente las pruebas y dificultades de estos hombres, de sus familias y, especialmente, de los niños. Por último, sugieren “ciertas acciones preferenciales”:

- “1. Analizar el volumen de personas y la problemática de este género específico de emigración que es el ‘temporerismo’. Tomar y hacer conciencia a todas las comunidades cristianas de lo que es y supone este fenómeno social.
2. Estar presente con humildad y con eficacia. El mejor modo: facilitar e invitar a sacerdotes, religiosas, militantes cristianos, seminaristas, a que vayan a la temporada y allí den testimonio de su fe y de su compromiso.
3. Creación de ‘puentes’ entre las iglesias de origen y de llegada, que permitan una adecuada y continua acción pastoral...
4. Atención especial al problema sociocultural y catequético que plantea el trabajo de los niños, su falta de escolarización, de promoción profesional y de formación cristiana”.

(Texto íntegro en “Ecclesia” núm. 1993, de 9-8-1980, 14-15).

BOLETIN BIBLIOGRAFICO

NOTA. Nos limitamos a indicar simplemente algunos materiales útiles, ya que la bibliografía es muy copiosa.

1. Obras de carácter general.

ALONSO, V.L. y otros, *Crisis agrarias y luchas campesinas 1970-1976*. Editorial Ayuso (1976).

ANLLO, J., *Estructura y problemas del campo español*. Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid 1966.

ANONIMAS Y COLECTIVAS, *La agricultura en la política de desarrollo regional en España*. Instituto de Estudios Agro-sociales, Madrid 1974.

ANONIMAS Y COLECTIVAS, *Situación y perspectiva de la agricultura familiar en España*. Ministerio de Agricultura (1977).

BALLESTER ROS, I., *La despoblación del campo y el estancamiento de la infraestructura rural*. Revista de Información Comercial Española núm. 549 (1979).

BUENO GOMEZ, M., *La reforma de las estructuras agrarias en las zonas de pequeña y mediana propiedad*. Revista Agricultura y Sociedad núm. 7 (1978).

CARBONELL DE MASY, R., *La función comercial de las cooperativas agrarias*. Autor. Zaragoza 1977.

- CARRION PASCUAL, *La reforma agraria de la II República y la situación actual de la agricultura española*. Ed. Ariel, Barcelona 1973.
- CAZORLA, J., *Problemas de estratificación social en España*. Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid 1973.
- HOBBSBAMM, E.J. y ALAVI, L., *Los campesinos y la política. Las clases campesinas y las lealtades primordiales*. Ed. Anagrama (Cuadernos 128), Barcelona 1976.
- LEAL, J.L., *La agricultura en el desarrollo capitalista español 1940-70*. Ed. Siglo XXI (1977).
- LOPEZ DE SEBASTIAN, J., *Política agraria en España 1820-1970*. Ed. Guadiana (1970).
- NAREDO, J.M., *La evolución de la agricultura en España. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales*. Ed. Estela, Barcelona 1971.
- ORTEGA, N., *Política agraria y dominación del espacio*. Ed. Ayuso, Madrid 1979.
- PEREZ DIAZ, V., *Pueblos y clases sociales en el campo español*. Ed. Siglo XXI (1974).
- TAMAMES, R., *Sistemas de apoyo a la agricultura: España y los países de la Comunidad Económica Europea*. Instituto de Desarrollo Económico, Madrid 1970.
- VARIOS, *La incorporación de la agricultura española al Mercado Común Europeo*. As. Española de Economía y Sociología Agraria. Madrid 1977.

WOLF, E.R., *Los campesinos*. Ed. Labor (Nueva Colección Labor), Barcelona 1971.

2. Algunas obras de pastoral rural.

AA. VV., *La evangelización del mundo rural*. Nova Terra, Barcelona.

AA. VV., *Los cristianos en el mundo rural*. ICES, Barcelona.

AA. VV., *Movimiento rural de adultos, ¿qué es?* Bruño, Madrid.

BOULARD, F., *Problemas misioneros del mundo rural*. ICES, Barcelona.

BOULARD, F., *Mundo rural y compromiso cristiano*. ICES, Barcelona.

CORDOBA, J.M., *Análisis crítico y movimientos de base en la pastoral*. Edicep, Valencia.

3. Revista de revistas.

PASTORAL MISIONERA, *Evangelizar en un mundo rural en cambio* (1973/8).

El número sigue teniendo validez; especialmente recomendamos la lectura de estos dos artículos: *La evangelización en el mundo rural*, de F. Fernández García, y *Mundo rural, juventud y fe*, de J.M. Blacells.

NOTICIAS OBRERAS núm. 737 (15-6-1978), Boletín HOAC.

Dedica el "Tema de la quincena" a *La lucha de clases en el campo* (pp. 11-22). En una serie de sueltos se analizan los temas siguientes: las clases sociales en el campo español; la lucha de clases en el campo; organizaciones y sindicatos campesinos; alternativa sindical para el momento actual; los partidos y sus programas agrarios.

MISION ABIERTA 72 (1979/1), *Ser cristianos en la actual sociedad española*.

Del número destacamos la sección “Una experiencia entre campesinos” (pp. 111-128), localizada en la zona rural salmantina llamada “bolsa de la pobreza” y “frontera del subdesarrollo” de Europa. La experiencia, titulada “... esperamos una tierra nueva...”, está narrada con un vigor en su análisis y un aliento profético difícilmente superables.

RESEÑA DE LIBROS LLEGADOS A LA REDACCION

A. GEHLEN, *El hombre. Su naturaleza y lugar en el mundo*. Sígueme (Hermeneia 15), Salamanca 1980.

Se trata de una obra que puede considerarse clásica, aunque se publicó en Alemania en 1974. El autor piensa que el hombre tiene que dar una interpretación de su ser y, partiendo de ella, tomar una posición y ejercer una conducta con respecto a sí mismo y a los demás. Estamos ante una obra filosófica y científica, que se mantiene con mucho cuidado dentro del ámbito de la experiencia, del análisis de hechos o resultados que están al alcance de cualquiera, al margen de cualquier interpretación metafísica o teológica. El interés especial del libro reside en que desarrolla una concepción del hombre sin recurrir a categorías extrahumanas, sino sirviéndose de conceptos muy específicos y sólo aplicables a la interpretación de la esencia del hombre. Hemos de añadir que la lectura y manejo de esta obra debe considerarse imprescindible para cuantos deseen aproximarse a la apasionante tarea de autocomprender la existencia humana.

AA. VV., *De dos en dos*. Apuntes sobre la fraternidad apostólica. Sígueme (Nueva Alianza 76), Salamanca 1980.

La obra se gestó en las jornadas de delegados del clero en Majadahonda en 1979. Durante largos años los sacerdotes y las

comunidades cristianas hemos vivido una etapa de tanteos, de ensayos de nuevas formas de presencia, de exploración misionera a veces arriesgada, buscando recuperar sencillez y a la vez incidencia histórica, en medio de los hombres y la sociedad. Pero hay reflejadas aquí unas intuiciones muy luminosas y reconfortantes:

Ante todo, la experiencia espiritual, comunitariamente compartida, del paso de Dios por la entraña de las comunidades sacerdotales invitándonos a repensarnos desde Jesús y recuperar en él y por él las razones últimas de nuestra esperanza. Pero esta corriente evangélica necesita un clima, un contexto y unas condiciones. No es fácil vivir la esperanza cristiana a la intemperie. La fraternidad apostólica, en conmemoración de la vida de Jesús, puede ofrecernos la posibilidad.

El libro, que los autores presentan con excesiva modestia, pretende dar cauce a esta intuición. Más que de un libro para la simple lectura, se trata de unos apuntes para el trabajo personal y de grupo, para la relectura de las situaciones que se viven y para la conmemoración, en la vida de las fraternidades apostólicas, del estilo de Jesús.

El material de trabajo se divide en tres partes:

La primera resume y comenta la evaluación colectiva, sobre la situación sacerdotal hoy, realizada por los delegados diocesanos del clero, de formación permanente o por quienes en las diócesis atienden estos servicios. Los datos se enmarcan en la situación histórica actual del mundo, de la iglesia y de los sacerdotes.

La segunda parte es una lectura de la fraternidad apostólica desde el nuevo testamento (M. LEGIDO) y desde la realidad histórica de hoy (F. BELLIDO).



La tercera, a modo de apuntes para el desarrollo de nuestra fraternidad, describe estilos de contemplación y de encuentro para hacer el camino edificando la iglesia: la experiencia del Señor en el encuentro con él (U. DE LAS HERAS); para encontrarnos con el Señor en el camino (C. OSORO-SIERRA); el encuentro con los hermanos (F. FERNANDEZ ALIA); fraternidades al servicio de la edificación de la iglesia (F. FERNANDEZ ALIA); al encuentro de la teología apostólica desde la vida de la comunidad (J. TAPIA).

La obra se cierra con una serie de guiones para la lectura personal y trabajos de grupo. Sinceramente recomendamos su lectura, convencidos de que puede prestar una gran ayuda, especialmente en tiempos de crisis, en los que se impone el retorno al evangelio.

A. DONVAL, *Un porvenir para el amor. Una nueva ética de la sexualidad*. Ed. Paulinas, Madrid 1978.

El autor, profesor de teología moral y formado en psicología social, está abierto a las indicaciones de las ciencias humanas, hace crítica de las morales constituidas, pasadas y presentes, y se propone redescubrir la inspiración evangélica de la moral cristiana.

Si queremos ser realistas, hemos de reconocer que las instituciones son cada vez menos las guardianas de las relaciones entre hombre y mujer. Hay quienes reivindican la sexualidad como un bien individual sin necesaria relación con el amor. Por otra parte, las bellas declaraciones y los viejos entredichos son insuficientes para favorecer una cultura del amor.

Partiendo de estos datos y de las inquietudes de las generaciones jóvenes, A. DONVAL desvela la apremiante necesidad de una ética del amor. La moral sexual de los tabúes probablemente ha

quedado rebasada. Pero en nuestra sociedad surgen nuevas violencias y nuevas ilusiones en este campo de la sexualidad. El autor las señala, las analiza y las denuncia. La sociedad merece un amor de calidad y los cristianos tienen una palabra que decir, y la obligación de decirla, para favorecer un porvenir diferente del amor.

El autor intenta ofrecer un esbozo de ética sexual en cuatro grandes capítulos: sexualidad y moralidad en nuestra cultura; sentido de la sexualidad y búsqueda de una moral; sexualidad y vida cristiana; la educación sexual. Nos parece que el intento es válido. La lectura de la obra, además, es accesible y sugeridora para toda clase de público, incluidos los propios especialistas en la materia.

A. HORTELANO, *Yo-Tú, comunidad de amor*. Ed. Paulinas, Madrid 1980, segunda edición revisada y aumentada.

He aquí un libro que se lee con esa satisfacción que uno encuentra al topar con algo vivo y sugerente. En él se habla del amor y de las posibilidades concretas que existen para construir un amor verdaderamente personalizante y capaz de alumbrar una nueva civilización. A partir de la concepción de la vida trinitaria como amor nupcial, en la que hay que destacar el papel del Espíritu Santo, persona divina tantas veces casi marginada, el autor nos va presentando con un estilo agradable y claro las ideas-clave para elaborar una teología del amor; una teología del amor capaz de iluminar todas las situaciones que el hombre de hoy vive. Por eso recomendamos la obra para todos los que busquen una aproximación sencilla pero suficientemente seria a este tema central de la fe cristiana: Dios es amor, nos dice san Juan, y nosotros hemos sido creados por amor y para el amor, aunque por desgracia no siempre todos hayan sido engendrados en el amor. Su lectura puede contribuir al alumbramiento del hombre nuevo, "el hombre que ama", base de una nueva sociedad.

WW. JOHNSTON, *La música callada*. La ciencia de la meditación. Ed. Paulinas, Madrid 1980.

Algo está bullendo en la conciencia moderna. Miles y miles de personas, especialmente los jóvenes, están interesados en la Meditación Transcendental. Tal vez lo más significativo sea el hecho de estarse iniciando una nueva ciencia del conocimiento: la llamada revolución del *biofeedback*.

A nuestro autor, un “nuevo Thomas Merton” a decir de algunos, lo que más le interesa es la reciente entrada de la ciencia en el mundo de la oración y de la contemplación. Su libro es, en efecto, la “primera ciencia de la meditación” moderna. LA MÚSICA CALLADA es, pues, una obra de síntesis creativa y airosa que añade los descubrimientos de la ciencia moderna a los contenidos —siempre venerables— de las tradiciones religiosas de oriente y de occidente. Sirve de gufa completa para cuantos quieran adentrarse por los senderos de la meditación a la búsqueda de su ser más profundo.

El centro de toda meditación es el amor, la más poderosa energía del cosmos. De ahí la importancia significativa de esta obra, en la que el autor, un jesuita irlandés profesor en la universidad de Sophia, en Tokio, nos dibuja un auténtico retrato del místico moderno, quien, a su juicio, representa la vanguardia de la evolución.

CRISTIANOS POR EL SOCIALISMO EN 1980, *Una palabra de esperanza*. *Un compromiso de acción*. Laia, Barcelona 1980.

Este libro-documento de 67 páginas es el resultado de un prolongado esfuerzo de reflexión común llevado a cabo desde 1979, que culminó en un Encuentro celebrado los días 12-14 de octubre del año pasado. El objetivo es doble y bien determinado: recordar la idea originaria del movimiento CPS (poner en común la fe cristiana y la opción por el socialismo), analizar el camino

recorrido y los posibles fallos, ver cómo hoy se debe resituar aquella idea a la luz del nuevo contexto histórico y religioso, ofrecer esta reflexión como “ayuda o punto de referencia a todos aquellos que, como nosotros, quieren unir la fe y la vida a la historia de la liberación de todos nuestros pueblos”.

La reflexión se abre con una introducción en que se explica *el por qué de “cristianos por el socialismo”* y se articula en cuatro momentos: *la actual situación histórica y el “restauracionismo” en la iglesia*, prestando especial atención a los indicadores más significativos de la situación socio-política y eclesial; en *la vivencia de la fe cristiana desde el compromiso por el socialismo* se exponen con mayor profundidad las distintas dimensiones de la fe y las connotaciones del compromiso socialista como lugar de experiencia cristiana (capítulo muy interesante y sugestivo); al hablar de *Nuestra experiencia de iglesia desde el compromiso socialista* se vuelve sobre actitudes y juicios ya clásicos en el movimiento, pero acentuando fuertemente la figura de la “comunidad como estructura base”; el último capítulo, *CPS y la lucha por el socialismo*, insiste en que CPS no es “un partido político ni es sólo un lugar de vivencia de fe desde nuestro compromiso socialista”: son grupos cristianos que quieren ser fieles a la “Palabra” liberadora del evangelio y pretenden ser una voz de los que ven en el proyecto socialista una clara e interpelante resonancia del mensaje de Jesús.

A. COMIN, *Por qué soy marxista y otras confesiones*. Laia (Laia-B 32), Barcelona 1979.

Este último libro del autor, en el que se recogen diversos trabajos anteriores, puede considerarse como su obra quizá más madura, especialmente si recordamos que ya no será posible contar con nuevos escritos suyos, porque el cáncer ha terminado con su apasionante aventura humana como hombre de acción y como escritor. Sin duda ha dejado un gran vacío en la comu-

nidad cristiana, en la que era uno de los testigos de Cristo más fieles y radicales, y en el partido comunista del que era dirigente a nivel regional y nacional.

La mejor presentación del libro tal vez sea transcribir algunos de los párrafos del capítulo central y extenso *Por qué soy marxista*, publicado por primera vez en castellano:

“En el fondo el lector observará que me estoy decantando por lo que comúnmente se denomina un ‘marxismo humanista’ o un ‘humanismo marxista’ (con todos los elementos del juego de palabras), un marxismo en el que, tal como apuntaba TEILHARD DE CHARDIN, lo prioritario sea el hombre, y añado, *el hombre emancipado*. Un marxismo capaz de incorporar la realidad histórica, liberado de la tutela estalinista, del materialismo dialéctico y de las malas herencias de la III Internacional, un marxismo que rompa con el mecanismo que pretende transformar la conciencia del hombre a partir de un mero cambio en las relaciones de producción. (Mecanicismo que por el momento se halla sumido en el mayor de los fracasos históricos). Un marxismo humanista que renuncia a sacrificar al hombre por la especie”.

Un buen homenaje a su memoria constituye su lectura: por una parte, facilita acercarse al “misterio” de la personalidad subyugante de COMIN, y, por otra, el lector se siente arrastrado por el encanto de su discurso hasta el extremo de que no soltará de sus manos el libro hasta no haber recorrido todas sus páginas.

J.L. GONZALEZ-BALADO, *Karol Wojtyla, ¡qué difícil ser papa!* Ed. Paulinas, Madrid 1980.

He aquí un libro diferente sobre el papa actual. El autor, muy ducho en estas lides biográficas y que cuenta con una obra anterior dedicada al mismo personaje (*Juan Pablo II, Papa del Hom-*

bre. Ed. Paulinas, dos ediciones y traducción al francés), nos ofrece ahora una semblanza muy original, entretijada de anécdotas y retazos de sus enseñanzas. El precipitado resultante de esta combinación química puede considerarse verdaderamente gratificador: favorece el conocimiento cordial y global de este hombre de cuerpo entero y cristiano de una pieza que es K. WOJTYLA, brinda al lector un auténtico “divertimento”.

Nos parece que este libro, sobre todo entre los españoles, puede desempeñar la función de desbloquear ciertas actitudes míticas o de incomprensible cerrazón que tanto abundan entre nosotros. Con otras palabras, creemos que su lectura, lo mismo que su última encíclica itinerante de Brasil, puede ser muy útil a los que ironizan, critican y hacen sarcasmo sobre Juan Pablo II en base, muchas veces, a informaciones superficiales; a los que lo adulan y utilizan (o pretenden utilizarlo) sin saber, o a sabiendas, del pésimo servicio que le hacen; y por supuesto y sobre todo a cuantos intentan juzgar a este papa con serena libertad cristiana (de la dedicatoria del autor).

La presentación de la obra por parte de Ed. Paulinas, expresión real de buen gusto y saber hacer, favorece su lectura de un tirón y permite practicar con obras y en verdad la elegancia cristiana del regalo, compartiendo así el regalo que el autor ha querido hacernos.

SELADOC, *Iglesia y seguridad nacional*. Sígueme (Materiales 16), Salamanca 1980.

Apasionante es hoy la aventura que vive y agoniza (en sentido etimológico fuerte del término) la iglesia en América Latina. Dentro de este contexto tal vez el tema más polémico sea precisamente el de la “seguridad nacional”. Pero ¿qué se entiende por “seguridad nacional”? El documento de Puebla señala que

de hecho es "más una ideología que una doctrina. Está vinculada a un determinado modelo económico-político, de características elitistas y verticalistas que suprime la participación amplia del pueblo en las decisiones políticas. Pretende incluso justificarse en ciertos países de América Latina como doctrina defensora de la civilización occidental cristiana. Desarrolla un sistema represivo, en concordancia con su concepto de 'guerra permanente'. En algunos casos expresa una clara intencionalidad de protagonismo geopolítico".

El libro que presentamos viene a ser una antología de textos y comentarios sobre esta ideología, que constituye el eje de la filosofía política en que se basan explícitamente algunas formas de gobierno militar de este continente. Se comprende, pues, que el tema haya inspirado numerosos trabajos no sólo de políticos o militares, sino también de sociólogos, historiadores e incluso pastoralistas y teólogos.

El volumen se estructura en tres grandes apartados: se hace ante todo un "planteamiento del tema", a través del análisis de los contenidos ideológicos y doctrinales de esta teoría política; un segundo bloque alberga los artículos de más profunda reflexión crítica-teológica publicados sobre el tema; en el último apartado se incluyen los documentos más importantes de las principales instancias de la iglesia católica latinoamericana: conferencias episcopales chilena, argentina y brasileña, el Secretariado general del CELAM y Documentos de Puebla. Para llenar, en lo posible, las lagunas inevitables, se incluye también un amplio y completo comentario a la bibliografía disponible en América Latina sobre "Seguridad nacional y temas conexos".

Siguiendo las huellas de los tres volúmenes anteriores dedicados a presentar el "panorama de la teología latinoamericana", el

equipo SELADOC nos ofrece un material muy serio y actual, que permite una buena aproximación a las cuestiones y condicionamientos bajo los que viven, reflexionan, luchan y mueren los cristianos de América Latina.





ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

SORRIBES, Jesús.— Nacido en Cincorres (Castellón). Es licenciado en Sociología y Ciencias Políticas por la Universidad Complutense. Diplôme Spécial en Economie Rurale por la Universidad Católica de Lovaina. En la actualidad inicia su tesis de doctorado sobre las estructuras y las transformaciones sociales en el Delta del Ebro.

LORING MIRO, Jaime.— Sacerdote jesuita. Nacido en Madrid. Doctor en Filosofía y Letras; licenciado en Teología y en Ciencias Económicas; ingeniero agrónomo. Es profesor de la Escuela Superior de Técnica Empresarial Agrícola (E.T.E.A.), en Córdoba, de la que ha sido director.

Es autor de varias obras sobre la empresa agrícola y de numerosos artículos en revistas especializadas sobre temas del campo, especialmente el andaluz. Entre otras: “Programación lineal de una empresa agrícola en regadío” (E.T.E.A., 1965); “Planificación contable de empresas agrarias” (becado por la Fundación March, ICE, Madrid 1969); “Estructura agraria de la campiña de Córdoba” (tesis doctoral, E.T.E.A., 1975); “Tratado de gestión de empresas agrarias” (E.T.E.A., 1977); “La agricultura de los secanos” (capítulo del libro: Las agriculturas andaluzas. Madrid 1980).

CARRION, José.— Nacido en Alcalá del Júcar (Albacete), en 1940. Sacerdote. Su primera dedicación pastoral es en la serranía de la diócesis, viviendo en equipo sacerdotal. Allí, como uno más del pueblo, se inicia como emigrante temporero; trabajo que sigue realizando actualmente. Durante siete años permanece en Villamalea.



Es párroco de Fuensanta. Junto con un equipo de sacerdotes, religiosas y seglares crea el actual Centro Diocesano de Pastoral Rural-Migrante de Fuensanta. En la actualidad simultanea la animación de dicho Centro Pastoral y la consiliaría nacional del Movimiento Rural de Adultos de A.C.

MATE RICO, Antonio.— Sacerdote de la diócesis de Burgos. Cursó sus estudios en Burgo de Osma y en la Facultad Teológica del Norte de España (sede de Burgos).

Desde su ordenación sacerdotal en 1956, tras una etapa como director diocesano de Cursos de Cristiandad, ha proyectado su acción pastoral hacia el mundo rural. Fue párroco de Vallarta de Bureba, coadjutor de Miranda de Ebro. En la actualidad, como párroco de Royuela de Río Franco, en equipo con otros compañeros de la zona, viene desarrollando una intensa labor de pastoral rural.

SANZ VELAZQUEZ, Lázaro.— Sacerdote de la diócesis de Avila. 33 años. Ordenado en 1972. Ha estudiado Teología en la Universidad Católica de Lyon. Ha ejercido el ministerio pastoral en la zona rural del Valle-Ambles, con el equipo sacerdotal de Padiernos. Consiliario diocesano del Movimiento Rural. Secretario del I.T.A. (Instituto Teológico Abulense). Tiene publicados varios trabajos de Estudio del Evangelio en la revista PRADO. Actualmente prepara el doctorado en Teología en Roma.





